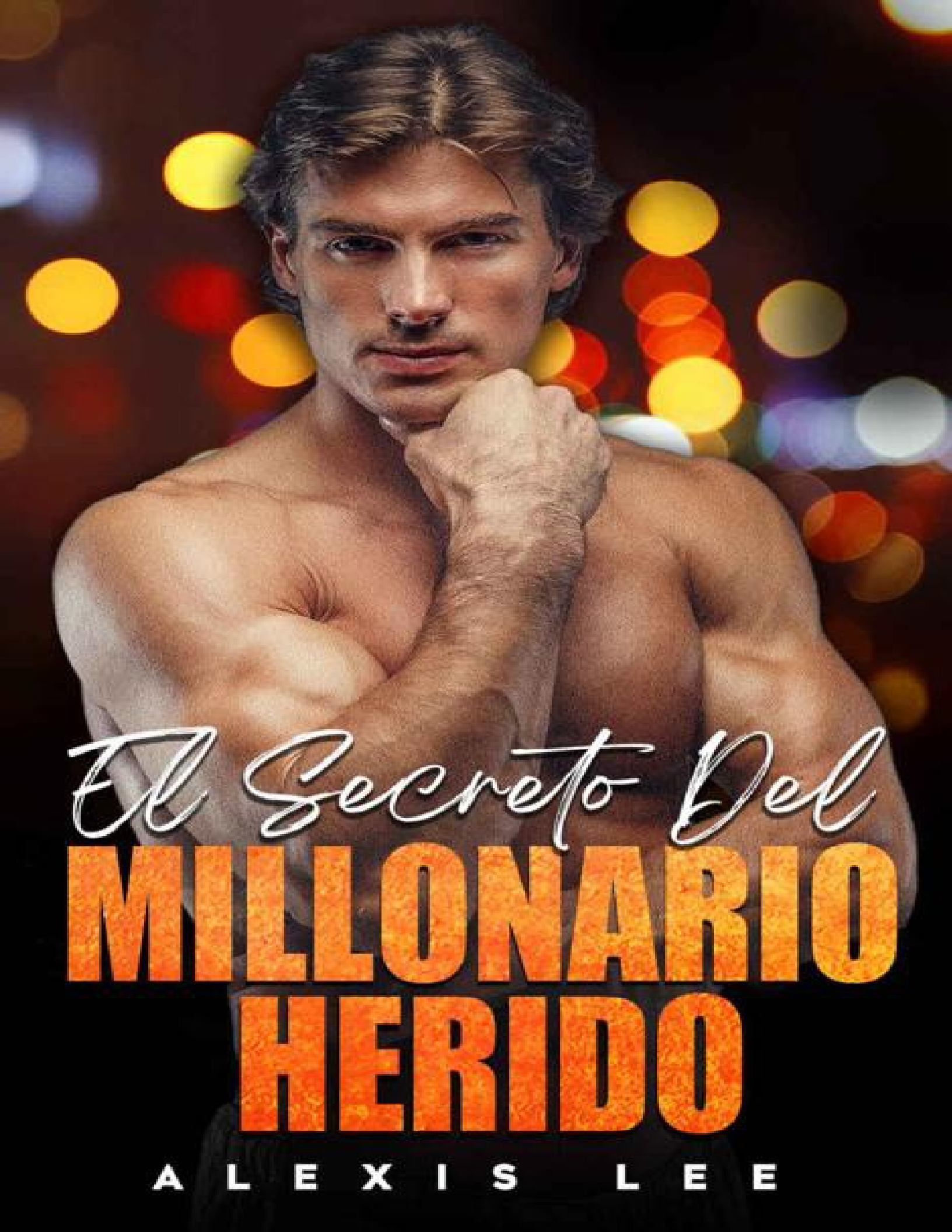

El Secreto Del
MILLONARIO
HERIDO
ALEXIS LEE

El secreto del millonario herido

Un romance de enemigos a amantes con un bebé secreto

(Bebés y papás alfasexy)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

Capítulo 1 Camila
Capítulo 2 Camila
Capítulo 3 Camila
Capítulo 4 Camila
Capítulo 5 Roger
Capítulo 6 Camila
Capítulo 7 Roger
Capítulo 8 Camila
Capítulo 9 Camila
Capítulo 10 Roger
Capítulo 11 Camila
Capítulo 12 Camila
Capítulo 13 Roger
Capítulo 14 Camila
Capítulo 15 Camila
Capítulo 16 Camila
Capítulo 17 Roger
Capítulo 18 Roger
Capítulo 19 Camila
Capítulo 20 Camila
Capítulo 21 Camila
Capítulo 22 Camila
Capítulo 23 Roger
Capítulo 24 Camila
Capítulo 25 Roger
Capítulo 26 Roger
Capítulo 27 Camila
Capítulo 28 Camila
Capítulo 29 Camila

Capítulo 1 Camila

—Hola, Camila. ¿Cómo estás? —preguntó alegremente la nueva camarera mientras se acercaba a mí detrás del mostrador. Su placa de identificación decía "Robin".

—Me siento bien, gracias —dije con una sonrisa—. Robin, ¿verdad?

—¡Esa soy yo! Escuché a alguien decir que eres estudiante en Princeton, ¿es cierto? ¿Cómo lo lograste?

—¡No fue fácil! Años de dedicación y trabajo duro dieron sus frutos al final. Pero valió la pena ser aceptada en una universidad tan increíble y reconocida como Princeton. ¡Es un lugar especial!

—Suena como un lugar especial.

—Camila, ¿puedes llevar la comida a la mesa tres? —me llamó otra camarera.

Entré a la cocina y tomé la comida destinada a la mesa tres.

Al volver a través del Pub Japonés, casi podía saborear la emoción que llenaba cada rincón. Los clientes hambrientos charlaban alegremente, sus conversaciones zumbando a mi alrededor como un enjambre de ansiosas abejas. Melodías relajantes flotaban en el aire, proporcionando una dulce armonía. Las obras de arte colgadas en cada pared pintaban una historia intrigante que desconocía.

Instantáneamente fascinada por esta encantadora escena, no pude resistir usar mis oídos tanto como mis ojos. Una de mis partes favoritas de trabajar en el pub era observar a la gente. Había momentos en los que sentía ganas de unirme a estas fascinantes conversaciones o de alguna manera sumergirme en ellas en lugar de ser simplemente una espectadora.

Me dolían los pies y me sentía agotada por los dos turnos que había trabajado. El reloj marcaba las 9:30 p.m., lo que significaba que solo tenía que quedarme una hora más antes de finalmente regresar a mi dormitorio y conseguir un muy necesario descanso. La idea de hundirme en mi cama me revitalizó y me dio el combustible para terminar mi turno con entusiasmo.

Volví al mostrador. Mis ojos captaron a alguien que se demoraba cerca de la esquina trasera. Era una chica que llevaba un vestido negro inusualmente impresionante; reconocí su singularidad

debido a mi formación como estudiante de diseño de moda. La tela parecía inmaculada, con costuras detalladas y delicadas lentejuelas brillando contra el suave terciopelo en la atmósfera de baja iluminación.

Robin reapareció a mi lado. —¿Qué está pasando aquí esta noche? —preguntó.

—Una fiesta de graduación para la clase que se gradúa de Princeton.

—¿Te gradúas este año?

Negué con la cabeza. —Solo soy de tercer año. Con suerte, el próximo año todo esto será para mí.

—Lo será. El próximo año en tu graduación, tendré el placer de servirte. En fin, ¿cómo va la escuela este año?

—De hecho, hoy tuve mi último examen final; el tercer año está pasando más rápido de lo esperado. Me encanta la universidad, pero también estoy emocionada por terminar. Por tener mi título y poder conseguir un trabajo bien pagado.

—¿Sabes cuáles son tus planes después de graduarte?

—No. Voy día a día. Aunque espero tener un camino más claro el próximo año en la graduación.

—Interesante. ¿Cómo encuentras tiempo para trabajar y estudiar?

Me reí y me acerqué a ella para susurrar. —Prométeme que no lo dirás, pero a veces traigo tarjetas de estudio al trabajo y luego voy al baño a estudiarlas.

—Nuestro pequeño secreto —sonrió.

—Independientemente de lo que suceda después de la graduación, solo espero que el resto de mi vida no implique trabajar en un pub.

Como si esperara más respuestas de mí, preguntó: —¿Entonces por qué te molestas en trabajar aquí cuando en su lugar podrías disfrutar de la belleza de Princeton ahora mismo?

Riendo de buen humor, respondí: —Bueno, ¡algo tenía que pagar las cuentas! Y como este pub está lo suficientemente cerca de la escuela, ahorro dinero en transporte. Además, no está tan mal.

Claro, el pago es malo, pero conozco a algunas personas increíbles durante mis turnos que siempre parecen dar buenas propinas.

Esta chica era una parlanchina, especialmente para alguien que acababa de empezar. Recordé mi primer día hace dos años cuando apenas podía articular una respuesta a las preguntas de mis compañeros de trabajo. Me tomó casi una semana dar una frase completa.

—¿Cómo son los profesores en Princeton? Me imagino que son increíbles, considerando que Princeton es de la Ivy League.

Puse los ojos en blanco, no dirigido a Robin sino a los profesores de Princeton. Deseaba que los rumores fueran ciertos, pero todo lo que me venía a la mente cuando pensaba en los profesores eran los que disfrutaban avergonzándome cuando estaba en clase. Me estremecía solo de pensarlo.

—Están bien.

—¿Qué quieres decir con bien?

—Les gusta avergonzarme. Cuando respondo bien una pregunta, la pasan por alto. Pero cuando me equivoco, hacen un gran escándalo.

—Eso es duro.

—No es mi culpa que trabaje y vaya a la escuela al mismo tiempo. Ojalá hubiera otras oportunidades de trabajo a tiempo parcial. Este lugar no me da suficientes horas.

Tan pronto como escuché el chirrido de la puerta abriéndose, una ráfaga de viento sopló a través del pub como una fuerza invisible. Cuando miré hacia arriba, pareció como si mi peor pesadilla hubiera entrado en la habitación: mi jefe, cuya presencia malvada e intimidante era aterradora.

—¿Ese es el jefe? —preguntó Robin vacilante.

—¿No has conocido al jefe? Bueno, qué suerte. Estás a punto de descubrir por qué todos lo odian.

—¿Qué quieres decir?

—El bar está bastante ocupado. Más ocupado de lo habitual, así que probablemente deberíamos

volver al trabajo.

Sabía que era mejor no enfrentarme al jefe. Me ha reprendido pública y privadamente tantas veces. Recuerdo mi primer día de trabajo cuando llegué cinco minutos antes de mi turno. Me reprendió porque se suponía que el personal debía llegar 20 minutos antes de su turno. Luego llevó a su esposa a cenar esa noche, y yo fui la pobre persona que tuvo que servirles. No tenía modales, devolvió todo, y no dejó propina.

Mis ojos se desviaron hacia donde estaba el jefe. Caminaba de un lado a otro frente a la comida. No sabía si estaba tratando de asustar a los clientes o inspeccionar la comida para poder despedir al personal si no era perfecta. Había oído que despedir al personal es uno de sus pasatiempos favoritos.

Efectivamente, se dirigió a otro miembro del personal, que era otro estudiante universitario, y gritó: —¡Oye, chico! ¿Nunca has oído hablar de un barbero? Era obvio por su reacción cuánto les desagradaba que se les acercara de esa manera. Le lanzaron una mirada gélida antes de retirarse rápidamente sin decir una palabra.

Paseó por la sala, con la desaprobación escrita en su rostro mientras hacía comentarios sin provocación sobre todos, principalmente sobre el personal. Como propietario de un negocio, su prioridad número uno era ganar dinero, así que nunca se metía con los clientes. Solo se metía con el personal. Cena y espectáculo, así lo anunciaba. Sin embargo, yo no entendía qué encontraba la gente de gracioso en todo esto.

Se dio la vuelta de repente, con los ojos ardiendo y su voz atronadora exigiendo sin piedad: —¡Camila y chica nueva! ¡A trabajar!

Obedecí rápidamente, corriendo detrás del mostrador para ordenar el dinero que ya estaba en la caja registradora. Robin y yo estábamos ocupadas, pero cuando él entró y comenzó a gritar a todo el personal, nos distrajo. Nos gustaba charlar, pero también entendíamos que el restaurante estaba lleno y teníamos un trabajo que hacer. No era como si estuviéramos descuidando nuestras obligaciones e ignorando a los clientes.

Como si fuera una señal, un fuerte timbre desde afuera me alertó que acababan de llegar clientes al pub. Volé a recibirlos con prisa para que mi jefe pudiera ver lo trabajadora que era.

Efectivamente, era un grupo de chicos universitarios. No sabía si estaban aquí para la fiesta o si solo querían comer.

Me acerqué a su mesa, sintiendo la frialdad del lápiz entre mis dedos. Escuché el suave sonido de papeles moviéndose mientras abría delicadamente mi libreta. —Hola. Soy Camila. ¿Qué puedo ofrecerles para empezar?

Mientras hablaban con tanto entusiasmo y urgencia, soltando múltiples pedidos a la vez. Sushi con varios rellenos, bebidas alcohólicas para cada uno, y para rematar, postre. Me aseguré de escribir cada detalle en el papel como una artista hambrienta, asegurándome de que no se me escapara nada.

Terminando su pedido después de lo que pareció una eternidad de garabatear, se requirió un tremendo esfuerzo para mantenerme bajo control mientras la adrenalina corría por mis venas, deseando volver rápidamente a la acción detrás del mostrador y asegurarme de que todo se sirviera con rapidez.

Mientras me dirigía hacia la entrada, una ola de familiaridad me paralizó. Era Roger James. Su silueta alta y fuerte estaba iluminada por el débil resplandor de la luz de la luna que se filtraba por las ventanas cercanas. Su cabello castaño corto brillaba contra su delicado rostro mientras escaneaba la habitación con ojos verdes penetrantes, exactamente como cuando compartíamos miradas tímidas durante el primer año de universidad. Los recuerdos aún me hacían sonrojar incontrolablemente hasta el día de hoy.

Se veía más guapo que nunca; solo estar en su presencia me dejaba sintiéndome mareada e incapaz de hablar por estar deslumbrada. Aunque el tiempo había pasado, una cosa estaba clara: Roger James seguía siendo increíblemente atractivo para mí.

Mi pecho palpitaba mientras me aventuraba hacia su mesa. Todo tipo de posibilidades desastrosas daban vueltas en mi mente. Podía visualizarme claramente tropezando y derramando algo sobre él. Me daba escalofríos solo de pensar en avergonzarme eternamente frente a Roger James.

Podía sentir una oleada de calor radiando de él. Era casi eléctrico.

Respiré profundamente varias veces y me di una charla positiva. Tenía que estar relajada y tratarlo como a un cliente ordinario. No quería hacer nada que me hiciera destacar o revelarle a él y a sus amigos que tenía un gran enamoramiento por él. Solo pensar en eso me daba escalofríos.

Si me avergonzaba, nunca lo superaría en Princeton o en todas las otras universidades de la Ivy League. La comunicación entre estudiantes de la Ivy League era extensa. Si la gente se enteraba

de que una chica pobre de un pueblo pequeño de Pensilvania había hecho algo vergonzoso a Roger James, el heredero del Hotel James, podría ser incómodo. Él no era solo otra persona. Todos los que asistían a una universidad de la Ivy League en este momento sabían quién era él.

Esta era mi única oportunidad de hablar con él y no avergonzarme. Podía hacerlo. Llenar mi mente de pensamientos positivos era la forma en que me aseguraba de que se lograría.

Aquí iba. Mis sueños de finalmente hablar con él estaban a punto de hacerse realidad.

—Hola —dije con una voz inusualmente aguda—, soy Camila, ¿en qué puedo ayudarte?

Capítulo 2 Camila

Roger James se acercó a la mesa de su amigo, cuya superficie estaba ligeramente pegajosa por el descuido. Se acomodó en el borde de una silla desparejada y suspiró profundamente, como si alguien lo hubiera obligado a venir a este pub.

Tomé mi bolígrafo y libreta del mostrador y le dije a Robin:

—Voy a tomar su pedido y luego me iré. ¿Te importaría servir su comida y encargarte de lo demás?

—No hay problema.

Sonreí. Caminé de vuelta a donde estaba sentado Roger. Le entregué un menú con una mano húmeda.

—¿Puedo traerle algo?

—Vino tinto, por favor. Fuerte —cada palabra fue pronunciada delicadamente, como si necesitara que el vino fuera fuerte para sobrellevar la noche. No lo juzgaba. Era un placer servirle lo que quisiera.

—Entendido —asentí ligeramente. Me devolvió el menú, y su mano rozó suavemente la mía, teniendo cuidado de no soltarla hasta que fuera necesario. Hice todo lo posible por no derretirme allí mismo en el suelo del restaurante.

Mientras me alejaba, mentalmente tomé nota de su elección de vino tinto fuerte, que guardé en mis pensamientos.

Una vez que me había alejado lo suficiente, me di la vuelta e hice contacto visual con Roger James. Sus ojos estaban llenos de vida mientras charlaba con sus amigos, y no podía creer que hubiera hablado con él.

Se puso de pie, levantando los brazos perezosamente en un arco lánguido hasta que flotaron como dos alas emplumadas coqueteando con el cielo. El deseo dentro de mí era tangible: un calor almizclado que irradiaba de mi estómago, queriendo que me presionara contra la fría superficie de esa mesa junto a él.

Después de un momento, volví a la realidad, dándome cuenta de que aún no había cumplido mi objetivo de llevar su pedido de vino al bar.

Caminé hacia la barra y rápidamente pedí su orden antes de tomarla y dirigirme de vuelta a la mesa.

Mientras me acercaba a la mesa, alguien más sentado en la siguiente se levantó repentinamente de su silla y me golpeó. La fuerza del impacto hizo que el vino saliera volando de mis manos, estrellándose contra el pecho de Roger mientras yo aterrizaba en su regazo en un instante de caos y vergüenza.

—¡Lo siento! —mi mente corría mientras me levantaba de su regazo. Todos a nuestro alrededor estaban conmocionados. Ojos abiertos y sorprendidos estaban clavados en mí. Estaba segura de que incluso había un par de risitas entre la multitud. Antes de que mi corazón tuviera tiempo de latir más fuerte, la distracción se desvaneció cuando todos volvieron a la conversación que habían tenido antes.

Miré a los ojos de Roger, obligándome a no romper nuestra frágil relación. Una relación era exagerar, pero quería que fuera una relación en el futuro.

Tragué saliva y dije:

—¿Puedo hacer algo por usted? Lo siento mucho. Fue un descuido total de mi parte —tan pronto como esas palabras salieron de mi boca, sentí que el pánico aumentaba y me escuché divagando, como solía suceder cuando me ponía nerviosa.

—Está bien. Olvídalo —miró mi placa de identificación con vacilación, asegurándose de pronunciar bien mi nombre antes de decirlo—. Camila.

Aunque asistimos juntos a Princeton, ni siquiera sabía mi nombre. Incluso teníamos algunas clases juntos, y yo siempre me sentaba en la fila detrás de él para poder mirarlo durante toda la clase sin que fuera obvio.

—Debe haber algo que pueda hacer.

—¿Traerme otra bebida? —preguntó con una sonrisa invitadora.

La visión de tanta calidez proveniente de él me hizo soltar una risita antes de responder:

—En seguida.

Antes de que pudiera alejarme y dirigirme al bar, unos pasos fuertes se acercaron en nuestra dirección, lo que hizo que todos los que estaban sentados en la mesa miraran hacia allí.

Al hacerlo, con mucha vacilación, dejé que mi visión migrara en esa dirección. Eso confirmó lo que ya sabía: era el jefe dirigiéndose hacia mí con cara de indignación. Hilos de temor se materializaron ante su vista; ¿qué tipo de reprimenda resultaría de este error?

—¡Camila! ¿Qué has hecho? Esa botella costaba una fortuna; ¡no ganas lo suficiente aquí para pagar semejante extravagancia!

—Lo siento mucho. Fue un accidente. Los accidentes ocurren. Lo pagaré o algo así. ¡Haré cualquier cosa!

Por mucho que me doliera disculparme, tenía que hacerlo porque sabía que estaba a punto de despedirme. No quería que me despidieran. Los trabajos no eran fáciles de conseguir, y dependía de este trabajo para pagar las cuentas por el momento. Por eso apreté los dientes y aguanté a un tipo como él.

—Era una botella de vino de 350 dólares.

Me estremecí. ¿Quién tendría una botella de vino tan cara en un pub japonés lleno de estudiantes universitarios?

—Tal vez podamos acordar algún plan de pago o algo así.

—Con tu salario, tardarás semanas y meses. Necesito que se reemplace esta noche.

—Tengo que pagar el alquiler pronto. No puedo permitirme...

—Entonces no me dejas otra opción. Estás despedida, Camila —la forma en que lo dijo me molestó, como si despedir a la gente fuera algo a lo que estuviera acostumbrado. Lo había visto despedir a tantas personas durante el último año.

Roger se levantó repentinamente de su asiento y se acercó al jefe.

—Señor, ella no ha hecho nada malo —declaró Roger con firmeza pero respetuosamente—. Todo lo que hizo fue mostrar amabilidad y traer mi bebida; no fue su culpa que alguien tropezara

descuidadamente en su camino, derramando su bandeja.

Pensé que era bastante lindo cómo me defendía aunque apenas supiera quién era yo.

—¡Insisto en que le pague por esta noche!

—¿Por qué debería escucharte?

Roger dio un paso adelante y se acercó aún más a la cara de mi jefe.

—Dije que le pague.

—Yo soy el jefe aquí, y me niego a pagar.

—¿Qué tal si le paga por esta noche y yo no presento una queja contra usted y su restaurante por maltratar a sus trabajadores?

La cara del jefe se puso roja brillante. No quería ceder y pensar que un cliente le había ganado, pero probablemente tampoco quería involucrar al gobierno.

—Está bien. Tú ganas —dijo.

—Como me siento generoso esta noche, pagaré la botella de vino.

—No tienes que hacer eso —dije.

—Bueno, yo pedí el vino —miró el vino que lo cubría—. Es justo que pague lo que ordené.

—Trato hecho —dijo el jefe.

Roger sacó su tarjeta de crédito y se la entregó al jefe. El jefe se alejó y estuvo ausente durante cinco minutos antes de regresar. Le devolvió la tarjeta de crédito a Roger y luego me entregó un sobre con mi pago por la noche.

—Salgamos de aquí —sugirió Roger. Eché un vistazo alrededor del pub y consideré mis opciones; salir con un cliente no solía considerarse una idea inteligente, pero me sentía más segura siguiéndolo afuera que quedándome en la misma habitación con mi jefe. Además, él no había sido más que amable conmigo.

—De acuerdo —respondí.

Roger extendió su brazo con elegancia, y nuestros brazos se entrelazaron tan pronto como nos acercamos el uno al otro. Caminó delante de mí y abrió la puerta como un verdadero caballero.

Inmediatamente al llegar a la calle, mis sentidos se vieron abrumados. Los coches pasaban grácilmente junto a nosotros, acompañados por jóvenes universitarios alborotados que llenaban las aceras; mientras tanto, la melodía de la naturaleza inundaba mis oídos y tocaba su suave canción de fondo.

La brisa refrescante bailaba entre nosotros mientras levantaba mechones de mi cabello, acariciando suavemente mi rostro de una manera casi amorosa. Era una noche hermosa, y aunque debería estar enojada por lo que había sucedido en el restaurante, no me importaba. Roger y yo simplemente nos quedamos allí, esperando ansiosamente las aventuras que nos aguardaban en este nuevo viaje.

—¿Y ahora qué? —pregunté, con el corazón acelerado mientras la respuesta de Roger pendía en el aire.

—No lo sé —dijo él, con voz solemne. Lo único que sabía era que no podía soportar separarme de él después de los acontecimientos de esta noche.

Mis hombros se relajaron con alivio ante sus palabras, una oleada de calor me invadió cuando finalmente me di cuenta: a pesar de todo lo que había sucedido antes esta noche, él no quería desterrarme de su vida.

Entonces, casi simultáneamente, ambos empezamos a hablar:

—¿Adónde quieres ir?

Su respuesta salió como un suspiro:

—A casa. Para limpiar las manchas de vino.

—Probablemente sea una buena idea. ¿Quieres algún consejo sobre cómo quitar una mancha de vino así?

—Estoy seguro de que puedo arreglármelas.

—Ojalá pudiera hacer algo por ti. Quiero decir, arruiné tu bonito atuendo.

—Tal vez debería ponerte a trabajar —se rio.

No tenía ni idea de a qué se refería.

—Quiero decir, ¿te gustaría venir y ayudarme a limpiar la mancha?

—Claro.

—Mi casa está bastante lejos y pareces cansada. Además, quiero limpiar las manchas de vino inmediatamente.

—Un hotel cercano será entonces —sonreí ampliamente. El cálido aliento del viento enredó juguetonamente mi cabello castaño rojizo, bloqueando completamente mi visión. Pero antes de que pudiera sentirme abrumada por mi obstrucción, el suave toque de Roger emergió y lentamente apartó los velos de cabello rebelde para que nuestros ojos pudieran encontrarse de nuevo en mutua alegría, con un labio aún ligeramente curvado hacia arriba.

Empezó a alejarse cuando le agarré la mano y lo acerqué más a mí.

—Gracias por lo de esta noche.

—¿Qué parte?

—Pagar la botella. Conseguirme dinero para mi alquiler. Todo lo anterior.

Roger me sacaba una cabeza, y tuve que mirar hacia arriba para encontrarme con sus ojos.

—De nada.

Las mariposas revolotearon en mi estómago. No tenía ni idea de por qué me sentía tan nerviosa.

Me quedé sin palabras mientras miraba sus ojos verdes, que me cautivaron como una hermosa pintura en su delicado rostro. No deseaba nada más que llevármelo conmigo.

—Será mejor que nos vayamos antes de que tenga una mancha permanente de vino tinto en mi camisa.

Asentí.

Roger tomó su teléfono y buscó las direcciones al hotel más cercano. Mientras caminábamos, se

mantuvo unos buenos tres pies por delante de mí mientras miraba su teléfono.

Todo se sentía como un sueño hecho realidad; esta mañana nunca pensé que estaría tan cerca del famoso Roger James. Pasar tiempo con él esta noche era surrealista y más allá de cualquier fantasía imaginable. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

La conexión entre nosotros era tangible, mucho más que una simple atracción superficial; se sentía real. No sabía qué nos esperaba en el hotel, pero estaba ansiosa por descubrirlo.

Capítulo 3 Camila

Mi mandíbula cayó de asombro cuando Roger me guió hacia la puerta giratoria de uno de los Hoteles James. Roger había llamado con antelación y nos consiguió una de las habitaciones de lujo. Es decir, no me sorprendió, su familia era dueña del lugar y él era el siguiente en la línea.

Entramos al ascensor y me pregunté cuán lejos de la realidad viajábamos con cada piso. En el ascensor, mis oídos vibraban con cada timbre que anunciaba nuestro destino.

Salí tambaleándome por un laberinto de iluminación elegante, juegos de porcelana y retratos esparcidos por el pasillo. Esto no se parecía a ningún motel o dormitorio en el que me hubiera alojado antes.

Tan pronto como Roger insertó su tarjeta llave, la habitación 810 reveló su grandeza. Las luces se encendieron automáticamente, derramando luz sobre lo que parecía un océano de colchas rojas reales y botellas de champán montando guardia junto a las crujientes almohadas blancas sobre la cama king-size; bajo las pantallas de las lámparas protegidas por exuberantes cortinas color crema, moraban enormes televisores, opulentas zonas de estar y escritorios pulidos. Todo en esta habitación definía una extravagancia muy por encima de las expectativas de cualquiera.

Solo el baño parecía tan vasto que su ducha de paso habría empequeñecido incluso mi armario más grande en Princeton. También había un tocador de dos lavabos con accesorios dorados junto a un enorme jacuzzi.

Volví a la lujosa habitación y murmuré:

—¿Y ahora qué?

—Llamaré a la ama de llaves y le pediré que traiga ropa limpia.

Se acercó y tomó el teléfono, marcando algunos números. Hablaba por teléfono en voz baja, y solo pude escuchar fragmentos de la conversación.

Colgó el teléfono.

—La ama de llaves está en camino. Voy a darme una ducha.

—Me quedaré aquí.

Su expresión cambió a una de diversión burlona cuando preguntó:

—¿No me vas a abandonar?

Mi respiración se entrecortó ante sus palabras; de repente, un intenso anhelo brotó dentro de mí, deseando tanto que este día juntos fuera mucho más que una simple amistad.

—¡Nunca podría hacer algo así!

—Solo me aseguraba...

Sonrió. Sus labios se estiraron ampliamente sobre dientes blancos perfectos, revelando dos hoyuelos profundos que añadían más belleza a un rostro ya magnético, lo que solo empeoraba las cosas exponencialmente para mí. Todo lo que quería hacer con él en ese momento era besarlo a fondo en la boca sin reservas, pero me contuve por respeto a él.

Roger caminó rápidamente por la habitación del hotel. Cada pocos pasos que daba, se volvía para asegurarse de que todavía estaba allí. O le gustaba mirarme o quería asegurarse de que no me fuera. Pero aun así, me miraba como si fuera la única chica en el planeta, lo que me hacía sentir especial.

Entró al baño y cerró la puerta de golpe. Podía escuchar el constante flujo de agua.

Me desplomé en la cama mientras esperaba que la ama de llaves llegara con la ropa de Roger. Tomé el control remoto y sabía que podía encender la televisión, pero no quería. No podría concentrarme en lo que fuera. Mi atención estaba en el hecho de que Roger estaba en el baño, duchándose.

Pasaron diez minutos cuando un repentino golpe interrumpió mi ensueño lleno de asombro, lo que me hizo levantarme apresuradamente de la cama para abrir. Para mi asombro, no había nada excepto algo en una caja etiquetada como "Ropa". Este lugar realmente ofrecía un servicio VIP.

Extendí la mano para recoger las prendas y caminé hacia el baño. Mis pasos eran ligeramente animados. La vacilación persistió mientras mi mano temblaba a milímetros de llamar a la puerta.

Mis expectativas fueron destrozadas como con un cuchillo caliente en mantequilla tan pronto como Roger la abrió vistiendo nada más que una toalla de algodón jadeante envuelta alrededor de su firme cintura. Todo lo que podía ver eran sus músculos abdominales esculpidos, pantorrillas talladas y esos ojos sin fondo desafiándome a hacer algo loco, como agarrarlo y

hacerle el amor apasionadamente en este momento que compartíamos a solas antes de que alguien más irrumpiera en nuestra realidad.

Extendió el brazo con facilidad, tomó lo que quedaba de mi agarre en la ropa firmemente entre nosotros y la dejó caer al suelo. Eso no era lo que esperaba.

Esto solo añadió combustible al fuego que ardía dentro de mí, así que ahora todas las inhibiciones se habían ido. Me había convertido en un animal listo para su presa.

Sin pensarlo, agarró mi rostro con un firme movimiento sin esfuerzo, luego se acercó un poco más hasta que estuvimos casi nariz con nariz, pero ninguna palabra salió de nuestros labios; solo una quietud absoluta abrumada por la excitación hasta que nos besamos.

Sus labios llenos, suaves y gentiles se sentían como gelatina contra los míos. Sus labios sabían a pescado de la cena en The Pub. No me importaba cómo sabían sus labios porque cuando los dos amantes se encontraron, nada más importaba. Un borrón soñador nos abrazó durante los pocos segundos que duraron, pero cada milisegundo permanecerá para siempre en lo profundo, haciendo esta experiencia interminable.

Me levantó, mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura. Mientras me depositaba en la cama, él siguió el ejemplo y saltó. La toalla descartada se acumuló debajo de nosotros mientras yacíamos allí.

Su físico desnudo y contorneado de músculos cautivó mi atención, y quise grabar la imagen de él para siempre en mi memoria.

Me senté, y él entró en acción, ayudándome apresuradamente a quitarme la ropa. Desaté mi delantal de camarera, descartándolo descuidadamente en el suelo. Él deslizó mis ajustados pantalones negros, y levanté los brazos por encima de mi cabeza mientras arrancaba la ajustada camisa blanca de mi cuerpo. Desabroché mi sujetador, enviándolo volando hacia él. Con destreza, peló mi ropa interior con los dientes y la arrojó a un lado.

Hicimos una pausa, nuestros ojos fijos en una mirada de admiración, observando los cuerpos desnudos del otro. Su hermoso cuerpo estaba iluminado por la luz de la luna que se filtraba por la ventana, y me pregunté qué pensaba mientras sus ojos recorrían mi cuerpo.

Se deslizó sobre mí, nuestros cuerpos entrelazados mientras explorábamos los santuarios más íntimos del otro. Rodeé mi pierna izquierda alrededor de su hombro, y él se elevó con gracia,

enviando una sacudida de placer a través de mí.

Entonces, abruptamente, se reclinó hacia atrás y cambiamos de posición; él quedó tendido boca arriba mientras yo me colocaba encima. Comencé a mover mis caderas rítmicamente para que nuestras zonas más íntimas pudieran armonizarse.

Sus fuertes y musculosos brazos me abrazaron mientras continuábamos haciendo el amor. Sus embestidas eran salvajes y apasionadas, como las de una bestia feroz, enviando escalofríos de placer que recorrían mi cuerpo con cada movimiento. Quería que la experiencia durara para siempre; deseaba permanecer entrelazada en su abrazo, como dos piezas de un rompecabezas que encajaban perfectamente. Roger era un amante increíble, y cada movimiento solo me hacía desear más.

Se giró sobre su espalda y se impulsó para cernirse sobre mí. Sus labios eran como un fuego ardiente, abrasando mi piel mientras se acercaban cada vez más a los míos. El calor que corría por mi cuerpo despertó una mezcla salvaje de emociones que sabía que nunca podrían replicarse. Sus dientes rozaron suavemente mi cuello y torso con una intensa energía que me era desconocida. Cada segundo que pasaba era como un dulce néctar, emocionándome y satisfaciéndome simultáneamente.

Yo no era alguien que solía hablar de experiencias íntimas, pero sabía sin duda alguna que mi encuentro con Roger tenía que estar entre los mejores. Su tacto se sentía eléctrico y como si ya lo hubiera hecho antes. Parecía confiado en sus movimientos, como si ya supiera exactamente lo que yo quería a continuación.

Suavemente se recostó en el colchón a mi lado y extendió su brazo, invitándome a un cálido y reconfortante abrazo. Instintivamente me acurruqué contra él, saboreando la sensación de estar envuelta en sus fuertes brazos.

—¡Eso fue algo increíble! —murmuró con una sonrisa torcida.

—¿Esperabas que estuviéramos juntos así cuando empezamos a caminar? —pregunté.

Rió suavemente antes de responder:

—¡Ni de broma! Pero, ¿estoy contento? De que haya sucedido... sí, nunca he estado más complacido.

Sus palabras me llenaron de alivio; significaba que compartíamos en partes iguales la satisfacción de esta noche que se había desarrollado de manera tan inesperada.

—A veces las mejores cosas son inesperadas.

—¿Cómo es que una chica como tú está soltera?

—Nunca conocí a esa persona que me hiciera querer saltar a la cama.

—¿Quieres conocerlo?

—Algún día.

—¿Podría ser yo esa persona?

—Acabamos de conocernos.

—Lo sé. Tienes esta forma indescriptible de hacerme tan feliz.

No podía decir si Roger era sincero o solo me decía esas cosas para acostarse conmigo. Debía ser sincero porque ya habíamos tenido sexo. Estaba siendo tan amable y diciendo todas estas cosas maravillosas, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Simplemente nos quedamos allí tumbados. No se pronunció ni una palabra más. Lo único que se podía escuchar era nuestra respiración, que estaba sincronizada, y ocasionalmente el tarareo que Roger hacía.

Sus ojos se cerraron suavemente mientras una suave sonrisa se dibujaba en su rostro, y no pude evitar preguntarme qué pensamientos pasaban por su mente. ¿Estaría pensando en mí? ¿O saboreando nuestros preciosos momentos juntos? Me acerqué más, queriendo saborear cada segundo con él mientras nuestros labios se unían en un último y tierno beso antes de separarnos a regañadientes.

Finalmente, acurrucándome de nuevo en la cama donde una atmósfera eléctrica había sido encendida por nuestro reencuentro más temprano esa noche. Fue incluso mejor que mis sueños más salvajes. Acurrucada cerca de él, sentía como si mi cabeza descansara sobre un lienzo de pura seda que reverberaba con cada latido de su corazón constante debajo de mí, vulnerable pero segura. Estaba totalmente cautivada por este abrazo dichosamente reconfortante bajo la piel desnuda.

Languidecí con los ojos suavemente cerrados, el ritmo pacífico de la respiración de Roger como una ola suave que golpeaba la orilla. Su presencia parecía impregnar todo a nuestro alrededor; cada pocos momentos, levantaba la cabeza de su pecho y lo miraba, dejando que ese momento se hundiera en mí tanto como fuera posible.

Sentí una gratitud sin precedentes esa noche; tantas veces antes en la vida había soñado con estar con Roger James, pero nunca podría haber anticipado una velada tan exquisita juntos.

Cada segundo resonaba con la pasión que persistía en el aire; las mariposas revoloteaban continuamente dentro de mí mientras la adrenalina corría por mis venas como un relámpago meloso casi hasta el punto de estallar.

Nuestro tiempo nunca podría desvanecerse; este sentimiento eléctrico alimentaba para siempre las mariposas en mi estómago cada vez que pensaba en todo lo que compartimos juntos esta noche.

Capítulo 4 Camila

Me desperté a la mañana siguiente con el sonido de mi alarma y una amplia sonrisa se extendió por mi rostro. Me di la vuelta en la cama y observé a Roger acostado pacíficamente con su cabello rebelde desparramado a su alrededor, creando un aspecto despreocupado pero encantador.

No pude resistirme a presionar mis labios contra su cálida frente y mantenerlos allí un poco más de lo necesario.

El recuerdo de nuestra apasionada noche juntos inundó mi mente. La forma en que exploramos nuestros cuerpos con intenso deseo, ambos sin querer nada más que saborear cada momento entre nosotros. Se sentía como si no hubiera pasado nada de tiempo desde que nos tocamos hasta ahora. Era como si todo estuviera atrapado en un dulce tiempo de felicidad.

Tenía una clase temprano esta mañana y, con los ojos pesados, busqué a tientas una camiseta blanca que yacía arrugada en el suelo. Me puse la tela de algodón sobre la cabeza antes de ponerme apresuradamente mis pantalones negros. Por supuesto, este era el atuendo que usaba para trabajar, pero era la única ropa que tenía en ese momento, así que tendría que servir.

Mi mochila estaba cerca y fue un alivio encontrar todo lo que necesitaba para el día en ella. La agarré rápidamente y me la puse sobre los hombros. Sentándome de nuevo en la cama revuelta, recurrí a hacer un doble nudo en los cordones de ambos zapatos para que se mantuvieran atados hasta más tarde en el día. Tan pronto como terminé de atarlos, me puse de pie nuevamente y me volví hacia Roger una última vez antes de finalmente despedirme. No deseaba nada más que saltar de nuevo a sus brazos y prolongar nuestra noche juntos un poco más.

Pero la escuela me llamaba lejos de él, lejos de presionar mi calor contra cada fibra de su ser con cada momento que pasaba. Al entrar en el ascensor que bajaba, a pesar de estar todavía medio dormida, una sonrisa pareció deslizarse sin anunciarse por mis labios; porque la felicidad se mantenía fuerte aunque fuera brevemente como el sol naciente de la mañana, que pronto sería seguido por las cegadoras obligaciones laborales una vez más.

No quería ir a clase. La noche anterior había sido tan increíble que quería vivir en ella para siempre. Decidí caminar lentamente hacia la clase, como si eso ayudara a prolongar la experiencia de anoche.

El cielo resplandecía con los vibrantes colores de un ilustre día en Princeton. Los dulces trinos de los pájaros resonaban en mis oídos y se mezclaban con el ajetreo y el bullicio de los ajetreados estudiantes universitarios que buscaban llegar a tiempo a su próxima clase. Los rugidos de los coches llenaban el aire matutino mientras los rayos de sol parecían decididos a asegurarme que levantarme de la cama esta mañana había valido absolutamente la pena. Con cada paso que daba, apreciaba más el tesoro escondido a plena vista que era este lugar.

Miré mi reloj y me di cuenta de que la clase había comenzado hacía diez minutos. Nunca había llegado tarde a clase en toda mi carrera educativa. Mi corazón se llenó de temor pero también de determinación. Aceleré el paso y corrí durante cinco minutos sin parar, lo cual fue lo máximo que he corrido en mi vida.

Él estaba en medio de una conferencia cuando me deslicé por la parte de atrás. Hicimos contacto visual, pero continuó enseñando. Probablemente no dijo nada debido a mis buenas calificaciones. Podría saltarme todas las clases y aun así tener el promedio más alto.

Durante las largas dos horas de clase, me costó concentrarme, con la boca seca mientras trataba de formar palabras alrededor de las preguntas. Mientras jugueteaba con el bolígrafo y el papel, intentando tomar notas, todo lo que ocupaba mi mente era Roger. Todo lo que podía hacer era pensar en Roger y en volver con él. Si cada noche pudiera ser como la anterior, viviría el resto de mi vida felizmente. ¿Qué había hecho una chica de Pensilvania para merecer este tipo de felicidad?

Desesperada por una respuesta, abrí mi computadora con la esperanza de haber recibido mágicamente mensajes de texto mientras estaba en clase. La realización me golpeó: nunca intercambiamos números ni siquiera nombres. No había manera de que él pudiera encontrarme. Ni siquiera trabajaba en el Pub japonés, así que no era como si pudiera volver allí y preguntar por mí.

Cada segundo se sentía como una eternidad insoportable, ya que cada minuto que pasaba me acercaba pero al mismo tiempo me alejaba más de lo que parecía ser el final. Tal vez nunca lo volvería a ver. Pero la esperanza creció dentro de mí; quizás él todavía estaría esperándome en el hotel y podríamos retomar las cosas donde las dejamos anoche.

Finalmente, cuando la clase terminó, hubo un agujero con forma de Camila en la pared. Bueno, no realmente. Pero bien podría haberlo habido. Salí corriendo del aula desesperada, con los pulmones ardiendo mientras me apresuraba y evitaba el tráfico por completo.

Llegué al vestíbulo del hotel como una loca a toda velocidad, lanzando miradas arriba y abajo mientras saltaba al ascensor y me apresuraba rápidamente hacia el octavo piso.

En el segundo en que salí a su fluorescencia deslumbrante, los recuerdos de la noche anterior volvieron con todo detalle. La enorme sonrisa de Roger iluminaba todo su rostro cuando caminamos juntos fuera del ascensor; algo tan simple pero lo suficientemente encantador como para permanecer vívido en mi mente.

Apartando esos pensamientos por ahora, todo lo que importaba en ese momento era encontrar el camino a nuestra habitación. Primero, necesitaba encontrar una llave.

Buscar en todos mis bolsillos solo me hizo darme cuenta de que no tenía la tarjeta llave. Debí haberla olvidado esta mañana cuando salí apresuradamente para ir a clase.

Así que levanté ambos puños contra la puerta en lugar de rasparlos a lo largo de su superficie aparentemente interminable. Golpeé fuerte con todas mis fuerzas en cada centímetro de madera que quedaba. Esperaba contra todo pronóstico que Roger me oyera desde dentro y abriera.

Volé al ascensor y presioné salvajemente el botón, esperando desesperadamente que eso lo hiciera salir más rápido. Aunque en el fondo sabía que no haría ninguna diferencia.

Cuando llegué al vestíbulo, corrí hacia el mostrador de recepción, que se sentía a kilómetros de distancia. Sin aliento, decidida, solté: —¿El... um... el tipo en um... la habitación? —Tan pronto como lo dije, un miedo abrumador se apoderó de mí cuando mi mente frenética ni siquiera pudo recordar el número de la habitación. Roger James era el dueño del hotel, así que debían saber quién era.

—Señorita, ¿está todo bien? —preguntó pacientemente la persona de recepción, que debía pensar que yo era una loca lunática.

—¿Está Roger James todavía aquí?

La persona de recepción me miró con escepticismo. —¿Qué sabe usted sobre el Sr. James?

—Fui su invitada anoche —fue mi respuesta, seguida de su mirada intrigada.

Sin embargo, no tenía tiempo para esto ahora; al darme cuenta de esto, la frustración corrió por mis venas ante su duda sobre el hecho de que pasé la noche con Roger James.

—¿Fue usted su invitada? —preguntó.

—Lo fui.

—¿En serio?

—Sí.

—Y yo cené en la Casa Blanca.

—Señor, ¿está aquí el señor James?

Sus cejas se arquearon de manera impresionante, y ya no discutió más. Levantó las cejas.

—No puedo revelar la ubicación de los huéspedes del hotel.

—No le estoy preguntando dónde está. Le estoy preguntando si está aquí.

El tipo desvió la mirada entre mí y su compañero de trabajo, que estaba de pie a pocos metros. Se acercó lo suficiente como para que pudiera oler el café en su aliento mientras susurraba:

—Pareces una buena chica, pero si alguien pregunta, no oíste esto de mí.

—Mis labios están sellados —dije con una sonrisa.

Pareció dudar un momento antes de responder:

—El señor James se fue hace aproximadamente una hora.

—¿A dónde fue? —pregunté esperanzada.

Me miró con ojos suspicaces y se echó hacia atrás lo suficiente para darnos algo de distancia. Con un gruñido casi despectivo, dijo:

—No es mi problema.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, desconcertada por su brusca respuesta.

Después de una larga pausa y lo que pareció una eternidad mirándome a los ojos, finalmente respondió:

—No pregunté adónde iba. No es asunto mío.

Mi boca se quedó abierta un momento por la incredulidad antes de preguntarle más:

—Entonces... ¿simplemente se ha ido?

Un encogimiento de hombros indiferente siguió mientras respondía:

—Estoy seguro de que está por algún lugar de Princeton.

Suspiré profundamente ante su respuesta evasiva, pero aún logré murmurar sarcásticamente:

—Eso es muy útil.

Su actitud fría vaciló solo ligeramente cuando inesperadamente preguntó:

—¿Por qué no lo llamas?

Vaya, este tipo era la definición de servicial. Si pudiera llamar a Roger James ahora mismo, ¿estaría realmente parada aquí hablando con la persona menos útil del mundo?

—No tengo su número.

—Pasaste la noche con el señor James y no pediste su número.

—Todo sucedió rápido, y tuve que ir a la escuela.

—Interesante.

—¿Por casualidad tendría su número de móvil? —le pregunté al hombre en el mostrador del hotel.

Su respuesta llegó casi instantáneamente. Tajante y decisiva, dijo:

—De ninguna manera.

No había rastro de reflexión en su voz; ya podía decir que había tomado su decisión.

—¿Por qué no? —insistí de nuevo, esperando algo más que una simple negativa esta vez.

Respondió solemnemente:

—No tengo su número, y aunque lo tuviera, sería una grave violación de la privacidad si te lo diera.

Después de murmurar un suave "Gracias de todos modos".

Me alejé abatida del mostrador del hotel. El hombre me gritó:

—Que tengas un buen día.

Las suelas de mis zapatos chirriaron contra el pavimento mientras me alejaba del hotel, echando una última mirada a su ornamentada fachada. Mi cabeza aún daba vueltas con los vívidos recuerdos de una noche inolvidable. Me sentí verdaderamente viva por un momento antes de que la realidad volviera a imponerse.

Me preguntaba si Roger me reconocería si me viera en la calle. Es decir, ¿sabría mi nombre o mi cara? ¿O solo sería una más de sus aventuras de una noche que olvidaría? Esperaba que no, porque lo echaba de menos. Anoche fue mi sueño, y significó algo para mí. Esperaba que hubiera sido igual de maravilloso y significativo para Roger.

Todo lo que podía hacer era esperar que la vida tuviera otros planes para nosotros y que, eventualmente, nos volviera a cruzar en el camino del otro. Por ahora, lo único que podía hacer era regresar a Princeton y guardar la noche anterior como un recuerdo lejano, aunque fuera lo opuesto a lo que realmente quería.

Capítulo 5 Roger

Me desperté al día siguiente medio dormido, sin ganas de levantarme de la cama. ¿Cómo podría querer levantarme después de una noche tan increíble? Cuando estaba rebuscando en la mesita de noche en busca de mi teléfono, miré el reloj y vi que ya era mediodía. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo.

Extendí la mano para acurrucarme con la chica, pero me llevé una decepción al no sentir nada a mi lado. Abrí más los ojos y me giré para ver que el otro lado de la cama estaba vacío.

¿Dónde estaba? Pasamos la noche juntos, y luego me desperté y ella se había ido cuando lo único que quería era seguir acurrucándome con ella por la mañana.

No podía quitarme su imagen de la cabeza después de haber pasado la noche juntos. ¿Quién era exactamente y adónde había ido? Se me olvidó por completo preguntarle su nombre en algún momento. Estaba tan fascinado con ella y especialmente con sus ojos, que perdí de vista lo importante, como obtener información para poder identificarla.

Sin embargo, cuando intenté recordar su apariencia, solo pude ver un contorno borroso de su rostro en mi mente. Lo único que quedaba de ella eran sus cautivadores ojos, completamente diferentes a los de cualquier otra persona en el mundo.

Salté de la cama y me dirigí hacia una silla cercana, que tenía algo de ropa colgando descuidadamente del respaldo. Era una camiseta blanca lisa y unos aburridos shorts negros que seguían allí desde que la camarera los había entregado antes, pero no me los había puesto hasta ahora.

Fuera de esta habitación, el calor sofocante comenzaba a asentarse como si me juzgara por mi incapacidad para recordarla. Me desconcertaba por qué se había ido sin siquiera despedirse. ¿Habría dicho algo que se malinterpretó? Pero, ¿por qué diablos no se despediría después de lo que pasó anoche?

Necesitaba encontrarla de nuevo, pero no tenía idea de cómo. Bajo la luz brillante, sus ojos brillaban como esmeraldas, y no dudaba que podría localizarlos a pesar de todo lo que ocurría en Princeton.

Mi nivel de ansiedad aumentó cuando sentí vibraciones de mi teléfono en la mano. Cuando miré

la identificación de llamada y vi que era el número de mi padre, me invadió inmediatamente una intensa molestia. Lo único que quería era ver a esa chica de nuevo y no tener que lidiar con mi padre esta mañana. Además, no habíamos hablado después de nuestra acalorada discusión de ayer.

Mientras contestaba lentamente su llamada, me preparé mentalmente para lo que vendría. —Hola, papá.

—Hola. ¿Dónde has estado, Roger? —Su tono era firme y autoritario, y estaba claro que no aceptaría disculpas; esto no sería una tarea fácil.

—Estoy en la universidad. Donde siempre estoy —respondí.

—Estoy en tu apartamento, pero no te veo aquí. ¿Dónde estás? —replicó papá.

—Pasé la noche en uno de nuestros hoteles.

Pasó un tiempo entre nosotros antes de que su ira condescendiente se abriera paso de nuevo. —Invertimos todo ese dinero en comprar ese bonito apartamento en Princeton, pero ni siquiera lo usas —dijo papá.

Solo pude reunir el valor suficiente para preguntarle qué necesitaba mientras apretaba los puños con fuerza para no estallar en otra acalorada diatriba. Estuve conteniendo la respiración todo el tiempo. —¿Qué sucede?

—Parte de la razón por la que llamé fue por lo de ayer.

—No voy a disculparme. —Roger James no se disculpa, especialmente cuando creo que no me equivoqué.

—Si has hecho algo mal, lo responsable y maduro es disculparse por ello. —Se estaba comportando muy como un padre en comparación con su típica respuesta de que tienes que hacer cualquier cosa cuando se trata de negocios. Son negocios, no placer, siempre me decía.

Mi primer sabor de independencia llegó cuando me dieron la responsabilidad de administrar uno de los hoteles de mi familia como estudiante de último año de universidad. Allí aprendí a tomar decisiones sin consultar a nadie más. Aunque tenía un historial sobresaliente en el aula, mi padre me consideraba una persona joven e inexperta en este tema. Querían darme experiencia sin imponerme una carga indebida en forma de responsabilidades. Este era el primer año en que

había comenzado a tomar la iniciativa en las cosas por mi cuenta, y se sentía genial.

Mi padre creía que era demasiado joven para tener experiencia en el campo. Aunque no lo era, aun así fui. A pesar de que asistía a una prestigiosa universidad, él creía que todavía era demasiado joven. Por lo tanto, me entregó una pequeña propiedad para que la administrara. Para ponerme a prueba y abrirme puertas, aunque le dije que no tenía que hacerlo.

Mi tío, que era el hermano menor de mi padre, estaba particularmente interesado en ello. Era consciente de las debilidades de la dirección y deseaba un papel más importante en nuestra empresa familiar.

Por otro lado, papá lo rechazó rotundamente. Él quería demostrar su valía, así que intentó interferir con la propiedad que yo estaba administrando en ese momento.

Aunque yo no era el responsable de la situación, mi padre me culpó por las enormes pérdidas financieras de la propiedad. Papá siempre me decía que la regla número uno del emprendimiento es que el jefe siempre es responsable. No importaba cuál fuera la situación o quién fuera el jefe.

—Roger. ¿Hola? ¿Estás ahí? —preguntó papá de nuevo.

—Sí.

Técnicamente, mi cuerpo estaba presente. Si mi mente estaba presente era otra historia. No podía dejar de pensar en lo que había sucedido el día anterior. En mi apartamento de la universidad, papá y yo tuvimos una acalorada discusión. Estaba molesto conmigo porque había permitido que mi tío se metiera con la estructura. El objetivo de mi tío siempre ha sido destituir a mi padre de su posición de autoridad. Me culpó por el incidente, a lo que me opuse.

—¿Por qué no puedes simplemente disculparte?

—No tengo la culpa de esto.

—¿Vas a alardear de eso?

No le di una respuesta a eso.

—No es de extrañar que no te dé una parte respetable del negocio. Tienes la incapacidad de reconocer cuando te equivocas.

—¿Solo llamaste para decir estas cosas o tienes alguna razón para hacerlo?

Fui al pub japonés después de la gran pelea que tuvo lugar la noche anterior, durante la cual la gente gritaba y se arrojaba cosas. Iba a haber una reunión de algunos de mis amigos allí. Pensé que sería la distracción perfecta para concentrarme y no pensar en la situación con mi padre y todo lo que estaba pasando con la propiedad. Tuve el placer de conocer a ojos bonitos ayer por la noche, y ella hizo un excelente trabajo distrayendo mi atención. Deseaba saber dónde podría encontrarla.

En un tono grave, dijo: —De todos modos, no llamé para seguir con nuestra pelea de anoche.

—Si ese no es el caso, ¿por qué llamaste? —Cuando hice la pregunta, mi tono estaba lleno de sospecha y mi voz tembló.

—Parece que hay un problema con una de las propiedades ubicadas en otra ciudad. —Su tono de repente se volvió urgente, y sus palabras parecían revolotear en mi cabeza como abejas furiosas buscando polen.

—¿Cuál exactamente? —Mordí con firmeza la comisura de mi labio.

—Houston. Necesito que tomes el próximo vuelo y te encargues de ello lo antes posible. —La gravedad de sus palabras me golpeó de repente como si me hubieran echado un balde de agua helada encima en un solo movimiento.

—Espera, ¿vas a confiar en mí? —Era evidente que escuchar esas palabras me había impactado. Después de lo que pasó con su tío, estaba seguro de que nunca volvería a confiar en mí.

—Esto es de suma importancia —continuó sin perder el ritmo—. ¿Podrías ir a Houston o no?

—Por supuesto. Estaré allí.

—Eso pensé. Gracias. —Con eso, papá colgó el teléfono.

Me senté en el borde de la cama mientras metía lo poco que tenía en una bolsa de viaje. Cuando llegué al hotel, esperaba volver a casa al día siguiente y no dirigirme a Houston. Pero tendría que arreglármelas. Estaba seguro de que Houston tendría un lugar donde comprar cosas.

Después de confirmar que tenía todo, hice una llamada para que un coche me recogiera y me llevara al aeropuerto. Ya podía ver un billete de avión en mi teléfono con destino a Houston

debido a la eficiencia de mi padre para viajar.

Acababa de entrar en el vestíbulo cuando alguien en la recepción llamó mi nombre y exclamó: —Roger. ¿Se está preparando para irse?

—Así es. —Me acerqué a la recepción y pregunté—: ¿Puedo tener agua? —mientras me acercaba.

La persona que trabajaba detrás del mostrador me presentó una botella de agua extremadamente fría. Al despertar después de una larga noche de bebida, estaba tan sediento que la bebí rápidamente.

Estaba a punto de preguntarle a la persona de recepción sobre los ojos bonitos. Tal vez la habría visto y recordado algo o sabría quién era. O quizás ella se arrepentiría de haberse ido y volvería. Pero decidí no hacerlo. Se fue por una razón, y si estuviera interesada en una relación, se habría quedado. Pero no lo hizo.

Mi boca se abrió para mencionar a la chica, pero en una fracción de segundo y en una decisión de último momento, dije: —Tengo que irme.

—Espero que tenga un buen día.

—Igualmente.

Fue una buena decisión no mencionar a ojos bonitos, o al menos eso era lo que me seguía diciendo. Debería concentrarme en el trabajo y en llegar a Houston ahora mismo.

Pisé el pavimento, que estaba roto y desmoronándose, y esperé a que llegara el coche mientras aguardaba. Aunque estaba preocupado por las actividades de la noche anterior, descubrí que mis pensamientos seguían volviendo a los hermosos iris. A pesar de que lo pasamos tan bien juntos, parece que no fue suficiente para ella porque se fue tan temprano a la mañana siguiente.

Respiré profundamente el aire fresco del verano y observé cómo mi coche se acercaba lentamente frente al hotel. Siempre había algo reconfortante en el aire fresco. Mi conductor salió rápidamente del vehículo para abrir la puerta y yo subí. Una vez dentro, dirigí mi atención a través de la ventana mientras el edificio se encogía, junto con los increíbles recuerdos de la noche anterior que ojos bonitos y yo compartimos.

Capítulo 6 Camila

Seis años después

Tras una noche de sueño reparador, el estridente sonido de mi despertador me arrancó bruscamente del sueño, rompiendo la calma que se había apoderado del espacio la noche anterior. No quería aceptar el hecho de que ya fuera tan temprano un viernes por la mañana cuando miré el reloj iluminado.

Me costó levantarme esta mañana, pero lo conseguí. Empecé por sacar una bata del armario y luego me dirigí a la habitación de Caleb para ver cómo estaba.

Llamé rápidamente a la puerta y entonces escuché una voz acogedora que decía:

—Pasa.

Cuando abrí la puerta, vi a Caleb de pie con una camisa azul oscuro y unos pantalones más oscuros. Ya estaba vestido para el día.

—Hola, cariño. Buenos días.

—Buenos días, mamá.

—¿Estás listo para la escuela?

Sonrió amablemente y asintió con la cabeza.

Mientras nos dirigíamos a la cocina, se detuvo unos momentos para cogerme suavemente los dedos. El calor de su piel me dio una sensación de seguridad.

Nada más entrar en la cocina, vi el plátano de color amarillo brillante que estaba encima del frutero y lo cogí rápidamente. En cuanto puse el bagel en la tostadora, el delicioso aroma de la cocción llenó inmediatamente todo el espacio, y pude olerlo incluso antes de que estuviera listo. Lo metí en una bolsa de papel marrón antes de dárselo a Caleb.

—Oye. ¿Puedes ir a buscar tu mochila para que podamos ir al autobús? No quieres perderlo.

Caleb se bajó rápidamente del mostrador de la cocina y corrió hacia la sala de estar, donde

guardaba su mochila de coches de carreras. Pasaba por fases de interés; ahora eran los coches de carreras los que llenaban toda nuestra casa.

Mientras se ponía los zapatos, metí apresuradamente el resto de su desayuno en la mochila.

—¿Tienes todo lo que necesitas para el día?

Revisó su mochila una última vez. Incluí la doble comprobación de todas sus pertenencias como parte de la rutina preescolar.

—¿Está todo ahí?

Asintió con la cabeza.

Abrí la puerta principal y me preparé para acompañarlo en el camino hacia el autobús. Pero él tenía otros planes en mente. En cuanto salió de casa, corrió tan rápido como pudo hacia la esquina donde estaba la parada del autobús. Vi cómo otros niños a mi alrededor se negaban a ir sin sus padres, y sonreí al saber que Caleb era independiente.

Una vez que me aseguré de que Caleb estaba a salvo en el autobús, di media vuelta y me dirigí a casa. Entré y mi padre estaba sentado en el mostrador. Debía de haberse levantado en los pocos minutos que estuve fuera. Normalmente dormía hasta tarde, así que verlo levantado tan temprano era una sorpresa.

—Buenos días —dijo.

Sonreí. —Buenos días.

—¿Caleb está en la escuela?

—Sí. Acabo de dejarlo en la parada del autobús.

—¿Qué hay en la agenda para hoy?

—Hay un montón de ropa que lavar que he estado evitando, y después de eso, tengo que hacer algunas joyas.

—Parece que tienes un día ocupado.

—Mañana es San Valentín, mi día más ocupado del año. Además, el día que paga nuestro

alquiler de los próximos tres meses.

—Me gusta tener un techo sobre mi cabeza.

—Ya me lo imaginaba.

—No dejes que te entretenga.

Me reí en voz baja mientras contenía la respiración. Mientras me dirigía a la habitación de Caleb, dije: —Ni lo sueñes.

Entré en la habitación de Caleb.

Cogí el montón de ropa sucia cada vez mayor del cesto en el que lo había guardado y lo metí todo en la lavadora. Después de girar el mando hasta oír un clic, fui a aspirar el suelo mientras esperaba que el temporizador indicara que había terminado.

El sonido de un tintineo metálico indicó que había cumplido su misión. Usé toda la fuerza que pude reunir para meter todo en la secadora. Después, puse algo de música para ahogar la interminable procesión de ruidos repetitivos que me rodeaban.

Cuando la secadora terminó, fui a la sala de estar, me puse de rodillas y organicé toda la ropa de mi hijo en un montón desordenado en el suelo. Cogí el mando a distancia de la mesita de café y quise pulsar el botón de encendido, pero sabía que si encendía la televisión, nunca la apagaría, y tenía mucho que hacer hoy.

Entonces, justo en ese momento, el teléfono de la mesita de café empezó a sonar. Dejé el mando a distancia y cogí el móvil.

Cuando contesté, oí la voz de Astrid al otro lado de la línea. —Hola, Camila.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo exactamente?

—Doblando la ropa de Caleb —gemí mientras ponía los ojos en blanco y contemplaba con horror los montones de ropa que tenía que doblar frente a mí.

Se oyó una risita en su extremo, y el tono de su voz, teñido de diversión, me hizo reír un poco

también. —Parece que te lo estás pasando en grande ahora mismo.

—¿Estás celosa?

Entonces respondió con una ligera risita, —Ni de lejos —tras una breve pausa en la que guardó silencio.

—¿Por qué has llamado?

—¿A qué te refieres?

—Sé que no has llamado solo para oírme hablar de doblar la ropa.

—Oye, doblar la ropa puede ser una actividad fascinante.

—Dijo nadie nunca. En fin, ¿qué pasa?

—¿Sabes qué día es mañana?

—¿Mañana? Es sábado.

—¿Es mañana un día especial en todo el mundo?

—Es San Valentín.

—Lo has pillado. ¿Te habías olvidado?

—¿Cómo pude olvidarme del Día de San Valentín? Paso semanas antes creando joyas para que los hombres se las regalen a sus parejas.

—Me encanta el Día de San Valentín, y a mi novio también.

Siempre me había gustado ese día cuando estaba en una relación, pero cuando estaba soltera, solo era un recordatorio de que no tenía a esa persona especial en mi vida.

—Por lo que parece, tú y tu novio tienen grandes planes.

—¿Cómo lo supiste?

—Simplemente lo sé. La emoción se nota a través del teléfono.

—Por fin tengo un novio al que le importa este día tanto como a mí y no solo está tratando de meterse en mis pantalones.

—Eso es genial. ¿Qué tienen planeado?

—Él tiene planeada una gran cita para nosotros, pero tengo que cancelarla.

—¿Cómo así?

—Debido a mi horario de trabajo, no puedo tomarme el día libre.

—¿Por qué?

—El hotel no me permite tomarme el día libre. Según lo que he oído, el Día de San Valentín es el día más ocupado del año para ellos. Es un día muy importante para él. Odio decepcionarlo y decirle que se cancela.

—¿No se lo has dicho?

—No quería iniciar una pelea. Además, suponía que lo habría resuelto para ahora.

—¿Cómo lo habrías resuelto?

—Intenté pedirle a otro miembro del personal que me ayudara, pero los que no están trabajando dijeron que no porque tienen su propia cita de San Valentín a la que asistir.

—Si tan solo pudieras encontrar a una persona soltera a la que no le importe el Día de San Valentín.

—Exactamente. —Ay no, presentí que venía un favor—. Tú estás soltera, ¿verdad?

—Gracias por recordármelo.

—¿Tomarías mi turno mañana?

Sentí la necesidad de pensar en esa pregunta. ¿Realmente era el tipo de ambiente en el que quería estar el Día de San Valentín, con todas esas parejas felices? Pero Astrid es una de mis amigas más cercanas, y todo lo que quería era pasar el día con su novio. Si la situación fuera al revés, esperaría que ella fuera lo suficientemente amable como para ayudarme.

—Camila.

—¿Qué? —No me había dado cuenta de que me había distraído.

—Te hice una pregunta y luego te quedaste callada. Me tienes en ascuas. ¿Puedes cubrir mi turno mañana?

—Claro.

—Gracias.

—De acuerdo. Feliz Día de San Valentín y disfruta tu cita.

—Gracias por hacer esto. Estaré pensando en ti todo el tiempo.

—No le digas eso a tu novio.

Ella se rió. —Te debo una.

—Agrégalo a mi cuenta.

—¿Quieres salir hoy?

—No puedo. Tengo que trabajar.

—Eres dueña de tu negocio de joyería. ¿No puedes elegir tu horario?

—Como dijiste, mañana es el Día de San Valentín. Tengo un pedido enorme que entregar. Así que tengo que terminar mis quehaceres y luego empezar a hacer las joyas.

—Diviértete con eso.

—A menos que quieras venir y ayudarme.

—Ojalá pudiera, pero también tengo que trabajar hoy en el hotel. Te ayudaré para la próxima festividad importante.

—El Día de la Madre. El Día de la Madre pasado, Caleb vino a mi tienda e intentó comprar algunas joyas como regalo para mí.

—Eso es tan tierno.

—Lo sé. Bueno, me estoy desviando del tema. Tengo que irme.

—De acuerdo. Adiós.

—Hablamos pronto —respondí antes de colgar la llamada.

Quiero mucho a Astrid, pero es una cotorra, y yo tenía cosas que hacer hoy. Miré la pila de ropa delante de mí y me di cuenta de que no había hecho nada durante toda la conversación. Estas prendas no se doblarán solas de ninguna manera. Continué doblando en paz porque cuanto más rápido terminara, más pronto podría ponerme a trabajar y terminar con esta tarea.

Seguía pensando en Astrid y en cómo me pidió que tomara su turno en el hotel. Ella merecía tener su cita de ensueño de San Valentín, y tal vez estar rodeada de parejas felices me haría bien. Mi vida giraba en torno a Caleb y el trabajo, y estaba bien con eso. De hecho, lo prefería así. Él era la única constante en mi vida que siempre estaría ahí. Todo lo que quería hacer mañana era holgazanear por la casa, ver televisión y comer helado con Caleb. Pero aceptar trabajar en el hotel por mi amiga era una buena idea.

Capítulo 7 Roger

—¿Estamos listos para cerrar el trato entonces? —le dije a Bill, el ejecutivo corporativo con quien tenía una reunión esa tarde. El sonido del tecleo llenaba la sala mientras mi asistente hacía algunas últimas ediciones al contrato que estaba a punto de firmar.

Tamborileé con los dedos sobre el brazo de mi silla, echando un vistazo alrededor de la gran oficina. Estaba llena de muebles modernos, arte costoso e iluminación ambiental. Frente a mí estaba el portafolio de la empresa de Bill. Estaba repleto de nombres importantes, y los rendimientos de sus negocios eran realmente buenos.

Impresionante, pensé para mis adentros. Por supuesto, solo había espacio para lo mejor cuando se trataba de cerrar tratos. Mis ojos volvieron a Bill, y me di cuenta de que no era el único impresionado. Él me miraba con una evidente expresión de admiración en su rostro.

—Estamos listos para el trato —me dijo y luego hizo una pausa por un momento, aún observándome con atención—. Debo decir que solo había escuchado rumores sobre usted antes, pero ahora que finalmente lo he conocido, puedo afirmar que Roger James realmente sabe cómo cerrar un trato —Bill sonrió y extendió su mano para estrechar la mía.

Me quedé callado. Mi reputación precedía a mi nombre, y estaba acostumbrado a ser objeto de este tipo de trato en entornos profesionales. Era un nombre importante en la industria.

—¿Le enseñaron todo eso en Princeton? —El asombro en los ojos de Bill era palpable.

Me encogí de hombros. Pensando ahora en mis días universitarios, sentía que era un novato en aquel entonces. La universidad no me enseñó ni de cerca tanto como lo hizo el mundo real. Solo en mi último año mi padre comenzó a confiar más en mí con el negocio familiar y me dio más oportunidades para probarme, lo cual hice. De hecho, superé sus expectativas. Seis años después, había tomado casi el control total del negocio familiar.

—Mis disculpas —añadió Bill apresuradamente, al ver la expresión de indiferencia en mi rostro —. Error de principiante. Por supuesto, un talento como el suyo es innato y no puede aprenderse en la universidad.

—Creo que doy crédito a varias influencias en mi vida —dije—, Princeton siendo solo una de ellas.

—Su grupo de hoteles ya era exitoso cuando usted tomó el control. Pero los llevó al siguiente nivel —agregó Bill—. Escuché que duplicó los ingresos en solo el primer año.

—Los tripliqué —le corregí, tratando de no parecer demasiado arrogante, pero la sonrisa en mi rostro me delataba.

—Dios —Bill dejó escapar un suspiro de incredulidad—. Debe ser agradable. Oiga, estoy anotando mi número de contacto personal aquí. Si está libre más tarde esta noche, deberíamos reunirnos y hacer networking.

Asentí, mirando a mi asistente para ver si ya había terminado con el contrato. La verdad era que rara vez me gustaba mezclar los negocios con el placer. Tan pronto como este trato terminara, deseaba relajarme junto a la piscina y no discutir nada relacionado con el trabajo durante el resto de la noche.

—Aquí está el contrato —Arlo, mi asistente, se acercó en el momento justo. Colocó el contrato entre nosotros dos, y lo firmé.

—Ha sido increíble hacer negocios con usted —dijo Bill, estrechando mi mano firmemente—. Puedo asegurar que esta colaboración será muy lucrativa para ambas compañías.

—El placer es todo mío —dije. Ahora que el trato estaba cerrado, no había incentivo para quedarse más tiempo. Bill intentó ofrecerme algunas bebidas, pero las rechacé cortésmente.

En los siguientes diez minutos, me encontraba en la piscina del hotel con mis gafas de sol puestas. Vestido con un polo fresco pero cómodo, me recosté en una de las sillas y observé cómo un niño pequeño jugaba cerca de la piscina.

El clima era terrible esa tarde, por lo que el hotel estaba relativamente vacío. La sucursal de Filadelfia de mi hotel era popular, y justo el año pasado había sido declarada el Mejor Lugar para Hospedarse por la principal revista local. Cuando mi asistente me dijo que tenía que cerrar un trato aquí, aclaró que no era necesario que viniera personalmente a firmarlo. Pero algo me atrajo hacia aquí.

O más bien, alguien.

Aunque habían pasado seis años desde que conocí a Camila, no podía olvidarla. Era como si secretamente me hubiera hechizado cuando la conocí, y ahora, aunque habían pasado años y no

teníamos ningún contacto, ella seguía merodeando por los pasillos de mi mente como una visitante frecuente. Tanto así que tuve que alejarme de Nueva Jersey solo para tomar un poco de aire fresco, esperando que un cambio de escenario la sacara de mi mente.

Por el rabillo del ojo, noté la pequeña figura del niño que jugaba en la piscina. Se tambaleaba peligrosamente cerca del borde, tratando de agarrar una pelota que flotaba en el agua. Estaba en la parte profunda del agua, y vi cómo perdía el equilibrio y caía de cara al agua.

Mi instinto protector se activó, y corrí hacia él, llegando justo a tiempo para sacarlo del agua y salvarlo. Lo tomé en mis brazos, sosteniéndolo con fuerza y sintiendo su pequeño corazón latir salvajemente contra su pecho.

—Oye, está bien, pequeño —le dije—. Estás a salvo ahora. Estás conmigo.

—La pelota —dijo el niño con su voz infantil. Ahora se aferraba con fuerza a mi cuello y me miraba con ojos muy abiertos.

—Te la traeré —le aseguré, dejándolo en el pavimento e inclinándome para recuperar la pelota. Cuando se la devolví, la alegría era visible en su rostro, y se lanzó hacia adelante para envolverme en un fuerte abrazo.

Lo abracé de vuelta, sintiéndome extraño de que, aunque acababa de conocer a este niño, sentía una inexplicable calidez y ternura hacia él.

—Gracias —me dijo, y pude sentir la gratitud que sentía solo por su tono.

Viéndolo bien ahora por primera vez, hice un doble take. ¿Había conocido a este niño antes? Era imposible, ya que mi trabajo no me permitía pasar mucho tiempo con niños, ni ninguno de mis amigos tenía hijos que pudieran tener la edad de este pequeño. Y sin embargo, algo en su rostro me resultaba tan familiar. Se sentía como si nos conociéramos desde siempre.

Sus ojos. Definitivamente había visto esos ojos antes.

—¿Cómo te llamas? —le dije suavemente, saliendo de mi ensimismamiento.

—Caleb —dijo, jugando felizmente con la pelota en sus manos ahora.

—Caleb —repetí el nombre. Salió de mi boca con facilidad, y sin embargo nunca había conocido a nadie con ese nombre antes. Usualmente, no era de los que sentían ningún tipo de instinto

paternal hacia los niños, pero ahora me sorprendía lo mucho que quería proteger a este niño.

Caleb asintió felizmente. No creo que se diera cuenta de cómo acababa de escapar de lo que podría haber sido una situación potencialmente mortal.

—Bueno, Caleb —le dije, alborotándole un poco el pelo—. Nunca te acerques a piscinas como esta cuando no haya adultos cerca, ¿de acuerdo? ¿Dónde está tu papá?

Caleb se encogió de hombros.

—Mi mamá está por aquí en alguna parte.

En ese momento, oí a una mujer llamarlo por su nombre. Ambos nos giramos para ver a una mujer menuda de cabello castaño rojizo corriendo hacia donde estábamos. Había un evidente alivio en su rostro, pero tenía la piel enrojecida, y me di cuenta de que debía haber estado buscándolo durante un tiempo.

—Aquí estás —dijo, abrazándolo fuertemente tan pronto como llegó a él—. Dios mío, me has asustado. ¿Nunca vuelvas a escaparte así?

Había tanto amor y preocupación en su tono que pude darme cuenta de que era una gran madre para Caleb. Era una escena conmovedora, y me di cuenta de que ni siquiera había notado que yo estaba parado justo al lado de él en su prisa.

—Casi me caigo —dijo Caleb, acurrucándose en el abrazo de su madre—. Pero él me salvó.

Señaló hacia mí, y la mujer siguió su mirada y, finalmente, se posó en mí.

Su boca se abrió de inmediato, y hubo una sorpresa visible en su rostro. Pero lo cubrió rápidamente.

—Oh... um —dijo, todavía mirándome con una expresión atónita.

Tal vez solo era un día extraño, pero ver su rostro me trajo los mismos sentimientos que tuve cuando miré al niño por primera vez.

¿Nos habíamos conocido antes? La observé cuidadosamente. Era extraño, pero sentí una atracción magnética inmediata hacia ella.

—Gracias por salvar a mi hijo —dijo después de un momento. Apartó su mirada de la mía y en su lugar la enfocó en el suelo. Era casi como si estuviera evitando encontrarse con mis ojos, pero ¿por qué lo haría? Solo nos estábamos conociendo por primera vez.

Escuchar su voz me recordó a la mujer que había conocido seis años atrás. Se sintió como un extraño mareo.

—No es ningún problema —dije rápidamente—. De hecho, nos estábamos llevando bastante bien antes de que llegaras.

Ella asintió, con los ojos aún fijos en el suelo, y simplemente levantó a su hijo.

—Gracias de nuevo de todos modos —dijo y se dio la vuelta para marcharse.

No sé qué me poseyó entonces, pero antes de que pudiera siquiera controlar las palabras que salían de mi boca, la detuve poniendo una mano en su hombro.

Ella se volvió para mirarme, con los ojos abiertos de confusión. Solo la intensidad de sus ojos marrones hizo que las palmas de mis manos sudaran. Era como si su mirada estuviera penetrando en mi alma.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos intercambiar números? —solté, sin importarme si estaba siendo demasiado directo.

Ella frunció los labios y luego simplemente se encogió de hombros y se dio la vuelta para marcharse.

—Vaya —murmuré para mí mismo—. Ni siquiera una respuesta.

Pero mientras la veía alejarse, me llenó la curiosidad por esta mujer. Acababa de rechazarme, lo cual era algo a lo que no estaba acostumbrado en absoluto. Normalmente, las mujeres saltaban ante la oportunidad de hablar conmigo. Y sin embargo, no me había ofendido ni lo más mínimo.

Mientras desaparecía de mi vista, había una cosa clara en mi mente.

Tenía que conocer a esta mujer.

Capítulo 8 Camila

—¿Por qué no podemos quedarnos? —mi hijo Caleb hizo un puchero mientras yo empacaba su bolsa en el área de vestuario del personal.

—Porque yo lo digo —cerré su bolsa y saqué mi teléfono para llamar un taxi al hotel. Aunque todavía quedaba mucho trabajo por hacer y mi turno aún no había terminado, sabía que no podía quedarme aquí ni un momento más.

—¿Al menos puedo ir a despedirme del hombre amable de la piscina? —suplicó Caleb.

Ese hombre amable de la piscina era precisamente la razón por la que teníamos que irnos con tanta prisa. Giré bruscamente la cabeza hacia él y entrecerré los ojos.

—¿Qué te dijo? —le pregunté. Mis ojos traicionaban el dolor que sentía por dentro.

—Me pidió que tuviera cuidado —narró Caleb— y preguntó dónde estaba mi papá.

—¿Tu papá? —casi me reí en voz alta, aunque sin alegría.

Eso lo aclaraba todo. Casi seis años desde la última vez que lo había visto y había tenido a su hijo, y aun así ni siquiera me recordaba. Sentí que me amargaba por ese hecho. Después de todo, ¿era realmente tan olvidable que ni siquiera me recordaba después de verme en persona?

El puchero de Caleb se profundizó, y me di cuenta inmediatamente de que había sacado a colación algo que no debería. Ahora que se estaba haciendo mayor e iba a la escuela, había empezado a sentir curiosidad por saber dónde estaba su papá. De vez en cuando, me bombardeaba con preguntas inocentes sobre dónde estaba su propio padre, y yo siempre le contaba algo inventado.

—¿Dónde está? —me preguntó una vez más. Toda la ira que sentía antes se desvaneció al ver la imagen frente a mí. Dejé el teléfono a un lado y tomé la mano de Caleb.

—Simplemente no está aquí ahora —dije suavemente—, pero te quiere y te echa mucho de menos.

—Si me quiere —reflexionó Caleb—, ¿por qué no está aquí?

Me quedé sin palabras, como solía suceder cada vez que surgía esta conversación. Sabía que uno de estos días tendría que sentarme con Caleb y tener una conversación real sobre por qué su papá no estaba cerca.

Sentí una punzada de culpabilidad al darme cuenta de que acababa de acercarse a su padre y, sin embargo, aún no tenía idea de quién era su padre.

Aparté cariñosamente el pelo de su cara y acuné su barbilla entre mis manos. —Algún día —prometí, aunque no tenía ninguna razón para creerlo. Pero tenía que decir algo para consolar a mi hijo preocupado.

—Deberías llamarlo —afirmó Caleb. Otra punzada de culpabilidad. Me di cuenta de que él acababa de ofrecerme darme su número, y sin embargo, esta vez fui yo quien lo rechazó.

Camila rechazó a Roger James. Si alguien le hubiera dicho lo mismo a mi yo universitaria, nunca lo habría creído. Mi infatuación por él era tan profunda que nunca hubiera pensado en hacer tal cosa. Pero las cosas habían cambiado ahora.

Qué irónico, pensé para mí misma. Mi mente retrocedió seis años atrás, cuando conseguir su número parecía una tarea imposible.

Seis Años Atrás

Después de regresar del hotel, apenas tuve tiempo para mí misma, ya que mi teléfono sonaba incesantemente. Tenía un día completo por delante. Por mucho que quisiera pasar todo mi tiempo fantaseando sobre la noche que acababa de tener con Roger James, sabía que tenía que volver a la realidad.

—Hola —dije, finalmente contestando para encontrar a Ida al otro lado de la línea.

—¿Dónde has estado? —su tono era impaciente—. Es como si hubieras desaparecido de la faz de la tierra desde tu turno de anoche. He estado intentando contactarte durante horas.

—Lo siento —dije, mis hombros se hundieron automáticamente solo de pensar en todas las cosas que tenía que poner al día—. ¿Hay algo urgente que necesites decirme?

—¡SÍ! —Ida insistió—. ¿Puedes venir al campus ahora mismo?

—Um —dudé, mirando mi reloj.

—Camila, vamos —continuó Ida—. Tengo una oportunidad única en la vida para ti. Necesitas venir ahora mismo.

La insistencia de Ida fue suficiente para despertar mi interés y acepté, prometiendo verla en los próximos veinte minutos. Tomé el siguiente metro al campus, y pronto, Ida estaba allí esperándome en el patio de nuestro edificio del campus.

—Por fin —resopló cuando me vio, pero su expresión se transformó inmediatamente en una de pura emoción. Sacó su portátil, lo puso sobre la mesa y me hizo un gesto para que me sentara.

—Mira esto, Camila —chilló de emoción. Eché un vistazo a su pantalla y le lancé una expresión de perplejidad.

—¿Qué es? —pregunté, sintiéndome tonta por no haber captado por qué Ida estaba tan emocionada en ese momento.

—Oh, Dios mío, ¿no lo ves? —dijo—. Es un concurso de joyería.

—Cierto, oh —asentí. En la parte superior del cartel del concurso, finalmente vi lo que estaba haciendo que Ida se emocionara tanto en primer lugar.

—Oh, Dios mío —mis labios formaron una 'o'—. Está organizado por Cyril.

—Sí —Ida me dio una sonrisa satisfecha—. Quien resulta ser tu diseñador de joyas favorito y tu mayor inspiración.

—Esto es realmente enorme —dije, mis ojos brillando de emoción. Acerqué su portátil a mi cara y anoté en mi teléfono todos los detalles que necesitaba saber.

—Creo que esta podría ser tu oportunidad —dijo Ida alentadoramente y me dio un suave apretón en la mano. Por su expresión, pude notar que creía en mí. Sentí que mi corazón se hinchaba ante esa visión.

—¿En serio? —le pregunté, mordiéndome el labio inferior. Aunque me sentía segura de mis habilidades para hacer joyas, un concurso como este seguía siendo un gran asunto—. Cientos de personas van a competir además de mí. Creo que tendré una competencia muy feroz.

Ida negó con la cabeza. —Bueno, ninguna de esas personas eres tú. ¡Sorpresa! He visto tu trabajo, Camila, y es realmente de alta calidad. Tal vez este podría ser el momento en que

finalmente te abras paso en la escena como una joven y creativa diseñadora de joyas.

Al escuchar sus palabras y ver cuánta fe tenía en mí, me encontré fantaseando de nuevo. Honestamente, me cambiaría la vida si ganara el concurso.

—Y sabes, ¡el ganador tendrá la oportunidad de trabajar con el propio Cyril! Qué sueño hecho realidad sería eso —continuó Ida entusiasmada.

—No nos adelantemos —dije finalmente, volviendo al presente.

—¿Dónde estuviste anoche, de todos modos? —exigió Ida, entrecerrando los ojos. Tenía una sonrisa traviesa en su rostro, y supe que tenía una ligera idea de lo que había estado haciendo.

Me encogí de hombros, evitando responder a su pregunta. —Solo tuve un turno largo en el trabajo —respondí, apartando la mirada de la pantalla de su portátil y mirando al suelo en su lugar.

—¿Oh, un turno largo en el trabajo? —preguntó ella—. ¿Duró toda la noche? —me guiñó un ojo, provocando que mis mejillas se sonrojaran al inundarme los recuerdos de la noche anterior.

—No es asunto tuyo —dije, haciendo que ella se riera a carcajadas.

—Bien, tú eliges —dijo.

Empecé a preguntarme qué estaría haciendo Roger ahora mismo. Mientras mis pensamientos giraban en torno a él, de repente recordé que Ida en realidad iba a la misma academia que él. No pude conseguir su número en recepción, pero seguramente ella debía tenerlo.

Esperé unos momentos antes de sacar el tema. Después de todo, no quería ser obvia y que ella conectara los puntos de que fue con él con quien pasé la noche anterior. Simplemente no me sentía lista para contárselo... aún.

Cuando pensé que la conversación había avanzado lo suficiente, saqué el tema casualmente para no levantar sospechas en Ida.

—Por cierto —comencé con calma—, me di cuenta de que fuiste a la misma academia que Roger James.

La ceja de Ida se alzó inmediatamente. —¿Te refieres a EL Roger James?

Asentí, tratando de ocultar las mariposas que revoloteaban en mi estómago tan pronto como se mencionó su nombre.

—Sí, el único e inigualable.

Ida me miró con sospecha. —¿Por qué preguntas?

—¿Acaso una chica no puede tener curiosidad? —me defendí débilmente—. Además, me preguntaba si eso significaba que conocías alguna forma de contactarlo. Tengo algunos... um... asuntos que necesito discutir con él.

Ida resopló ante mi sugerencia. —Buena suerte con eso. Ni siquiera yo tengo su número —dijo —. De hecho, es notoriamente reservado en cuanto a no dar su número a nadie.

Suspiré. Debería haberlo visto venir. —¿Estás segura? —me encontré preguntando, por si acaso. Después de todo, esta era mi única oportunidad. La idea de no poder verlo de nuevo después de haber compartido un momento tan íntimo me destrozaba. No estaba lista para aceptarlo todavía, así que estaba dispuesta a intentarlo un poco más.

—Totalmente —dijo Ida sin titubear—. Ya deberías saberlo. Hay demasiadas chicas detrás de él. Para evitar cualquier acoso, solo da su número a amigos muy cercanos.

—Qué exclusivo —murmuré para mí misma, sintiéndome abatida. Era el chico más comentado del campus, y me estaba engañando a mí misma si pensaba que podría conseguir su número tan fácilmente.

Al ver mi estado abatido, Ida se ablandó inmediatamente. Debe haber notado que esto significaba mucho para mí.

—Tal vez haya algo que puedas hacer —sugirió. Un destello de esperanza brilló en mis ojos, y la miré, instándola a continuar.

—Sé que es particularmente cercano a Geoff —comenzó Ida.

—¿Geoff? —pregunté, arrugando la frente confundida. Había escuchado el nombre antes, pero estaba teniendo problemas para ponerle un rostro al nombre en este momento.

—¿El deportista rubio? ¿Muy alto? ¿Juega al fútbol? —añadió una serie de descripciones—. ¿Te suena?

—Oh —asentí cuando de repente lo recordé. Lo había visto caminar por el campus con Roger muchas veces—. Ya me acuerdo.

—Él seguro tiene su número —asintió Ida—. Yo diría que tu mejor apuesta ahora mismo es batir tus pestañas en su dirección y pedirle que te dé su número.

Me reí de su sugerencia, pero luego me encontré considerándola seriamente.

Roger James parecía un desafío. Y estaba dispuesta a aceptarlo si eso significaba llegar a él al final. Sabía que era una tontería de mi parte, pero no podía evitar pensar que este era el comienzo de nuestra gran historia de amor.

—Hablaré con Geoff e intentaré conseguir su número —dije, y luego bajé la voz para que Ida no pudiera oírme—, de una forma u otra.

Capítulo 9 Camila

Deportista rubio. Muy alto. Juega al fútbol americano.

Esa era toda la descripción que tenía para localizar a Geoff, cortesía de Ida. Él era mi única posibilidad de conseguir el número de Roger.

Me senté junto a las gradas del campo de fútbol, observando distraídamente a los jugadores practicar pases. El sol era implacable hoy, y mi piel pálida se quemaba bajo su intensidad.

—Protector solar, Jesús, ¿dónde está? —murmuré para mí misma, hurgando en el contenido de mi bolso para encontrar el pequeño frasco amarillo. Era casi mediodía, y me había saltado mi clase solo para estar en el campo de fútbol a la hora del entrenamiento.

Solté un grito de alegría cuando finalmente encontré el protector solar que buscaba y me unté una gruesa capa sobre la piel. Escuché al entrenador soplar su silbato, anunciando el final de la práctica.

¡Ahora era mi oportunidad! Recogí torpemente todas mis pertenencias del banco y me dirigí al campo, donde los jugadores empezaban a alejarse.

—Alto, rubio —repetí para mí misma mientras mis ojos escaneaban atentamente el grupo de futbolistas. A decir verdad, todos eran altos, y rubio no era realmente un identificador lo suficientemente específico para guiarme.

Sintiéndome frustrada, estaba a punto de rendirme en mi búsqueda cuando finalmente escuché las palabras que sonaron como música para mis oídos.

—Geoff —exclamó uno de los chicos del equipo—, gran partido hoy.

Geoff sonrió en respuesta. ¡Por fin! Había encontrado a quien buscaba. Me dirigí hacia ellos dos, sintiendo que me invadía un repentino nerviosismo. No sabía realmente cómo iniciar la conversación sin que pareciera extraño.

Geoff no pareció prestarme mucha atención.

—Quítate del medio, blanquita —me dijo, pensando que estaba bloqueando su camino.

—En realidad, esperaba poder hablar contigo un segundo —balbuceé, sintiendo cómo su atención se centraba en mí y una mirada curiosa se formaba en sus ojos.

—¿Estás segura de que tienes al chico correcto? —Geoff arqueó una ceja—. ¿Estudias aquí?

Asentí.

—Soy de tercer año. ¿Eres amigo de Roger James?

Geoff dejó escapar un suspiro de comprensión.

—Por supuesto, ya sé de qué se trata esto... —comenzó a negar con la cabeza de manera decepcionada y empezó a alejarse de mí.

—¡Espera! —le grité—. ¿Adónde vas?

Se volvió para mirarme, con una expresión condescendiente en su rostro.

—Escucha, chica. No hablo de mis amigos con extraños —dijo antes de salir corriendo con el resto de sus compañeros de equipo.

Sintiéndome abatida, lo vi alejarse y suspiré derrotada.

—Bueno, eso fue un desastre —murmuré para mí misma. Probablemente pensó que era una de las fanáticas de Roger y solo quería obtener información sobre él. Chasqueé la lengua, contemplando cuál debería ser mi próximo movimiento.

Estaba claro que si le explicaba a Geoff la verdadera razón de mi pregunta, sería más útil. Después de todo, no era solo una chica obsesionada. Roger y yo teníamos historia ahora. Un rubor apareció en mis mejillas mientras pensaba en él.

La próxima vez que me "encontré" con Geoff fue en la cafetería. Acababa de terminar de conseguir su comida y estaba solo. Vi esto como la oportunidad perfecta para hacer mi movimiento y lo intercepté mientras llevaba su bandeja de vuelta a su mesa.

—Tú otra vez —dijo, mirándome con sospecha al reconocerme de antes.

—Hola Geoff —plasté en mis facciones la sonrisa más dulce que pude conjurar—. ¿Te importa si me siento contigo?

—Claro... —dijo vacilante, aún observándome de cerca mientras me sentaba frente a él en la mesa.

—Soy Camila —me presenté, esperando que si era lo suficientemente educada, me daría una oportunidad y me escucharía.

—Escucha, ¿cuál es tu asunto? —dijo. Ya podía sentir la molestia en su voz. Geoff parecía tener un temperamento corto, pero no me sorprendía demasiado. Los deportistas como él siempre eran un poco impulsivos.

—No hay ningún asunto —me expliqué a regañadientes. No quería asustarlo de nuevo.

—Bien, entonces ¿por qué estás aquí? —preguntó, yendo directo al grano—. ¿Es sobre Roger otra vez?

La expresión en mi rostro debió haber revelado mis intenciones.

—Lo sabía —se dijo a sí mismo, negando con la cabeza—. No puedo ayudarte ahí. Ya te lo dije.

—Pero no entiendes —expliqué, desesperada ahora—. No soy solo una fanática loca. Realmente tengo una buena razón para contactarlo.

Tal vez fueron mis ojos suplicantes los que lo hicieron escucharme o el hecho de que lo había estado siguiendo como un cachorro todo el día, pero fuera lo que fuera, pareció funcionar.

Suspiró, echando la cabeza hacia atrás, y cruzó los brazos frente a él.

—Está bien —dijo—, adelante. Te escucho. ¿Qué quieres?

—Quiero el número de Roger.

Geoff resopló.

—Ni de broma —dijo, riéndose—. Pero ahora tengo curiosidad. ¿Qué razón tienes que te hace pensar que eres diferente de todas las otras chicas que quieren su número?

Me encogí de hombros.

—Bueno, Roger y yo tenemos una relación algo... complicada.

Geoff me miró con sospecha.

—Dijiste que tu nombre era... Camila, ¿verdad?

Asentí.

—Nunca le he oído mencionar a alguien con ese nombre.

—Sí, eso es lo que lo hace tan complicado —dije en un tono frustrado y luego bajé la voz a un susurro—. Nosotros... pasamos una noche juntos recientemente.

Una sonrisa maliciosa se formó en su rostro cuando le admití esto.

—¿Oh, en serio? —su ceja se alzó—. ¿Y ahora quieres verlo de nuevo?

—Sí —asentí ansiosamente—. No tuvimos la oportunidad de intercambiar números, y esperaba que pudieras ayudarme a conectar con él.

Esperaba que sacara su teléfono y me diera el número. Pero en su lugar, simplemente comenzó a reírse a carcajadas y se levantó de la mesa.

—Lo siento, no puedo ayudarte mucho con eso —dijo—. Pero si él no te dio su número, yo simplemente captaría la indirecta.

Se me guiñó un ojo antes de alejarse. La sangre me subió a las mejillas por la indignación que sentí ante su rechazo.

Me hizo sonar como si fuera solo un ligue olvidable. Y yo sabía que no lo era.

Realmente sentí una conexión con Roger.

—Tal vez tenga razón —suspiré para mí misma. La semilla de la duda ya había sido plantada—. Si realmente quisiera contactarme, lo habría hecho él mismo.

No podía soportar la vergüenza de ser rechazada así de nuevo. Quizás era hora de dejarlo ir y olvidar que esa noche alguna vez sucedió.

El resto de los días pasaron como un borrón. Había pasado la última semana preparándome para mis exámenes. Mientras salía del aula de exámenes, respiré hondo.

—Libertad al fin —dije de manera dramática.

—Se siente bien, ¿verdad? —Ida me sonrió—. Ahora finalmente puedes concentrarte en la competencia.

Asentí. Cuando Ida mencionó la competencia, mi mente inmediatamente volvió a Roger. Pero ya había renunciado a eso ahora. Rápidamente aparté el pensamiento de mi cabeza.

—Sí —le sonreí—, la competencia.

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, sentí un extraño calambre en la base de mi estómago. Instintivamente, me froté el lugar con las manos, haciendo una mueca mientras el dolor empeoraba progresivamente.

—¿Estás bien? —Ida notó la obvia incomodidad en mi rostro.

—Sí, no te preocupes —dije, descartando su preocupación con facilidad—. Creo que solo tengo cólicos. Tal vez mi período está por llegar.

—¿Cuándo te toca? —preguntó Ida.

Saqué mi teléfono, revisando mi calendario para ver la fecha en que me tocaba. Para mi sorpresa, ya estaba retrasada. Cinco días tarde, para ser exacta.

—Me estás preocupando un poco —comentó Ida, girando la cabeza hacia un lado para ver la pantalla de mi teléfono. Pero rápidamente lo aparté.

—No, todo es normal —mentí, sin querer confesarle que mi período estaba retrasado—. No hay nada de qué preocuparse.

Ida me miró con una expresión recelosa como si no creyera lo que acababa de decirle.

—Si tú lo dices...

En realidad, había mucho de qué preocuparse. Cada día, me volvía loca pensando en cuándo iba a llegar mi período. Pero simplemente nunca llegó. En cambio, me encontré ansiando cosas dulces más y más y ganando kilos. Mi estado de ánimo era un desastre, ya que algunos días era un desastre errático y otros estaba completamente bien.

Sabía que algo andaba mal. Pero me sentía demasiado asustada para averiguarlo con certeza.

La mañana de la competencia, me encontré sentada en las frías baldosas blancas del suelo de mi baño. Acababa de vomitar. Todas las señales apuntaban solo a una cosa, y ya no podía retrasarlo más.

Con la cabeza dándome vueltas, saqué una prueba de embarazo que había comprado antes pero que tenía demasiado miedo de usar. Me sentía acalorada y sonrojada. Pero después de respirar profundamente, finalmente decidí hacer la prueba.

Miré fijamente el palito en mi mano, esperando ansiosamente los resultados. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

Cerrando los ojos, dejé escapar un profundo suspiro. Fuera lo que fuera, iba a aceptarlo. Con el corazón aún latiendo salvajemente, abrí los ojos y vi las dos líneas rosadas.

—Estoy embarazada —exhalé. Se sentía como si alguien acabara de quitarme la alfombra debajo del suelo de mi vida.

Recibí la noticia del embarazo bastante mal. Por supuesto, esto significaba que iba a ser madre soltera. Se cernía sobre mi cabeza y, como resultado, terminé perdiendo la competencia porque estaba muy distraída.

—Está bien —me consoló Ida con un abrazo después de que todo terminó. Pero nada estaba bien. Durante las siguientes semanas, comencé a hundirme más profundamente en una depresión abrumadora. Rutinariamente faltaba a clases y no entregaba las tareas.

Se puso tan mal que eventualmente tuve que retirarme de la universidad. Todos mis sueños se alejaban cada vez más de mi alcance.

Lo único de lo que estaba segura era que iba a tener a este niño. Me dolía tener que hacer esto sola ya que el padre no estaba en el panorama. ¡Ni siquiera tenía su número! Pero estaba preparada para hacerlo por mi cuenta.

Volví a la realidad cuando sentí dos pequeñas manos tocarme suavemente en las mejillas.

—¿Mami? —los ojos de ciervo de Caleb me miraron intensamente mientras una pequeña arruga se formaba en su frente con preocupación—. ¿Por qué estás triste?

Había estado tan perdida en mis pensamientos que casi había olvidado que no estaba sola en la habitación. Rápidamente me sequé las lágrimas que se habían formado en mis ojos.

—No lo estoy —intenté esbozar una sonrisa y abrí mis brazos—. Ven aquí.

Envolví a Caleb en mi abrazo y lo apreté suavemente. Sentí tanto amor por él y quería protegerlo de todo mal que se atreviera a acercarse. La maternidad realmente me cambió. Por primera vez en mi vida, aprendí lo que significaba amar desinteresada e incondicionalmente.

—No quiero que estés triste —arrulló Caleb en mi abrazo.

En ese momento, supe que nunca podría dejar que Roger me afectara de nuevo. Incluso si me lo había encontrado después de todos estos años, tenía que ser fuerte por mi hijo y no dejar que me afectara.

—Te lo prometo —dije, besando la cabeza de Caleb—. Mami nunca volverá a estar triste.

Capítulo 10 Roger

Hoy era mi último día en Filadelfia, y me había levantado temprano después de una terrible noche de sueño. Me había pasado toda la noche dando vueltas, girándome para encontrar el otro lado de mi cama vacío cada vez.

Estaba acostumbrado a vivir solo y a dormir solo. Pero de alguna manera, no podía evitar la sensación de que algo estaba incompleto esta mañana.

Con el pelo aún mojado de la ducha, me desplomé en la mesa del desayuno de mi gran suite de hotel. Al echar un vistazo a mi teléfono, vi que mi asistente me había enviado mi agenda para el día.

Estaba mayormente llena de trabajo. Tenía bastante reputación de ser un absoluto adicto al trabajo. Y honestamente, lo prefería así. Mantenía mi mente ocupada. Pero hoy, cuando abrí mi portátil para revisar algunos correos importantes, no lograba encontrar mi concentración.

No importaba lo que hiciera, no podía sacarme de la cabeza a esa chica que vi en la piscina del hotel. Decidí despejar mi mente y salir a encontrarme con uno de mis amigos.

—Hola —Benjamin, uno de mis asociados en el hotel, se reunió conmigo para tomar una taza de té en el área del salón—. El hombre, el mito, la leyenda. Qué bueno verte por aquí.

—Solo estoy aquí un día más —dije, dando un sorbo a mi taza. El líquido caliente cubrió la parte posterior de mi garganta, y sentí una sensación de calor extenderse sobre mí.

Aunque Benjamin trabajaba para el hotel, había sido mi amigo mucho antes de eso, y los dos teníamos una amistad entre nosotros que nos permitía hablar de temas no relacionados con el trabajo. Siempre que estaba en Filadelfia, él estaba más que encantado de saludarme.

—¿Conociste a alguna chica agradable? —preguntó Benjamin, con un tono muy sugestivo.

Benjamin estaba a finales de sus veinte y recién soltero después de una relación a largo plazo. En estos días, lo único que tenía en mente eran las chicas, así que era natural que me hiciera esta pregunta.

Me encogí de hombros. —La verdad es que no he estado buscando.

Era cierto. Rara vez tenía mucho interés en salir con alguien. El trabajo ocupaba tanto de mi tiempo que rara vez me quedaba algo para pensar en relaciones.

—No me lo creo —pareció sorprendido—. Eres un tipo bastante guapo. Estoy seguro de que muchas mujeres están interesadas.

—Como dije, no he estado prestando suficiente atención para darme cuenta.

—Necesitamos encontrarte a alguien —Benjamin se frotó las manos con entusiasmo. Parecía empeñado en encontrarme a alguien en este viaje.

—Tengo muchas amigas —sugirió Benjamin—. Si realmente quieres, tal vez podría organizarte una cita con una de ellas más tarde en la noche.

—Si quieres organizarme algo —suspiré, finalmente cediendo—. Tal vez puedas ayudarme a encontrar a esa chica linda que vi en la piscina ayer.

—¡Ahora estamos hablando! —exclamó Benjamin, emocionado. Tenía la sonrisa más amplia en su rostro—. ¿Sabes cuál era su nombre?

Negué con la cabeza. —Desafortunadamente, no llegamos tan lejos.

—A la antigua, ya veo —asintió Benjamin, pensando por un momento—. ¿Crees en el amor a primera vista?

Me reí fuertemente ante eso. —Creo que te estás adelantando.

—¿Estás seguro? —Benjamin arqueó una ceja—. Eres el único que sigue pensando en una chica cuyo nombre ni siquiera conoces.

—Sería agradable si de alguna manera supiera su nombre.

—¿Recuerdas algo más? —me presionó Benjamin.

—Tenía un hijo pequeño.

—Veo que te gustan las madres —se rio Benjamin—. Sin juzgar. A algunas personas les gusta eso.

Entrecerré los ojos mirándolo.

—Está bien, está bien —se rio aún más fuerte por mi reacción—. ¿Recuerdas algo más de ella aparte de que pensaste que estaba buena?

Forcé mi mente, tratando de recordar cualquier detalle que pudiera ayudar a identificarla. Y entonces me golpeó de repente.

—No puedo creer que se me pasara por alto —me dije a mí mismo, sintiéndome tonto—, llevaba el uniforme del personal del hotel.

—Supongo que estabas un poco demasiado distraído por su cara. Pero no debería ser demasiado difícil encontrarla ahora —dijo Benjamin—. ¿Quieres que consiga una lista de todas las contrataciones recientes?

Negué con la cabeza. —No, no, está bien. Olvidémonos de esto por ahora.

No quería parecer demasiado ansioso frente a Benjamin. Era cierto que éramos amigos, pero como su jefe, todavía tenía una reputación que mantener. Además, aún no podía aceptar del todo cómo esta mujer me había hechizado.

Cuando Benjamin finalmente se excusó, me dirigí a la recepción.

Tan pronto como me vieron acercarme, se pusieron alerta y se enderezaron.

—Buenos días, señor James —me saludó educadamente la recepcionista—. ¿En qué puedo ayudarle hoy?

—Esperaba encontrar algunos detalles sobre una empleada de aquí —dije.

—¿Tiene un nombre?

—Ah, bueno, en realidad. Eso es lo que espero averiguar —admití—. ¿Por casualidad sabrías quién estaba trabajando en el turno de las 2 de la tarde en la piscina ayer?

El sonido de las teclas del teclado llenó el silencio entre nosotros mientras la recepcionista revisaba los registros de turnos en su computadora.

—Oh, de hecho —dijo después de un momento, con los ojos brillantes—. Hubo un reemplazo para uno de nuestros empleados regulares ayer.

—¿Un reemplazo? —levanté una ceja—. Ya veo. ¿Tiene alguno de sus datos de contacto?

La recepcionista frunció el ceño. —Desafortunadamente no. Pero si quiere, puedo darle los detalles del empleado al que estaba reemplazando.

Aunque no era la respuesta que esperaba obtener, sabía que era mejor que nada. Asintiendo, tomé los detalles del empleado.

—¿Necesita alguna otra cosa? —me sonrió la recepcionista.

—Sí, solo una cosa más —fruncí los labios—. ¿Por casualidad sabe cuál era su nombre?

—Solo un segundo —la recepcionista tecleó en su teclado una vez más—. Aquí dice que su nombre era Camila.

—Camila —repetí el nombre, me gustó cómo rodaba suavemente en mi lengua.

Debo haber tenido una expresión soñadora porque la recepcionista me miró con curiosidad.

—Eso será todo, gracias —dije, girando sobre mis talones y sacando mi teléfono del bolsillo casi instantáneamente.

—Hola —saludé—. ¿Hablo con Astrid?

—¿Sí? —respondió la voz.

—Muy bien. Soy Roger James.

—Oh, hola, yo... em, me alegro de que llame —la voz sonaba tanto confundida como sorprendida, como debería estar. No era común que llamara a mis empleados de improviso.

—Sí, de hecho. Estoy llamando con un propósito muy específico. ¿Por casualidad tendría el número de Camila? La mujer que la reemplazó.

Capítulo 11 Camila

Avergonzada. Así es como me sentía después de mi partida irracional del hotel el otro día. Ahora que me había permitido algo de tiempo y distancia del suceso, me sentía horrible por haberme ido tan temprano cuando Astrid contaba conmigo.

Mi teléfono parpadeaba mostrando cinco llamadas perdidas de ella. Había estado evitando hablar con ella, sin estar segura de qué le diría.

—Está bien —intenté tranquilizarme, tratando de reprimir la culpa que me roía y me envolvía como una enredadera enmarañada—. Ella lo entenderá. Al menos, eso espero.

No sabía cómo explicarle por qué era tan importante que me fuera. La gente en mi vida sabía que el padre de mi hijo ya no estaba en mi vida. Pero nadie, excepto unas pocas personas, sabía que nunca estuvo en mi vida para empezar. Cuando lo pensaba ahora, la única vez que realmente interactué con Roger James fue la noche en que me dejó embarazada.

Golpeé con mis dedos la madera de mi escritorio impacientemente. Era más que un poco complicado, y no tenía idea de cómo me explicaría ante Astrid.

—Está bien, tal vez no tenga que llamarla —me dije a mí misma. Sería una conversación demasiado incómoda por teléfono—. Podría enviarle un mensaje.

Me animé ligeramente ante la idea e inmediatamente agarré mi teléfono, yendo a Nuevo Mensaje. Mis dedos flotaban sobre el teclado mientras me estrujaba el cerebro buscando posibles formas de explicarme.

—Hola, Astrid —comencé a escribir—, realmente lo siento por dejar el turno a medias ese día. Yo...

Entrecerré los ojos, aún sin saber qué excusa usar. —Tuve que ir al consultorio del médico. Inmediatamente.

Miré fijamente el mensaje en mi pantalla, con los dedos flotando sobre el botón de enviar.

—¿Eso suena creíble, verdad? —me pregunté y luego dejé escapar un suspiro frustrado. Ella me iba a preguntar qué estaba mal, y tendría que inventar una dolencia imaginaria, lo que llevaría a más mentiras.

Era horrible en esto. Mentir no me salía natural. Tenía que esforzarme mucho para inventar una mentira medio creíble. Estaba considerando rendirme por completo y confesarle la verdad cuando escuché que mi teléfono sonaba de nuevo. Era un mensaje de texto.

Pensando que debía ser Astrid contactándome de nuevo, intenté ignorar la notificación, pero para mi sorpresa, era un mensaje de un número desconocido.

Hola Camila, disculpa si esto es repentino, pero conseguí tu número de tu amiga.

—¿De acuerdo? —pensé para mí misma, encontrando extraño que alguien se hubiera tomado la molestia de hacerlo.

Tan pronto como leí el siguiente mensaje, se me cortó la respiración.

Mi nombre es Roger James. Nos conocimos brevemente junto a la piscina el otro día. Quería hablarte, pero parecías tener prisa por irte. No puedo explicarlo, pero siento que me resultas familiar. Me encantaría saber más. Si estás libre más tarde, espero que podamos encontrarnos en persona de nuevo.

Me froté los ojos mientras leía el texto. Y luego lo releí. Otra vez, y luego un par de veces más para estar segura.

¿Estaba soñando? Roger James me estaba enviando un mensaje. Más que eso, se había tomado la molestia de conseguir mi número de alguien más. Seguramente, no haría eso si realmente no quisiera hablar conmigo.

El resentimiento se apoderó de mí cuando me di cuenta de que no me recordaba.

—¿Familiar? —me burlé, todavía mirando el texto frente a mí—. Ya lo creo, considerando que di a luz a tu hijo.

Había pasado toda la mañana tratando de olvidarme de él. Pero la llegada de este mensaje me había desviado de mi curso una vez más. Me encontré atrapada en un ciclo obsesivo de pensamientos.

—No otra vez —dije, presionando eliminar en el mensaje. No estaba interesada en hablar con él ahora después de todos estos años. No me haría ningún bien, así que era mejor ignorarlo. Él aprendería a olvidarme, tal como yo tuve que hacerlo con él todos estos años.

Me sentí distraída durante el resto del día. Era como si estuviera de vuelta en la universidad, y él hubiera ocupado singularmente mi mente una vez más.

—Voy a acostarme temprano —le dije a mi padre desde el pasillo. Él levantó brevemente la vista del libro que estaba leyendo y me dio una mirada indiferente.

El sueño era la única escapatoria que tenía de los pensamientos sobre Roger. Me acurruqué en mi cama, moviéndome por un tiempo antes de finalmente quedarme dormida.

—Te ves hermosa —Roger me miraba mientras me acercaba a la cama.

Mis mejillas se tornaron de un delicado tono rosado. Era muy consciente de su mirada sobre mí, recorriendo mi cuerpo desnudo. Sintiéndome cohibida, hice un movimiento para cubrir mi pecho con mis brazos. Pero él se acercó y gentilmente apartó mis brazos.

—No —exhaló, imposiblemente cerca de mí ahora—. Te ves preciosa. No hay necesidad de esto.

El calor en mi rostro solo parecía extenderse más hacia mi cuello y orejas. A pesar de lo cerca que estaba de mí, no podía encontrar la fuerza para encontrar su mirada. En su lugar, mantuve mis ojos fijos en el suelo.

Aunque no nos conocíamos bien, la electricidad entre nosotros era suficiente para cargar toda la habitación. Sentía que iba a combustionar espontáneamente si tan solo me tocaba.

Y sin embargo, cuando llevó sus manos a mi rostro para finalmente atraerme hacia él, solo me encontré inclinándome hacia adelante y anhelando en anticipación de lo que iba a suceder a continuación.

—Te deseo —su respiración salía entrecortada ahora, y su voz sonaba más ronca que antes. Podía notar que estaba excitado.

Incluso si no pudiera, podía sentirlo en sus pantalones. Su erección presionaba contra mis caderas, y sentí que un impulso primario se apoderaba de mí.

—Yo también te deseo —susurré en respuesta. Y eso fue todo lo que hizo falta. Cerró la distancia entre nuestros labios, y finalmente...

Desperté en mi cama, jadeando pesadamente. Miré para ver mi despertador parpadeando a medianoche.

—Solo fue un sueño —me dije a mí misma, agarrando firmemente los lados de mi sábana—. Él no está aquí.

Estaba acostumbrada a sueños como este. Durante el primer año después de que descubrí que estaba embarazada, los tenía constantemente. Y siempre eran sobre esa noche que compartimos juntos.

Podrías llamarlos sueños eróticos. Ciertamente, mi cuerpo parecía responder a ellos, ya que siempre despertaba frustrada y con humedad entre mis piernas. Pero cuando el fugaz momento de placer pasaba, me quedaba con un vacío enorme.

Y un anhelo.

Sacudiendo mi cabeza, decidí ir por algo de agua. Mi boca se sentía seca, y mi rostro estaba sonrojado.

Me puse rápidamente la bata y fui a la cocina, donde bebí de un trago un vaso de agua fría. El líquido fresco golpeó la parte posterior de mi garganta y me dio el alivio que necesitaba después de lo acalorada que me había dejado ese sueño.

Aún estaba perdida en mis pensamientos cuando noté que la luz de la sala seguía encendida. La curiosidad pudo más que yo, y me arrastré hasta allí.

—¿Todavía estás despierto? —le pregunté a mi padre, que seguía sentado en el mismo lugar del sofá donde lo había dejado por última vez.

Me miró brevemente. En sus manos tenía un viejo álbum de fotos. Supongo que no era la única que estaba viajando por los recuerdos esta noche.

Asintió. Y luego escrutó mi expresión durante un largo momento.

—¿Hay algo que te preocupe? —me preguntó. Pude escuchar la inquietud en su voz.

—No, claro que no —dije inmediatamente. Mi tono fue cortante, aunque no había sido mi intención.

Me lanzó una mirada penetrante como si pudiera ver a través de mi farol. Negué con la cabeza y comencé a caminar de vuelta a mi habitación.

—Sea lo que sea —dijo y luego hizo una pausa por un momento—. Creo que deberías hacerlo.

—¿Qué? —dije, sorprendida por sus palabras. Apenas era hora para consejos.

—Solo digo —su tono era firme—, sea lo que sea. Si quieres hacer algo, deberías hacerlo.

No le dije nada entonces, pero mientras me iba, sus palabras se repetían en mi cabeza. Me sentí conmovida por ellas, especialmente por lo relevantes que parecían ser en mi vida.

Cuando volví a mi cama, empecé a pensar en Roger de nuevo.

¿Podríamos darnos una oportunidad? ¿Debería responder a su mensaje?

Estas preguntas parecían demasiado grandes para responderlas ahora mismo. Sintiéndome abrumada, decidí cerrar los ojos y dormir en su lugar. No había mejor manera de ignorar mis problemas.

Capítulo 12 Camila

Sentada frente a mi escritorio, miraba fijamente mi portátil. Lo había sacado esta mañana para hacer un poco de presupuesto. Pero mientras observaba el resumen de mis diversos gastos en la pantalla, me sentía abrumada.

Nunca había sido muy buena con los números. Y ahora, parecían estar aplastándome con su peso.

Factura del teléfono pendiente.

Factura de la luz pendiente.

Pago del seguro pendiente.

Mi cuenta bancaria definitivamente no coincidía con la cantidad necesaria para pagar todo esto.

—Quizás debería haber estudiado una carrera de negocios —suspiré para mí misma.

En aquel entonces, había decidido centrarme en lo que me apasionaba: el diseño de joyas. Tenía la cabeza en las nubes y sentía que si me esforzaba lo suficiente, podría hacerme un nombre y ganar lo suficiente para vivir cómodamente. Pero habían pasado seis años desde entonces, y no había tenido ni un solo trabajo estable.

Era simplemente la naturaleza del trabajo. El diseño de joyas difícilmente era una profesión estable. Los trabajos disponibles eran escasos y distantes entre sí. Y en su mayoría, eran solo puestos temporales que duraban un par de meses.

La única forma de conseguir un trabajo estable era ser notada. Y yo no estaba ni cerca de ese nivel todavía.

Mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos.

—¿Hola? —contesté, sin estar segura de quién estaba al otro lado de la línea.

—Hola, ¿es Camila?

—Sí, soy yo.

—Llamo de Migora Jewelers. Recibimos una solicitud suya.

—Sí, solicité hace unas semanas —respondí.

Hace unas semanas, en un ataque de desesperación, envié mi CV a todas las posiciones abiertas que pude encontrar. Realmente no esperaba recibir respuesta de ningún lado, así que me sentí gratamente sorprendida de que mi trabajo hubiera sido notado por alguien.

—Nos impresionó su portafolio y queríamos ofrecerle un trabajo como Diseñadora Junior en nuestra empresa.

Parpadeé un par de veces sin creer lo que estaba escuchando.

—Por supuesto, eso sería genial —era difícil ocultar la emoción en mi tono—. Si no le importa que pregunte, ¿puede decirme qué implicará este trabajo en términos de mis responsabilidades?

Escuché a la mujer al otro lado de la línea chasquear la lengua y hacer una pausa por un momento.

—Oh, nada demasiado difícil. Se le darán algunos diseños, y su trabajo será copiarlos.

—Disculpe, ¿qué?

—Sí, me ha oído bien. No se preocupe. Todo es perfectamente legal y se considera parte de una Licencia Creativa.

Me mordí el labio. Esto no era en absoluto lo que esperaba que fuera el trabajo. Y por mucho que necesitara el dinero, se sentía mal aceptarlo. Después de todo, solo estaría copiando el trabajo de otras personas. ¿Dónde estaba mi propia aportación creativa?

Dejé escapar un suspiro de decepción y reuní el valor para decir las siguientes palabras.

—No creo que sea adecuada para este trabajo.

Hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea, y cuando la mujer volvió a hablar, pude notar que estaba sorprendida por la respuesta que le di.

—En realidad esperaba que se uniera a la empresa —dijo dubitativa.

—Sí, estoy segura de que es una gran empresa para trabajar, pero me temo que voy a tener que

rechazar su oferta.

Estaba a punto de colgar el teléfono cuando ella habló de nuevo.

—Espere —dijo con urgencia—, podría tener otra oferta para usted si está interesada.

Me sorprendí. —No sé si puedo trabajar en la misma empresa.

—No, no. En realidad soy una cazatalentos para diseñadores y los conecto con otros diseñadores de joyas. Sé de una posición donde se necesita un diseñador fantasma.

—Lo siento... No entiendo del todo.

—Su responsabilidad será crear diseños para otros diseñadores. Pero tendrá que renunciar a los derechos creativos. Por supuesto, tendrá control total sobre el proceso. Es una buena oportunidad para empezar en el mundo laboral, además ofrece un buen salario —explicó.

Fruncí los labios, contemplando lo que me acababa de decir.

¿Era este mi trabajo ideal? No.

¿Era mejor que el trabajo que me había ofrecido antes? Absolutamente sí.

¿Podía darme el lujo de ser exigente y rechazar dos ofertas seguidas cuando tenía todas estas facturas por pagar? Probablemente no.

Cuando no respondí inmediatamente, la mujer comenzó a hablar de nuevo.

—Normalmente no ofrezco múltiples puestos al mismo candidato, pero me impresiona su integridad. Creo que alguien como usted sería perfecta para este trabajo —insistió.

Reflexioné sobre sus palabras en mi cabeza. ¿Debería aceptar el puesto? Con mi cuenta bancaria vacía burlándose de lo arruinada que estaba, ciertamente no podía permitirme decir que no.

—Lo haré —dije finalmente.

—Perfecto, me alegro tanto de que haya decidido aceptar —respondió la mujer, y pude escuchar la sonrisa en su voz—. Le enviaré un correo electrónico pronto con el resto de los detalles de incorporación.

—Por supuesto, gracias —dejé el teléfono de vuelta en la mesa, mordiéndome el labio inferior con intensidad.

Mi emoción por conseguir un nuevo trabajo fue efímera, ya que pronto surgió algo más para empañar mi estado de ánimo.

Mi teléfono empezó a sonar. Un gemido se escapó de mis labios cuando leí el nombre en la pantalla.

Era Alan.

Alan, el chico que había estado ayudándome con algunas de mis facturas estos últimos meses. Al principio, comenzó como un favor a una amiga.

—No te preocupes —me dijo con confianza—. Realmente quiero ayudarte.

Al ver la mirada cansada en mi rostro, rápidamente añadió las palabras: —Como amigos.

En ese momento, no tenía otras opciones más que aceptar. Vivía de cheque en cheque, haciendo trabajos ocasionales aquí y allá, y haciendo todo lo posible para mantener a mi hijo.

—De acuerdo —acepté, haciendo que una amplia sonrisa se extendiera por sus facciones—. Pero solo con la condición de que me estés ayudando como amigos y que algún día eventualmente te lo devolveré.

—Entendido.

Durante las siguientes semanas, hizo exactamente eso. Aparecía de vez en cuando en mi apartamento, me preguntaba en qué necesitaba ayuda y luego hacía lo que podía.

No es que me estuviera manteniendo por completo, pero sus pequeños gestos sí marcaban la diferencia. Aunque le estaba agradecida, aún no quería darle la impresión equivocada de que algo era posible entre nosotros.

Eso fue hasta el fin de semana pasado. Había venido a mi apartamento sin avisar mientras mi hijo dormía.

—Alan, hola —lo había saludado en la puerta, y su rostro se iluminó de inmediato en cuanto me vio.

—Camila —dijo mi nombre suavemente. Era como si estuviera llamando a su amante, y su tono solo me inquietó—. Espero que no te moleste que me haya pasado por aquí.

Me froté los brazos incómodamente en la puerta antes de finalmente dejarlo entrar. Como me había estado ayudando, me sentía extremadamente culpable si lo ignoraba. Pero la verdad era que no nos llevábamos bien en absoluto. Era una conexión forzada más que nada.

—Claro —había respondido torpemente—. ¿Hay alguna razón por la que decidiste pasarte?

Fui cuidadosa con mi tono, ya que no quería ofenderlo demasiado.

Se encogió de hombros.

—No, nada en particular —me dijo mientras caminaba hacia mi sofá y se dejaba caer en él.

La forma en que se puso cómodo así en mi casa me recordó a mi novio de la secundaria. Sin duda, mi relación con Alan no estaba ni cerca de ese nivel de cercanía. Me pregunté si estaba intentando difuminar intencionalmente los límites en nuestra relación, aunque inicialmente había prometido ayudarme solo como amigos.

Sin embargo, parecía ser completamente ajeno a mi incomodidad. Palmeó el lugar vacío a su lado y me hizo un gesto para que me uniera a él.

—Supongo que si realmente quieres saber por qué vine aquí —dijo cuando finalmente cedí y me acerqué a él—. Tal vez simplemente te extrañaba demasiado.

Casi me atraganté con mi propia saliva ante esa confesión.

—Um —respondí torpemente y comencé a buscar cualquier cosa para mirar excepto a él.

Él se rio, viendo mi reacción incómoda.

—Estoy seguro de que tú también lo sientes —continuó—. Siento que huyes de tus sentimientos.

La conversación se había vuelto demasiado incómoda para mí en ese momento. Me levanté inmediatamente.

—¿Qué pasa?

—Creo... creo que acabo de recordar que Caleb tenía una cita médica tarde esta noche. No tengo

idea de cómo se me pudo haber olvidado. Lo siento mucho. Vas a tener que irte —las palabras salieron disparadas de mi boca a mil por hora.

Pareció sorprendido pero finalmente asintió.

—Claro... no tenía idea.

—Lo siento, hablaré contigo después —dije mientras lo acompañaba a la puerta.

Esa fue la última vez que hablamos. Habían pasado unos días desde entonces, y esperaba que hubiera captado la indirecta.

Volviendo a la realidad, dudosamente extendí la mano hacia mi teléfono y contesté la llamada.

—Hola —su voz llegó a mis oídos—. ¿Dónde has estado?

Arrastré los pies, fijando la mirada en el suelo.

—Ya sabes, solo he estado ocupada con algunas cosas.

—Una mujer ocupada, me gusta eso, y lo sabes —respondió.

No pude evitar sentir que parecía haberse vuelto aún más audaz desde la última vez. Sabía que tenía que aclarar las cosas con él pronto.

—Bueno, soy madre, y eso conlleva responsabilidades —enfaticé, esperando que lo hiciera retroceder un poco.

—Creo que a veces trabajas demasiado —dijo—. Tengo una solución para ti.

—¿Una solución? —repetí con una ceja levantada.

—Sí. Creo que podrías tener un día en el que te cuiden. ¿Qué te parece?

La idea sonaba tentadora. Pero tenía que asegurarme en qué contexto estaba.

—Por supuesto, a todos nos gustaría un día así, Alan. Pero no siempre las cosas salen de esa manera.

—Acepta salir a cenar conmigo mañana a las siete, y te prometo que tendrás un día así —dijo

finalmente.

Me quedé congelada en el lugar. Él notó mi silencio.

—Sé que dije que quería ser amigos, pero la verdad es que creo que quiero llevarte a una cita —sonaba sincero, y me sentí como una persona horrible por lo que estaba a punto de hacer a continuación.

—Alan —suspiré. Mirando atrás en cómo se comportaba conmigo ahora, debería haberlo visto venir desde lejos.

—¿Vas a decir que sí? —La esperanza en su voz me rompió el corazón.

—Alan, eres un chico realmente bueno, pero simplemente... no te veo de esa manera.

—Oh —respondió Alan—. Pensé que todo este tiempo, estabas aceptando mi ayuda porque sabías que terminaría en que saliéramos juntos.

—No, tú mismo me la ofreciste como amigos —le recordé, sintiéndome un poco ofendida de que pensara que la ayuda solo se podía dar a una persona en la que estuvieran interesados románticamente.

—Vaya, no sé qué decir ahora. Pero si no estás interesada en salir en una cita conmigo, entonces tal vez debería decirte que ya no puedo ayudarte más.

—Entiendo —suspiré—. Tengo un trabajo ahora. Así que creo que podré arreglármelas bien.

—Increíble —escupió Alan. Por su tono, pude notar que estaba molesto conmigo—. No me queda nada más que decirte ahora. ¡Adiós!

Cortó la llamada.

—Vaya —murmuré para mí misma. Era extraño que tuviera una reacción tan fuerte al rechazarlo.

Pero no podía pasar más tiempo preocupándome por Alan. Era el menor de mis problemas.

Mi mente y mi corazón seguían ocupados solo por una persona, y ese era Roger.

—Tal vez debería llamarlo —me dije a mí misma, caminando hacia mi espejo con el teléfono

fuertemente apretado en mis manos.

Cuando miré mi reflejo, la chica que me devolvió la mirada era la estudiante de tercer año en Stanford que solía suspirar por Roger James. Era increíble cuánto habían cambiado las cosas desde entonces.

¿Tenía el valor para enfrentarlo? Sabía que no podía huir de esto más, especialmente ahora que él se había tomado la molestia de rastrear mi número.

Sabía que tenía que llamarlo.

Reuniendo todo el coraje que pude, tomé el teléfono y marqué su número.

Capítulo 13 Roger

Mi secretaria, Baryl, estaba de pie en la puerta de mi oficina con una gran pila de archivos y papeles en sus manos.

—Adelante —le indiqué que entrara a la oficina.

—Buenos días, señor James —me sonrió amablemente—. Como puede ver, tenemos mucho que revisar esta mañana.

Me recliné en mi silla, jugueteando con el nudo de mi corbata, y luego di un sorbo a mi café. Estaba acostumbrado a que la mayoría de mis mañanas parecieran ajetreadas, como esta.

—Entonces no deberíamos perder tiempo y empezar de inmediato —le dije mientras ella tomaba asiento frente a mí.

Colocó un archivo delante de mí, y comencé a revisarlo de inmediato.

—¿Repasamos algunos de los indicadores clave del negocio? Las ventas han aumentado un 10% desde el último trimestre.

—Muy bien —me encontré frotando distraídamente el dorso de mi mano mientras Baryl repasaba conmigo los hechos y cifras.

—Parte de esta información es realmente importante —me dijo.

—Sí, por supuesto. Tienes toda mi atención.

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, mi teléfono comenzó a sonar. Las palabras CAMILA parpadearon en la pantalla.

Inmediatamente fui a contestar. Pero no antes de ver la expresión de mi secretaria.

—Es bastante urgente que se le informe sobre esto —me advirtió.

—Esto también lo es —dije antes de contestar el teléfono. De hecho, nada podía ser más importante que esto ahora mismo.

—Hola, Roger. Soy Camila —habló por la línea. Al escuchar su voz, instantáneamente sentí que

todas mis preocupaciones se desvanecían y mi corazón dio un vuelco.

—Hola, me alegro mucho de que hayas llamado —sabía que la mirada de mi asistente seguía fija en mí, así que intenté no dejar que mis sentimientos de emoción se notaran demasiado. La comisura de mi boca se crispó mientras una sonrisa amenazaba con extenderse por mi rostro.

—¿Estás ocupado en este momento?

Miré de nuevo a Baryl y simplemente dije:

—Para nada. ¿Por qué lo preguntas?

Mi ritmo cardíaco aumentaba por minutos mientras la anticipación se acumulaba dentro de mí. ¿Habría cambiado de opinión y finalmente decidido darme una oportunidad? Apenas podía soportar la incertidumbre.

Hizo una pausa por un momento. Y me pregunté qué estaría pasando por su mente. Sabía tan poco sobre ella, pero cada vez que pensaba en ella, trataba de entenderla basándome en el poco conocimiento que tenía.

—En realidad me preguntaba —hizo otra pausa como si estuviera luchando internamente consigo misma—. Bueno, me preguntaba si estás disponible más tarde. Entiendo que tu agenda debe estar bastante ocupada.

—No, no. ¿Querías que nos viéramos? —No quería hacerme ilusiones, pero estaría mintiendo si no dijera que sentía mariposas explotando en mi estómago mientras decía las palabras.

—Eh... sí, si estás libre, claro —dijo educadamente.

—Por supuesto —aproveché la oportunidad—. Cualquier hora hoy me viene bien.

Comencé a despejar los archivos frente a mí en la mesa. Durante todo el tiempo, podía sentir el peso de la mirada de Baryl sobre mí.

—¿Estás seguro? —respondió Camila, y pude percibir cierta vacilación en su tono.

—Sí, cuando sea. Tú solo elige la hora que prefieras.

Frente a mí, pude ver a Baryl colocar mi agenda sobre la mesa. Tenía reuniones programadas

para todo el día. Decidí fingir que no lo había visto.

—¿Qué tal... a las 6 de la tarde hoy?

—Estaría bien —dije con calma. No quería sonar demasiado ansioso—. Haré una reserva en el restaurante japonés. ¿Te gusta el sushi?

Guardó silencio por un momento. Pensé que había perdido la conexión, y entonces finalmente habló.

—Japonés... sí, creo que estaría bien.

—Perfecto. Entonces supongo que nos veremos a las seis hoy.

—De acuerdo —todavía sonaba insegura, a pesar de que ella era quien había propuesto los planes para reunirnos.

—¿Quieres que envíe un coche a recogerte? —pregunté.

—No, está bien. Simplemente te veré allí. Tengo que irme ahora —dijo apresuradamente y colgó el teléfono.

Me levanté de mi escritorio y caminé hacia la ventana. Había un resorte en mi paso y una cálida sensación de felicidad filtrándose por mi sistema.

No importaba que tuviera todos estos archivos para revisar. Nada parecía importar ahora mismo.

Con la emoción de haber conseguido una cita con Camila y la adrenalina bombeando por mis venas, me volví para mirar a Baryl. Seguía de pie en el mismo lugar, sosteniendo un montón de archivos en sus manos. Por su expresión, pude notar que sentía curiosidad por saber qué estaba pasando, pero no quería excederse en sus límites preguntándome directamente.

—Baryl —le dije—, necesito que canceles todas las reuniones que tengo para hoy y despejes mi agenda.

Ajustó sus gafas y se aclaró la garganta.

—¿Está seguro? —preguntó, hojeando uno de los archivos—. Tiene mucho trabajo programado para el día.

—No he tartamudeado —dije en un tono autoritario—. Por favor, despeja mi agenda para el día. Ha surgido algo importante.

Una de las muchas ventajas de ser jefe es que decides tu propio horario. Claro, podría tener cosas planeadas para el día. Pero yo era el que estaba a cargo y podía fácilmente moverlas si quería.

Baryl asintió.

—Como desee. Despejaré su agenda.

—Gracias —dije. No me había sentido tan emocionado por algo en mucho tiempo.

—¿Necesita algo más de mí? —preguntó Baryl. Era su deber asegurarse de que lo tuviera todo organizado.

—Necesitaré que organices mi ropa para la noche. Creo que puedo usar un traje nuevo. Si enviamos a alguien a recoger un traje nuevo ahora, debería llegar en una hora.

—Claro —dijo Baryl, tomando nota de lo que acababa de decirle en su teléfono—. ¿Quiere múltiples opciones?

—Sí. Quiero algunas. Azul marino, negro y beige. Y de hecho, consíguelos en varios estilos diferentes también. Los probaré y veré cuál me queda mejor.

—De acuerdo, me pondré en ello de inmediato. Llamaré a algunos diseñadores ahora y veré si tienen algo para usted. Por supuesto, esto es con muy poco tiempo de antelación, así que podrían cobrarle algunas tarifas premium.

Le lancé una mirada. El dinero no era una preocupación para mí. Ella captó la idea rápidamente y murmuró una disculpa.

Quería lucir lo mejor posible para la ocasión. Cuando me conoció por primera vez en la piscina, apenas estaba tratando de causarle una impresión. Pero ahora tenía mi oportunidad, y haría todo lo posible para que saliera bien.

—¿Necesita algo más? —preguntó Baryl, aún sosteniendo su teléfono frente a ella.

—De hecho, sí. Eres mujer, así que puedes responder esto mejor que yo. ¿Qué tipo de flores debería llevar? —le pregunté, realmente deseando su consejo al respecto.

Me dio una sonrisa cómplice.

—Bueno, tal vez podría llevar algunas rosas. Son un clásico y nunca se equivoca con ellas.

—Tal vez, pero ¿no es demasiado cliché? —cuestioné.

No podía creer que estuviera analizando cada detalle para esta cita. Pero solo quería que todo saliera perfecto.

—¿Sabe cuál es su flor favorita? —preguntó Baryl—. Quizás podría conseguir esa.

—No, no lo sé —respondí, recordando una vez más lo poco que sabía sobre esta chica.

—Bueno, entonces supongo que las rosas son la mejor opción. Arreglaré un ramo para que se lo lleve.

—Gracias, Baryl. Eres un salvavidas —me reí.

—¿Va a tener una cita con su novia? —preguntó después de un momento, sin poder contener su curiosidad por más tiempo.

—¿Novia? —Negué con la cabeza inmediatamente—. No, no es así.

—Oh —Baryl sonó sorprendida—. Lo siento... solo asumí. Me pondré a trabajar en las tareas que me ha encomendado ahora.

Mientras Baryl salía apresuradamente de la habitación, me calmé un poco y me di cuenta de que había estado actuando demasiado emocionado por una primera cita.

No era como si nunca tuviera la oportunidad de salir en citas. Al contrario, yo solía ser el hombre con el que más querían salir las mujeres.

Estaría mintiendo si dijera que no había tenido citas en los últimos años. Era cierto que nadie había despertado suficiente interés en mí como para buscar una relación, pero aun así veía a mi cuota de mujeres.

—Ni siquiera es tu novia —murmuré para mí mismo—. Deja de emocionarte tanto por esto.

Pero mientras decía las palabras, me encontré preguntándome por un momento. ¿Podría ser ella mi novia?

Nunca antes había pensado tanto en una mujer que apenas conocía.

Bueno, hubo una.

Hace seis años, una mujer que conocí en un pub japonés captó mi atención de esta manera. Pero se me escapó porque estaba demasiado ocupado con mi negocio en ese entonces como para perseguirla.

Ahora que finalmente había demostrado mi valía en la gestión del negocio familiar, por fin sentía que tenía algo de tiempo para perseguir a las mujeres.

Algo me decía que esta noche con Camila iba a ser especial. Podrías llamarlo intuición, tal vez.

Tenía una oportunidad y no iba a desperdiciarla.

Capítulo 14 Camila

Colgué el teléfono con el corazón latiendo desbocado. No podía creer que acababa de concertar una cita con Roger.

Todo se sentía demasiado real ahora. Miré el reloj; era mediodía. Aún tenía mucho tiempo para prepararme para la cita.

—¿Es siquiera una cita? —me pregunté. Es decir, nunca nos dijimos explícitamente que iba a ser una cita.

Cuando se trataba de Roger, me resultaba difícil mantener mis expectativas bajo control. No podía negar que había estado enamorada de él durante tantos años. Y ahora, iba a pasar tiempo real con él. Aunque sentía cierta amargura latente, una gran parte de mí estaba emocionada.

Aunque aún faltaban muchas horas para salir a encontrarme con él, decidí empezar a arreglarme mucho antes.

Me paré frente al espejo de cuerpo entero en mi habitación, examinando mi reflejo detenidamente.

—¿Es demasiado tarde para un facial? —me pregunté y luego me sentí inmediatamente tonta.

Caminando hacia mi armario, estaba en un estado absoluto. Después de todo, era solo una madre soltera que vivía de sueldo a sueldo. No tenía los recursos ni el tiempo para mantener todo perfectamente organizado.

Miré el montón de ropa frente a mí con la boca ligeramente abierta. Todo esto se sentía demasiado abrumador para resolverlo por mi cuenta.

Sabía que tenía que llamar refuerzos.

—Oye —saqué mi teléfono—. ¿Estás libre esta tarde? Necesito un favor.

Mi amiga Astrid se rió al otro lado de la línea.

—De hecho, estoy en mi hora de almuerzo ahora. ¿Qué pasa? ¿Es algo urgente?

—Sí, de hecho. Necesito que vengas.

—Vale... —Astrid vaciló.

—Ven, y te explicaré todo. Solo ven.

—Está bien —cedió—. Estaré allí en diez minutos.

Astrid tenía un gran sentido de la moda. Y siempre salía en citas, dado que había estado en una relación seria durante los últimos dos años. Si alguien podía ayudarme en este momento, sería ella.

Además, todavía necesitaba explicarle por qué había dejado el turno que estaba cubriendo. Sería como matar dos pájaros de un tiro.

—¿Cuál es la emergencia? —dijo mientras entraba en mi habitación exactamente diez minutos después. Siempre era puntual.

Yo estaba sentada entre un montón de ropa con un vestido rosa que había usado para mi baile de graduación en las manos.

—Necesito tu ayuda —le hice un puchero, sosteniendo el vestido para que lo tomara.

Ella arqueó una ceja y tomó el vestido de mis manos. Tenía una expresión confusa en todo momento.

—¿Estás haciendo limpieza de primavera? —preguntó, notando el desorden que había hecho—. Porque si es así, no sé cómo esto cuenta como una emergencia, Cam.

Me reí, negando con la cabeza.

—No, no hay limpieza de primavera aquí. En realidad, necesito tu ayuda para decidir qué ropa voy a usar esta noche.

—Hmm —dijo, arrodillándose para sentarse junto a mí en el suelo—. ¿Cuál es la ocasión?

Fruncí los labios.

—Tengo una cita.

—No puede ser —dijo, inmediatamente emocionada por la idea—. ¿Hablas en serio?

Asentí y luego miré las pilas de ropa con una expresión abatida.

—El único problema es que no tengo nada que ponerme.

—Escucha, este es un día monumental. Sabes, pensé que nunca volverías a arriesgarte —dijo efusivamente, todavía en evidente shock por la noticia de mi cita.

—Bueno, tal vez debería aclarar las cosas un poco —dije—. En realidad no usamos la palabra cita para describir nuestro encuentro.

—¿Oh? —Su ceja se alzó—. ¿Es una reunión de negocios entonces?

—No. Quiero decir, vamos a salir a un restaurante de sushi, y él ha estado tratando de que hable con él durante unos días.

Astrid se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Creo que esa es una indicación bastante clara de que tienes una cita —se acercó más a mí y comenzó a hurgar entre las pilas de ropa frente a nosotras—. Ahora, ¿vas a contarme los detalles? ¿Quién es el afortunado?

Me mordí el labio.

—Es Roger James.

Astrid inmediatamente dejó de hacer lo que estaba haciendo y se volvió para mirarme con la boca abierta.

—¿Te refieres al... tipo que es dueño de la cadena de hoteles donde trabajo?

Asentí lentamente. Había esperado una reacción así.

—Dios mío —dijo Astrid, claramente desconcertada e incrédula—. ¿Cuándo sucedió esto? Espera... ¿fue el día... de tu turno?

Sus ojos se agrandaron mientras unía las piezas en su cabeza.

—Sí, es una larga historia —dije, sin querer contarle que en realidad lo conocía desde hace años.

Era demasiada historia para darle ahora mismo—. Sabes, esta fue la razón por la que tuve que dejar mi turno temprano. Sé que debería habértelo dicho antes...

—Para —me calló inmediatamente—, si Roger James estuvo de alguna manera involucrado en la historia de por qué no completaste tu turno, entonces no necesitas darme más detalles. Vaya, esto es realmente emocionante. ¿Cómo te sientes?

Me encogí de hombros. La última vez que había salido en una cita fue hace años. Y fue una experiencia poco impresionante, por decirlo suavemente. Por lo general, los hombres de mi edad no se tomaban muy bien el hecho de que tuviera un hijo pequeño. Pero Roger parecía estar bastante bien con eso. Por supuesto, también estaba el hecho de que era su propio hijo, pero él aún no lo sabía.

—Me siento... nerviosa —dije finalmente—. Espero que todo salga bien. ¿Puedes ayudarme a decidir un vestido?

—No digas más —dijo Astrid. Me hizo ponerme de pie junto al espejo y comenzó a revisar los vestidos que tenía—. Si vas a un lugar japonés, el ambiente definitivamente va a ser elegante. Así que quieres vestirte bien, mantenerlo con clase, ¿sabes? Pero tampoco puedes ser demasiado aburrida.

La observé hurgar entre mi ropa con diversión. Realmente amaba la moda, y confiaba en su consejo. De todas mis amigas, probablemente era la persona mejor vestida que conocía.

—Lo dejo todo en tus manos —dije, levantando las manos en señal de derrota.

Se tomó su tiempo para clasificar mi ropa, pero finalmente encontró algo. Era un vestido color esmeralda que se ajustaba al cuerpo y se ceñía en la cintura. Terminaba justo por encima de la rodilla. Era la mezcla perfecta de elegancia y sensualidad, exactamente el ambiente que quería lograr.

—Es perfecto —dije, agarrando el vestido de sus manos. Ni siquiera recordaba haberlo comprado—. Eres una genio.

Sonrió ampliamente.

—Pruébatelo y modela para mí.

Asentí y, unos momentos después, salí vistiendo el vestido. Cuando aparecí, Astrid dejó escapar

un jadeo audible.

—Guau —dijo—, lo vas a dejar boquiabierto.

Un rubor se deslizó por mis mejillas.

—¿De verdad lo crees?

—¡Pareces una supermodelo con esto! —exclamó—. No sabía que escondías ese cuerpazo debajo de toda esa ropa holgada que usas. O sea, sin ánimo de ofender, pero esto es súper sexy.

—Gracias —dije, acercándome para pararme frente al espejo. Su energía era contagiosa, e inmediatamente me sentí más segura de mí misma.

—Tengo que irme ya. Si no, no llegaré a la oficina antes de que termine mi descanso. Pero mándame un mensaje con todo lo que pase en la cita. Quiero saber todos los chismes. —Me dio un pequeño beso en la mejilla antes de salir corriendo por la puerta.

Cuando finalmente se fue, me paré frente a mi espejo de cuerpo entero para observarme. El vestido abrazaba mis curvas y acentuaba mi cuerpo a la perfección. Decidí empezar con mi cabello y maquillaje.

Cuando terminé, examiné mi peinado y maquillaje en el espejo. Mi cabello oscuro estaba peinado en ondas sueltas que caían sobre mis hombros, y había hecho mi maquillaje de ojos de una manera que resaltaba mi color natural. Completé el look con unos tacones negros de tiras.

Mirándome en el espejo, sentí una mezcla de emoción y nerviosismo. Pero me sentía segura de que me veía bien.

Rara vez me arreglaba tanto estos días. Pero me alegraba ver que aún podía verme realmente bien cuando quería.

Mientras me examinaba en el espejo, escuché el repiqueteo de unos pasitos que corrían hacia mí.

—Mami —dijo Caleb, acercándose y abrazándose a mis piernas. Le tomó un momento darse cuenta, y luego su pequeña frente se arrugó con confusión—. ¿Vamos a tener una fiesta?

Me reí de su inocente comentario.

—No, cariño. Mami va a salir.

—¿Con tus amigas? —preguntó. No lo culpaba por estar tan confundido. Normalmente pasaba todas mis noches con él.

—No —negué con la cabeza.

—¿Entonces con quién vas?

Me mordí el labio. No quería mentirle a Caleb, aunque fuera demasiado pequeño para entender estas cosas.

—¿Recuerdas a la persona que conociste en la piscina el otro día?

Le tomó un momento recordar, y luego sus ojos se agrandaron.

—¿Puedo ir yo también? —Pude notar por su tono que estaba emocionado.

Negué con la cabeza y me arrodillé para besarlo en la coronilla.

—Esta noche no.

Hizo un puchero.

—¿Vas a traerme un padrastro?

—¿Dónde aprendiste eso?

Caleb simplemente se encogió de hombros con naturalidad.

—Uno de mis amigos de la escuela tiene uno.

Cada vez que Caleb hablaba de padres, me partía el corazón. Era demasiado pequeño para entender lo que faltaba en su vida. Pero ahora que se estaba haciendo mayor, era natural que empezara a hacer más y más preguntas.

—¿Quieres uno? —le pregunté.

—Creo que podría ser bueno —dijo después de pensar un momento—. Mi amigo Bill juega béisbol con su papá todas las tardes.

Yo también quería que él tuviera estas experiencias. Una de las razones por las que había decidido encontrarme con Roger era porque quería saber si había alguna posibilidad de que él formara parte de la vida de Caleb. Pero no era algo que pudiera simplemente soltar de repente.

—Tal vez Roger pueda ser tu padre —dije las palabras y vi a Caleb iluminarse frente a mí.

—¿En serio? —dijo, sonriendo ampliamente ahora—. ¿Jugará al béisbol conmigo también?

—Puedes preguntarle —dije—. Pero estoy segura de que nadie puede decirte que no. Porque eres muy lindo.

Caleb se rió. Y luego la mirada de concentración volvió a su rostro.

—Si él es mi padre —dijo, tratando de darle sentido a las cosas—, ¿por qué no viven juntos?

Suspiré. Aunque no tenía el corazón para mentirle a mi hijo, todavía no sabía cómo explicarle algo tan complicado. Pero sabía en mi corazón que no podía ocultarle la verdad por mucho más tiempo. Cuanto más mayor se hacía, más curioso se volvía. Tampoco ayudaba que sus amigos le preguntaran dónde estaba su papá. Aunque quería protegerlo de todo, sabía que no podía protegerlo de las preguntas de la gente para siempre. Lo mejor que podía hacer era equiparlo con las respuestas correctas.

Me arrodillé frente a él para que estuviéramos al mismo nivel.

—¿Qué te parece si te hago una promesa? —le dije, extendiendo mi meñique.

—¿Una promesa?

—Sí —asentí, y él me miró con asombro, pendiente de cada palabra que decía.

—Te lo contaré todo una vez que aclare las cosas. Solo necesitas tener fe en mí.

Me miró con confusión en sus ojos.

—¿Podré verlo de nuevo? —preguntó.

Le apreté la mano.

—Pronto.

No sabía si podría cumplir esa promesa o no. Pero en ese momento, no podía soportar decepcionar a mi hijo.

—Mami tiene que irse ahora —dije—. La tía Astrid vendrá a cuidarte esta noche. Pórtate bien, ¿de acuerdo?

Estaba lista para mi cita, aunque mis nervios estaban a flor de piel en anticipación de lo que podría suceder.

—Todo va a estar bien —me dije a mí misma mientras finalmente llamaba a un taxi para que me llevara al restaurante.

Capítulo 15 Camila

Me rocié una última vez con perfume antes de entrar al restaurante. Había oído hablar de él antes, pero me quedé asombrada por lo elegante que era este lugar. Casi me avergoncé de llegar en taxi cuando todos los demás parecían tener un chófer personal y un valet esperándolos.

—Mantén la calma —me dije a mí misma mientras le informaba al hombre de la puerta sobre mi reserva.

—Roger James —dije, mirando alrededor. Mis ojos se posaron en el gran reloj que estaba en la pared frontal. Eran exactamente las 6 p.m. Había llegado justo a tiempo.

—Oh, usted es la invitada que el Sr. James está esperando —dijo el hombre, cambiando repentinamente toda su actitud conmigo. Era como si de repente empezara a verme como alguien importante—. Permítame escoltarla personalmente a la mesa.

Asentí, siguiéndolo al interior del restaurante. Tenía que admitir que recibir un trato especial como este se sentía bien.

Pero más importante que eso era el hecho de que Roger ya estaba esperando. Y yo que pensaba que había sido la que llegó temprano.

Él ya me esperaba en la mesa con un gran ramo de flores. Al principio parecía estar ocupado con algo en su teléfono, pero en el momento en que notó que me acercaba a él, su rostro se iluminó con la sonrisa más grande, y se levantó para retirar mi silla.

—Gracias —dije, sintiéndome de repente cohibida ahora que estaba frente a él.

Él solo sonrió y me entregó las flores que tenía en las manos.

—Estas son para ti —dijo. Seguía intentando hacer contacto visual conmigo, pero yo mantenía la mirada fija en el suelo.

—No tenías que molestarte —dije tomando las flores.

—Eso es ridículo —me sonrió—. Cuando estás aquí luciendo tan bien como lo haces, sería una tontería presentarme con las manos vacías.

Su cumplido no pasó desapercibido. Sentí que mis mejillas se igualaban al rojo de las flores. En un esfuerzo por ocultar cuánto me estaba sonrojando, moví la cabeza hacia adelante para oler las flores.

—No hagas eso —dijo con calma—. No deberías esconder tu rostro así. Creo que te ves realmente linda cuando te sonrojas.

Se había dado cuenta, después de todo. Finalmente levanté la mirada y encontré la suya. Incluso en la tenue luz amarilla del restaurante, se veía perfecto. Algunas personas pierden su atractivo con el paso de los años, pero él estaba tan guapo como lo recordaba en la universidad. Incluso más, porque ahora tenía un aspecto rudo en sus facciones. Como si la vida lo hubiera curtido, lo que solo lo hacía más atractivo para mí.

Pero verlo de nuevo también me recordó lo difícil que solía ser acercarse a él. Recordé cómo las chicas se esforzaban tanto por tener la oportunidad de hablar con él, ¿y quién podía culparlas? Yo era exactamente igual. Infatuada y profundamente obsesionada. Incluso ahora, podía ver que estaba haciendo que algunas cabezas se giraran hacia nosotros en el restaurante mientras las mujeres lo miraban de reojo.

Seguramente, debía estar acostumbrado a la atención de cualquier chica. Me pregunté por qué quería verme entonces.

Como si hubiera leído mi mente, volvió a hablar.

—Espero que no te haya molestado el hecho de que conseguí tu número a través de uno de mis empleados —aclaró—. No quería parecer demasiado insistente.

Negué con la cabeza.

—No, no te preocupes. Me alegro de que lo hicieras. Tal vez no debería haberme ido abruptamente cuando me lo pediste la primera vez.

—¿No perdamos el tiempo pensando en el pasado? —dijo. Había una botella de vino cara en nuestra mesa. Aprovechó ese momento para abrirla y servirme una copa.

—Salud —dijo, levantando su propia copa para chocarla con la mía—. Veamos qué nos depara el futuro.

—El futuro —repetí, pensando en lo irónico que era descartar el pasado cuando ya estábamos

unidos de por vida a través de Caleb.

—Me alegré tanto cuando me llamaste. Acabó alegrándome el día —dijo mientras tomaba un sorbo de su copa.

—¿Esperabas que lo hiciera? —pregunté, imitando sus acciones y tomando un pequeño sorbo de mi copa también.

—Esperaba que lo hicieras —respondió—. Pero no tenía idea de lo que pasaba por tu mente. Eres un misterio para mí, y no puedo evitar sentir curiosidad por ti. No es común que ande por ahí tratando de conseguir el número de alguien así.

—Puedo imaginar que debe ser difícil conseguir tu número —no pude evitar ser un poco sarcástica. Verlo trajo recuerdos de hace años cuando intenté tan duro rastrear su número pero finalmente fracasé.

—Para la persona adecuada, es totalmente posible —me guiñó un ojo, y el rubor volvió a mis mejillas como si nunca se hubiera ido.

Estaba coqueteando conmigo intensamente. Aclaré mi garganta, abrumada por toda la atención que me estaba dando.

—¿Dirías que soy la persona adecuada entonces? —dije después de que el rubor en mis mejillas se hubiera disipado un poco—. Tengo tu número en mi teléfono ahora.

—Supe que eras la persona adecuada en el momento en que puse mis ojos en ti —admitió audazmente, su mirada cruzándose con la mía desde el otro lado de la mesa.

—Esas cosas solo pasan en las películas. Lo sabes, ¿verdad? —El vino que estaba bebiendo estaba haciendo maravillas con mi confianza.

—Es justo. Nunca dije que fuera amor a primera vista —se rió, corrigiendo su declaración—. ¿Lo llamamos... flechazo a primera vista, entonces?

Tuve que reírme en voz alta ante eso.

—No existe tal cosa.

—No te creo —respondió, encogiéndose de hombros—. Estás sentada aquí como prueba viviente

de que existen.

No podía creerlo. El hombre del que había estado enamorada durante AÑOS estaba sentado aquí en una mesa iluminada por velas, bebiendo vino que probablemente costaba lo suficiente para cubrir todo mi alquiler durante un mes, admitiendo casualmente sus sentimientos por mí.

Qué cosa tan graciosa había sucedido.

Era casi como si fuera de una película. Y las chicas como yo no tenían esa suerte. Las chicas como yo solo eran abandonadas por la persona con la que tuvieron una aventura de una noche y se quedaban criando a su hijo solas.

Y sin embargo, aquí estaba yo contra todo pronóstico mientras Roger prácticamente me admiraba desde el otro lado de la mesa. Debería estar feliz por eso, pero en realidad sentía una mezcla de emociones.

—No puedo evitar sentir curiosidad —comencé, tomando otro sorbo de mi bebida—. ¿Qué fue lo que te hizo tener este... flechazo a primera vista?

Roger negó con la cabeza para indicar que él mismo no tenía idea.

—Si lo supiera —dijo él—. Hay algo en ti. Algo que no puedo definir con exactitud.

—Eso es bastante romántico —asentí—. Pero vas a tener que darme algo más que eso.

—Está bien, si insistes tanto, supongo que es el hecho de que me resultas tan... familiar. Es casi como si te conociera desde hace años.

Lo miré fijamente, con la boca ligeramente abierta. Realmente no recordaba ni un poco.

—¿Estás seguro entonces de que no me conoces de antes? —insistí, sin querer explicárselo directamente, pero empujándolo suavemente en esa dirección.

—¿De una vida pasada? —se rio—. Claro. Pero me preocupa que si digo eso, solo dirás que estoy siendo demasiado romántico de nuevo.

Me mordí el labio, sintiendo que estaba al límite de mi paciencia. Realmente quería decirle que, de hecho, sí me conocía, pero no quería hacerlo tan obvio.

—¿Qué es exactamente lo que encuentras tan familiar en mí? —pregunté—. Apenas intercambiamos unas pocas palabras antes de que decidieras buscar mi número.

Hizo una pausa para pensar.

—No puedo decirlo exactamente. Simplemente me resultas familiar —dijo, dando otro sorbo a su bebida—. Espero que esto no sea ir demasiado lejos, pero tal vez fue por tu olor o la forma en que tus ojos me miraban. Todo me resultaba demasiado familiar.

Tuve que burlarme de eso. Estaba casi ahí, y aun así no me recordaba. Debí haber sido invisible para él durante la universidad.

—Bueno, tal vez sea porque sí me conoces después de todo —cedí y finalmente se lo dije. No quería contarle toda la verdad todavía, así que decirle que fuimos a la misma escuela era una opción segura por ahora.

—¿Qué? —casi escupió su bebida—. ¿Hablas en serio?

—Ajá —respondí—, Stanford.

—Vaya —se recostó en su silla, con los ojos muy abiertos—. Eso es... bueno, es una lástima que no nos conociéramos cuando estudiábamos allí. Estoy seguro de que habría disfrutado de tu compañía tanto como ahora.

—No estoy tan segura de eso —murmuré entre dientes, pero él no lo oyó.

Se inclinó sobre la mesa. —Ya que estamos hablando de nuestro pasado, tengo una pregunta para ti. Pero es un poco personal.

—Adelante —lo animé.

—¿El padre de tu hijo sigue en tu vida?

Negué con la cabeza. —No, quiero decir, sería un poco incómodo si estuviera en una cita, ¿no?

—No es todo lo que quería decir. ¿No está... bueno, no está presente en la vida de tu hijo en absoluto? —Parecía dudar al hacer la pregunta, pero pude ver la curiosidad ardiendo detrás de sus ojos.

Pensé para mis adentros cuán irónico era que él, de todas las personas, me estuviera haciendo esa pregunta ahora mismo.

Negué con la cabeza. —No, en realidad no lo está. Nos abandonó y se fue. —No pude evitar que la amargura se filtrara en mi voz al decir las palabras.

—Realmente lo siento mucho.

—¿Podemos cambiar de tema? —Mi paciencia se había agotado. Había esperado tener una buena velada con él, pero verlo ahora me hizo darme cuenta de lo difícil que iba a ser tener una conversación sobre mi pasado con él, especialmente cuando aún albergaba tanto resentimiento dentro de mí.

Llegó la cena y comimos. Mi estado de ánimo se había estropeado, y Roger lo notó.

—Realmente debería volver ahora —le dije una vez que terminé mi comida—. Caleb debe estar esperándome.

—¿Necesitas que te lleve de vuelta? Puedo dejarte. La verdad es que pasé un momento muy agradable charlando contigo.

Negué con la cabeza. —No, gracias. Creo que puedo llegar a casa por mi cuenta.

—¿Siempre eres tan insistente en no dejar que la gente haga nada por ti?

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. No estaba de humor para esto ahora.

—Tal vez —respondí—. Aun así, no cambia el hecho de que tengo que irme.

Me levanté y me despedí rápidamente de él. Mientras salía, aún podía sentir el peso de su mirada siguiéndome hasta la puerta.

Capítulo 16 Camila

Salí furiosa del restaurante, con las mejillas aún ardiendo y la mente acelerada.

Pensé que estaba lista para encontrarme con Roger, pero fue muy difícil no dejar que mis sentimientos de resentimiento interfirieran en conocerlo realmente.

Inhalé profundamente, el aire frío golpeando mi rostro. La piel de gallina comenzó a surgir en mis brazos y sentí el frío en el aire. Mi corazón empezó a latir más rápido.

Mantuve la mirada fija en el suelo y seguí caminando, abrazándome a mí misma para evitar sentir el frío. Mi mente parecía un desastre y mis pensamientos estaban todos revueltos, como si un niño pequeño hubiera agarrado un crayón y hubiera hecho un desastre en las paredes.

Fue agradable ver a Roger. Todos esos años que pasé suspirando por él parecían dar fruto ahora que finalmente pude salir en una cita con él. Pero el resentimiento que sentía hacia él seguía surgiendo. Aunque él era el premio que había deseado durante todos estos años, había un regusto amargo que no podía quitarme de encima, por más que lo intentara.

Miré por encima de mi hombro para ver qué había detrás de mí. Mi mente acelerada, junto con mi deambular sin rumbo, me había llevado por un camino aleatorio que no estaba muy lejos del restaurante.

Mirando alrededor, sentí un escalofrío recorrer mi espalda al darme cuenta de que había un callejón oscuro justo a mi lado. Estaba oscuro y toda el aura me daba malas vibraciones.

Miré mi teléfono, preguntándome si debería llamar a un taxi aquí o moverme primero a un lugar diferente.

—¿Qué estás mirando, preciosa? —La voz de un hombre me sobresaltó. Había un ligero arrastre en ella, y levanté la vista horrorizada para ver a un hombre alto mirándome con curiosidad.

Mi corazón comenzó a latir fuertemente en mi pecho. Rompiendo su mirada, traté de ignorarlo y me di la vuelta para caminar en la otra dirección. Pero tan pronto como me giré, había otro hombre bloqueando mi camino.

—Te hizo una pregunta —dijo, mirándome de arriba a abajo. Por la forma en que sus ojos se cerraban, pude notar que él también estaba borracho—. Es de mala educación no responder.

—Nada —traté con todas mis fuerzas de que mi voz no se quebrara. Si mostraba algún signo de miedo, lo verían como una debilidad.

—Vamos, no hay necesidad de mentir —dijo el primer hombre, acercándose más a mí. Podía sentir su aliento caliente en el costado de mi mejilla, y escalofríos recorrieron mi espalda. Mi reacción automática fue alejarme con disgusto, pero su amigo seguía bloqueando mi camino cada vez que intentaba moverme un solo centímetro.

—¿Dónde está tu novio? —me preguntó el primer hombre, llevando largos dedos que se sentían como garras contra mi cara y apartando un mechón de mi cabello—. No puedo creer que una chica tan bonita como tú esté aquí sola. ¿Puedes creerlo, Steve?

Steve se rio.

—No, Norman. Supongo que es nuestro día de suerte.

Cada centímetro de mi cuerpo estaba congelado de miedo. La oscuridad del callejón me había ocultado de la vista, y si gritaba pidiendo ayuda, no sabría cuánto tardaría en llegar. Estos dos hombres, demasiado borrachos para saber lo que estaban haciendo, podrían someterme fácilmente.

—Estás muy callada. ¿Por qué estás tan callada, cariño? —dijo Norman, jugando de nuevo con un mechón de mi cabello—. ¿No quieres hablar con nosotros?

—Déjenme... en... paz —tartamudeé.

—¿O qué?

—O... o gritaré —dije, con lágrimas acumulándose en mis ojos y comenzando a caer gota a gota como la lluvia.

Los dos se rieron, intercambiando una mirada entre ellos.

—Puedes gritar todo lo que quieras —dijo Steve—. Nadie vendrá a salvarte.

Intenté desesperadamente maniobrar a su alrededor, pero sus reflejos fueron demasiado rápidos. Me agarró la mano con fuerza tan pronto como intenté escapar.

—¿Qué tal si te lo ponemos más fácil? —dijo de manera amenazante contra mi oído ahora.

Estaba tan cerca que podía oler el alcohol en su aliento—. ¿Qué tal si nos das todo tu dinero y te dejamos ir?

Mi mente parecía quedarse en blanco. Me costaba formular un conjunto coherente de frases.

Con manos temblorosas, alcancé mi bolso y saqué mi billetera.

—Aquí... aquí tienen —le entregué al hombre todo el efectivo que había dentro de mi billetera. Nunca había estado en una situación como esta antes, pero sabía que era mejor ceder cuando te superaban en número.

—¿Ves qué fácil fue? —Steve arrastró las palabras, tomando el fajo de billetes de mí y metiéndolo en su bolsillo.

—Déjenme ir ahora —exhalé. Sentía que mis piernas podrían ceder en cualquier momento.

—¿Qué tal si primero me das un besito? —Norman, el otro hombre, se acercó más a mí.

—No —grité y por instinto lo empujé en el estómago. Él reaccionó rápidamente y me tiró al suelo, subiéndose encima de mí.

Sentí que mi vida pasaba frente a mis ojos. Todo lo que podía pensar en ese momento era en Caleb y en cómo solo quería volver a casa sana y salva por él. Abrí la boca para gritar, pero Norman la cubrió con su gruesa palma.

—No sirve de nada gritar —dijo y bajó su rostro para besarme. Pero justo antes de que pudiera cerrar la distancia, alguien nos interrumpió.

—Suéltala. Ahora.

No podía creerlo. Esa voz era reconocible en cualquier parte. Roger me había encontrado de alguna manera.

—Oye, no queríamos hacer daño —Norman se bajó de mí inmediatamente en cuanto escuchó a Roger. Comenzó a alejarse, con Steve siguiéndolo.

—Ahora. Antes de que los lastime —dijo Roger.

Su tono era amenazante, y en ese momento, parecía como si pudiera matar a ambos con sus

propias manos. Los dos hombres se dispersaron.

Roger corrió hacia mí y de inmediato me ofreció su brazo para levantarme. Todavía estaba conmocionada por lo que había sucedido. Se arrodilló y me levantó del suelo en sus brazos.

—Ya está bien —me susurró mientras enterraba mi rostro en el hueco de su cuello. No me importaba en ese momento si era apropiado hacerlo o no, solo que necesitaba desesperadamente el consuelo del contacto.

Me abrazó con fuerza, pasando sus manos por mi espalda. Los temblores de mi cuerpo se calmaron con su tacto.

—Ya se han ido —dijo—. Si se hubieran atrevido a hacerte algo, los habría matado.

La convicción en su tono bastó para convencerme de que decía la verdad. Sentí una repentina oleada de afecto por él. Me había protegido. Si no fuera por él, Dios sabe qué me habría pasado.

Me abrazó durante un largo rato. No importaba que los dos estuviéramos aún en un callejón oscuro. Con él, incluso esto se sentía seguro. Cuando por fin dejé de temblar, me separé de sus brazos y me puse de pie, mirándolo.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté.

Al ver mi rostro y mis ojos enrojecidos, su expresión se suavizó aún más. Como si supiera que el tacto me reconfortaría, extendió la mano y tomó la mía con suavidad.

—Dejaste tu pañuelo en el restaurante —dijo, sacando la pieza de seda de uno de sus bolsillos—. Te seguí para devolvértelo.

Tomé el pañuelo de sus manos y luego lo miré.

—Si no hubieras estado aquí hoy —balbuceé, sintiendo como si las palabras se me atoraran en la garganta—. Yo... no sé qué me habrían hecho.

Lo sentí tensarse contra mí, y sus brazos se cerraron en puños.

—No habrían salido vivos de este callejón —dijo con la mandíbula apretada—. Te lo prometo.

Finalmente, nuestras miradas se encontraron. Pude ver la sinceridad detrás de sus ojos azules. En

ese momento, cualquier resentimiento que hubiera sentido por él en el pasado se derritió como mantequilla. No podía pensar en una sola cosa en su contra mientras estaba sentado conmigo en el callejón, sosteniendo mi mano después de haberme salvado de una situación que amenazaba mi vida.

Si no tenía cuidado, podría haberme enamorado de él allí mismo.

—Gracias —logré decir con voz ronca mientras comenzaba a recuperar algo de mi sentido normal—. Me salvaste hoy.

—No tienes que agradecerme —dijo en un tono serio—. Nunca. Por nada.

Finalmente nos levantamos y comenzamos a caminar juntos.

—Debería irme a casa —dije, mirando mi reloj.

—Vendrás conmigo —dijo Roger. Por su tono, pude darme cuenta de que no tenía mucho margen para protestar.

Abrí la boca para responder, pero él simplemente tomó mi mano y comenzó a guiarme hacia donde estaba estacionado su coche.

—No hay manera de que te deje fuera de mi vista esta noche de nuevo hasta que sepa que estás a salvo —dijo—. Te llevaré a casa.

Asentí. Si era sincera, tampoco quería que me dejara. Todavía estaba conmocionada por lo que había sucedido, y lo último que quería era estar sola.

Me guió al asiento trasero de su coche y luego me siguió. Después de averiguar mi dirección, le dijo a su conductor que nos llevara allí.

Una vez dentro del coche, sabía que estaba fuera de todo peligro plausible ahora, y nada podía hacerme daño. Pero Roger aún mantenía una mano protectora detrás de mi espalda, como si no pudiera soportar dejarme ir.

Decidí ceder. El que me hubiera salvado así nos había acercado. Apoyé mi cabeza contra su hombro y cerré los ojos. Él pasó su brazo alrededor de mi cintura y, antes de darme cuenta, estaba acurrucada con él en el asiento trasero de su coche.

De alguna manera, no quería que este viaje terminara nunca.

Los dos encajábamos perfectamente. Me sentía relajada, como si pudiera dejar ir todas mis preocupaciones cuando estaba con él.

Sentí sus dedos posarse en la base de mi barbilla y levantar lentamente mi rostro para que pudiera mirar sus ojos. Cada vez que me tocaba, sentía una pequeña explosión de mariposas en mi estómago. Ya me estaba volviendo loca, y ni siquiera tenía que hacer mucho.

—Camila —dijo mi nombre con tal intensidad que sentí que me quemaría solo por estar en su presencia—. Me alegro de que estés a salvo. No tienes idea de lo mucho que significas para mí.

Lo miré fijamente. La única luz que entraba era el tenue amarillo de las farolas de la calle. Busqué en su expresión alguna indicación de si lo que me estaba diciendo era verdad o no.

Pero en sus ojos solo encontré sinceridad.

Y justo así, me sentí cayendo por él de nuevo.

Capítulo 17 Roger

Dicen que la adversidad une a las personas.

O al menos eso es lo que dicen. En mi experiencia, esto es exactamente lo que sucedió con Camila y conmigo. Después de que la salvé de esos hombres terribles en la calle, ella empezó a confiar más en mí.

Era un día ajetreado en el trabajo. Baryl me presionaba por cumplir algún plazo u otro. Pero lo único que me interesaba era cuando mi teléfono se iluminaba para indicar la llegada de un mensaje de texto.

—Discúlpame un momento —le dije a Baryl, tomando mi teléfono de la mesa frente a mí.

—Por supuesto —dijo Baryl y salió rápidamente de la habitación para darme algo de privacidad.

El número de Camila estaba ahora en marcación rápida. Desde aquel día, hemos mantenido contacto regular. La llevaba a citas, y luego nos enviábamos mensajes y llamábamos hasta altas horas de la noche. Me sentía como si estuviera viviendo un sueño adolescente a juzgar por lo emocionado que me ponía cada vez que veía su nombre parpadear en la pantalla.

—Hola, tú —la saludé una vez que contestó mi llamada—. Te extrañé.

Aunque no podía ver su rostro, prácticamente podía sentir el rubor emanando de sus mejillas al otro lado de la línea.

—Yo también te extrañé —respondió en voz baja—. Espera, dame un segundo. Voy a salir afuera para hablar contigo.

—Mm, buscando privacidad, ya veo —bromeé—. Me pregunto qué es lo que tienes que decirme.

—Ya basta —me reprendió, riendo. Cuanto más cómodos nos sentíamos el uno con el otro, más espacio se abría para hacernos este tipo de bromas. Aún no habíamos dado el siguiente paso en nuestra relación en cuanto a la intimidad física, pero estaría mintiendo si dijera que el pensamiento no había cruzado por mi mente más de una vez.

—Está bien, nena —la palabra salió de mi boca como si fuera lo más natural del mundo—. Yo también estoy solo en mi oficina. Podemos hablar de lo que quieras.

—¡Roger! —exclamó y luego se rio para sí misma—. Estoy en medio de la jornada laboral.

—De acuerdo —dije, finalmente dejando la broma—. En realidad, te llamé antes para preguntarte si estás libre este fin de semana.

Se tomó un momento para pensar.

—Hmm, ¿este fin de semana? Creo que la niñera de Caleb dijo que tenía algunos exámenes y no podría venir a cuidarlo. Así que no estoy segura.

Camila y yo aún estábamos en las primeras etapas de nuestra relación. Cuando estábamos juntos, había una sensación de euforia que estaba seguro que ella también sentía. Pero tenía que admitir que algunas cosas sobre su comportamiento eran extrañas. Particularmente cuando se trataba de Caleb. A veces, se ponía fría cuando preguntaba por él. Me decía a mí mismo que era solo porque ella era protectora con él y que comenzaría a abrirse a medida que nuestra relación avanzara.

—Qué lástima —no pude ocultar la decepción en mi voz—. Esperaba verte este fin de semana.

Un pequeño suspiro escapó de sus labios.

—Yo también. Tal vez pueda ver si alguna de mis amigas puede ayudar a cuidar a Caleb por unas horas.

—Tengo una idea —dije—. ¿Y si lo traes contigo?

Aunque me sentía dudoso al sugerirlo, sabía que tenía que romper el hielo de alguna manera. Si íbamos a avanzar en nuestra relación, quería conocer también a su hijo.

Ella se quedó callada por un momento, y casi podía escuchar los engranajes en su cabeza girando mientras contemplaba la decisión.

—¿Pero a dónde iríamos? —preguntó—. Dudo que un niño de cinco años disfrute mucho de una cena en un restaurante. Se aburren fácilmente, ¿sabes?

—No hay problema. Iremos a un parque de atracciones entonces —sugerí al instante.

—¿Un parque de atracciones? —pude escuchar la curiosidad en su tono.

—Sí. Hay uno a solo una hora en coche de la ciudad. Puedo pedirle a mi asistente que consiga algunas entradas si estás dispuesta a ir. Estoy seguro de que Caleb lo pasará genial —crucé los dedos, esperando su respuesta.

—Realmente le gustaría ir a un parque de atracciones —cedió.

—Será una gran oportunidad para que nos conozcamos mejor —respondí.

Se quedó callada de nuevo por un momento.

—Sí... supongo.

Intenté apartar lo extraña que era su reacción. En su lugar, me iba a centrar en el fin de semana.

El fin de semana llegó bastante rápido.

No podía estar más emocionado de ver a Caleb. Claro, estaba feliz de ver a Camila también, pero la novedad de conocer a su hijo era algo importante para mí.

—Hola —saludé a los dos. Camila se veía impresionante, como siempre. Estaba vestida de manera casual y llevaba muy poco maquillaje en su rostro. Pero aun así, parecía que podría caminar en un desfile de moda y avergonzar a las otras modelos.

—Hola —el rostro de Camila se iluminó con una sonrisa mientras se sentaba en mi coche con Caleb.

Me incliné y planté un pequeño beso en su mejilla. En realidad, quería besar sus labios, pero no sabía si debería hacerlo frente a Caleb.

Su tímida sonrisa cuando me alejé indicaba que ella también quería besarme.

—¿Estás listo para ir, Caleb? —pregunté, desviando toda mi atención hacia el pequeño que ahora estaba jugando con los asientos de mi coche.

—Sí. ¿Podemos montar en la montaña rusa? —me preguntó con voz emocionada.

Me reí.

—Tendrás que preguntarle a tu madre por eso.

—Caleb, cariño. Eres demasiado pequeño para montar en una montaña rusa —suspiró Camila—. Te prometo que podrás montarla cuando seas mayor.

Caleb hinchó sus mejillas y cruzó los brazos frente a él.

—No es justo —hizo un puchero.

—Tu madre tiene razón —salí en defensa de Camila—. Puedes montar en todas las otras atracciones que están hechas para niños de tu edad. ¿Te gustan los dinosaurios?

Al escuchar la palabra dinosaurio, olvidó todos sus agravios anteriores. Asintió con entusiasmo, saltando en su asiento.

—Sí. ¿Veré dinosaurios?

Asentí.

—Sí, hay toda una atracción dedicada a ellos.

—¡Dinosaurios! —exclamó Caleb con alegría.

Por el rabillo del ojo, pude ver a Camila mirándome con una expresión de gratitud en su rostro. Cuando me volví para mirar en su dirección, ella no apartó la mirada.

—Gracias por distraerlo —me dijo en silencio con una sonrisa.

—¿Eso? —presumí en broma—. No fue nada.

—Pues sigo impresionada —asintió con convicción—. Te sorprendería lo difícil que es distraer a un niño cuando se le mete algo en la cabeza.

—Entonces supongo que es bueno que esté yo aquí para ayudar.

Un rubor se formó en sus mejillas ante mis palabras. Aclaró su garganta, apartando su mirada de la mía y concentrándose en el camino por delante.

El día en el parque de atracciones fue perfecto. Caleb disfrutó de todas las atracciones. En muchas de ellas, me senté junto a él mientras Camila nos tomaba fotos a los dos. Por último, le pedimos a alguien que nos tomara una foto a los tres en el parque de atracciones.

—Claro que sí —dijo el hombre al que le pedimos mientras hacía clic en una foto de nosotros desde mi teléfono.

—Muchas gracias —dije, recuperando el teléfono.

—No hay de qué —sonrió—. Tienen una hermosa familia.

Familia. Sonaba tan bien. Miré de nuevo a Camila. Ella también lo había escuchado.

—¿Deberíamos irnos?

—Sí, claro —dije, preguntándome por qué había reaccionado tan extrañamente cuando el hombre se refirió a nosotros como una familia.

Aún era demasiado pronto en nuestra relación para empezar a pensar en cosas así. Pero no pude evitar preguntarme cómo sería si nuestra relación se volviera más seria. ¿Sería capaz de asumir a Caleb como mi hijo y ser un buen padrastro para él?

Antes de que pudiera llegar a la respuesta, Caleb vino y se abrazó a mi pierna. Supe entonces que mi respuesta iba a ser sí.

El resto de la tarde la pasamos en el parque. Me encantaba ver a Caleb tan feliz, y fue una gran oportunidad para estrechar lazos con Camila. Pero el viaje de vuelta a casa fue largo, y al final del día, los tres llegamos a casa agotados.

—Estoy tan cansada —Camila estaba estirada frente a mí en su sofá.

Había venido a su apartamento. Caleb se había quedado dormido en el camino y Camila ya lo había acostado tranquilamente en su habitación.

Esto significaba que Camila y yo finalmente teníamos un momento a solas.

—Mm —tracé mi mano contra el lado de su mejilla. Su piel era increíblemente suave. Era como si estuviera hecha de satén—. ¿Te lo pasaste bien hoy?

—Tuve el mejor día —dijo, y me acerqué más a ella para quedar tumbado encima suyo horizontalmente en el sofá.

—No lo terminemos aún —dije, respirando su aroma. Siempre olía tan bien. Como una mezcla

de floral y dulce—. Deberíamos ir a un lugar más privado.

Fui audaz en mi sugerencia. Habían pasado unas semanas desde que empezamos a salir, pero ella nunca se había quedado a dormir. Quedarse a dormir significaba que estaría en la misma cama que yo esta noche. Una gran parte de mí esperaba que no rechazara mi petición.

Su pecho subía y bajaba. Una mirada inquisitiva se posó en sus facciones mientras decidía.

En ese momento, me pareció irresistible, así que me incliné hacia adelante y capturé sus labios en un beso.

—¿Por favor? —susurré contra sus labios antes de volver a inclinarme y plantar otro beso.

—Mm —exhaló un suspiro satisfecho—. Cuando lo dices así, es difícil para mí decir que no.

—Entonces no digas que no —insistí—. Déjame quedarme contigo esta noche.

No podía explicar la emoción que estalló dentro de mí cuando asintió.

—De acuerdo.

Me levanté del sofá y la tomé en mis brazos.

—Vamos al dormitorio —dije, sin romper el contacto visual mientras la llevaba a su habitación.

Me miró con los párpados entrecerrados. Podía ver el deseo que tenía por mí en su expresión.

Tan pronto como la puerta del dormitorio se cerró detrás de mí, la acorralé contra ella y comencé a besarla. Ella correspondió a mi pasión, enredando sus manos en mi pelo y atrayéndome más hacia ella.

—Te deseo, Camila —dije entre besos, con la respiración entrecortada y el cuerpo tenso de deseo.

—Mmm —respiró—, yo también te deseo.

La arrojé sobre su cama, solo para unirme a ella un momento después mientras dejaba un rastro de besos por su cuello. Ella empezó a tirar de mi camisa, y no perdí tiempo en quitármela.

—Tu turno —dije, jugando con el dobladillo de su vestido. Al momento siguiente, su vestido

estaba tirado en el suelo, y ella quedó en bragas y sujetador.

Mi boca se abrió mientras contemplaba la visión de su cuerpo.

—Joder —exhalé antes de atacarla de nuevo con besos—, estás demasiado buena.

—Deja de hablar —me calló profundizando el beso, y difícilmente podía negarme. Sus manos se deslizaron hasta los botones de mis pantalones, y la ayudé a quitármelos.

Una vez que me quité la ropa interior, mi erección ya dura saltó libre. Sus ojos se agrandaron ante la vista, pero se recuperó rápidamente cuando envolvió una de sus manos alrededor de su eje.

Me miró como buscando confirmación de lo que quería hacer a continuación. Yo solo pude dejar escapar suspiros de aliento, habiendo perdido aparentemente la capacidad de formular frases coherentes cuando su mano estaba en mi pene. Me sonrió antes de arrodillarse frente a mí.

—Oh, Dios mío —gemí al sentir su cálida boca envolver mi longitud—. Joder, Cam. Sigue.

Movió su cabeza arriba y abajo, girando su lengua por el punto más sensible. Me invadió el placer, echando la cabeza hacia atrás y gimiendo fuertemente.

—Voy a correrme aquí mismo si no paras pronto —dije con voz dolida mientras la apartaba suavemente, aunque mi cuerpo estaba en puro éxtasis por lo que estaba haciendo con su boca.

—Qué halago —me guiñó un ojo.

—Tal vez —respondí, atrayéndola de nuevo a la cama y poniéndome encima de ella—. Pero necesito follarte primero antes de correrme. Las damas primero.

Antes de que pudiera responder, me introduje dentro de ella. Dejó escapar un pequeño grito ante la sensación, y sus uñas se clavaron más profundamente en mi espalda. Se sentía tan cálida, y sentí como si fuera a estallar dentro de ella en cualquier momento. Pero quería que ella tuviera su orgasmo primero. Captando las señales que su cuerpo me daba, aceleré mis movimientos y comencé a embestir con más fuerza.

No pasó mucho tiempo hasta que ella estaba gimiendo mi nombre, atrayéndome hacia ella. Verla correrse me hizo estallar a mí también.

Después de que ambos llegáramos juntos, me giré a su lado. Acostada junto a mí en ese momento, parecía la mujer más hermosa que jamás había visto.

—Eso fue increíble —le dije.

—Mm —dijo ella, acurrucándose contra mí—. Lo fue.

Tenerla tan cerca estaba excitándome de nuevo. Sabía que esta no sería la única ronda que tendríamos esta noche.

Capítulo 18 Roger

La sonrisa más grande se extendía por mi rostro. Camila yacía a mi lado mientras yo dibujaba perezosamente pequeños círculos en su espalda expuesta.

—¿Qué? —me dijo cuando se dio la vuelta y vio la enorme sonrisa en mi cara.

—Nada —respondí—. Solo estoy feliz.

Me lanzó una mirada, pero sabía que ella se sentía exactamente de la misma manera.

—Debería ponerme algo de ropa —dijo, haciendo un movimiento para levantarse de su lado de la cama.

La agarré de la muñeca para evitar que se fuera.

—No, no lo hagas —dije en voz baja—. Te ves perfectamente bien sin ella.

Dejó escapar una pequeña risa.

—¿Perfectamente bien? —preguntó en tono burlón, arqueando ligeramente una ceja.

—Increíblemente sexy, no-puedo-creer-que-tuve-tanta-suerte, etérea, ardiente —enumeré—. ¿Necesitas que siga?

—Eres muy tierno —se rio y luego se inclinó para darme un pequeño beso en la mejilla—. Pero de todos modos necesito ir al baño.

Antes de que pudiera levantarse de nuevo, envolví mis brazos alrededor de su cintura y la inmovilicé contra mi pecho.

—No antes de que me des un beso como es debido —dije, acercando mis labios peligrosamente a los suyos.

Sentí que su patrón de respiración cambió inmediatamente y se aceleró un poco. Me miró con ojos entrecerrados, y pude ver el deseo en ellos.

—Si hago eso —susurró en voz baja—, puede que no salga de esta cama.

Su voz sensual, junto con la expresión sexy en su rostro, fue suficiente para volverme loco. Me presioné contra ella, sin darle espacio para escabullirse. Dejó escapar un jadeo cuando sintió mi longitud sobresaliendo y rozándola.

—¿Otra vez? —preguntó, con los ojos muy abiertos—. Acabamos de terminar tres rondas.

Me reí.

—Cuando estás aquí sentada luciendo tan sexy, ¿puedes culparme realmente?

—Mmmm, supongo que no —finalmente me besó apropiadamente.

Cuando se apartó, todavía quería más. Pero ella negó con la cabeza, finalmente zafándose de mi agarre.

—Volveré enseguida.

Gruñí en protesta, pero aún así admiré cómo su trasero desnudo se movía detrás de ella mientras se alejaba de la cama.

—No tardes mucho —le dije, levantándome también de la cama—. Te extrañaré demasiado.

No podía creer que aún no nos hubiéramos dicho te amo, y aun así, me encontraba infatuado con ella. Era como si fuera el aire, y necesitara tenerla a mi alrededor todo el tiempo.

Habíamos pasado las últimas horas en la cama, rara vez enfocándonos en algo que no fueran nuestros cuerpos. Pero ahora que ella se había ido, tuve la oportunidad de mirar alrededor de su habitación.

Caminé, echando un vistazo a su estantería. Aunque ahora estábamos saliendo, todavía había mucho que no sabía sobre ella.

Me sorprendió ver la cantidad de libros de diseño en su estante. Tomé uno que tenía las esquinas dobladas. Por el desgaste, pude notar que lo había revisado más de unas cuantas veces.

Mientras hojeaba sus páginas, vi su escritura en la última página.

"Para mi yo del futuro,

Volveré y firmaré este libro cuando sea la diseñadora más grande del mundo. ;)"

Una sonrisa apareció en mi rostro mientras lo leía. Era ambiciosa, y eso me gustaba.

La curiosidad pudo más que yo, y me encontré revisando el resto de su estante hasta que finalmente puse mis manos en un gran archivo etiquetado como diseño.

Miré hacia la puerta del baño. Aún no había regresado, y lo tomé como una oportunidad para hojear algunos de sus diseños.

—Vaya —las palabras escaparon de mis labios mientras pasaba las diferentes páginas.

Este era un trabajo excepcional. Inmediatamente saqué mi teléfono y tomé algunas fotos para referencia posterior.

Todavía estaba estudiando sus diseños cuando escuché que se cerraba la puerta del baño.

—Oh, vaya, ¿dónde encontraste eso? —dijo cuando me vio sosteniendo la carpeta. Su tono tenía un toque de vergüenza.

—Camila —dije, levantando la vista de la carpeta—, esto es asombroso.

Estaba maravillado. Pero su reacción fue indiferente.

—Esos son solo algunos de mis viejos diseños —se encogió de hombros y volvió a sentarse en la cama—. Puedes guardar eso ahora y venir a sentarte conmigo en la cama. Creí que me extrañabas.

Podía notar que estaba tratando de restarle importancia a su talento. Pero no iba a dejar el tema tan fácilmente.

Me senté a su lado con el archivo aún en mis manos.

—No tenía idea de que tuvieras tanto talento —dije con sinceridad.

Se sonrojó pero rápidamente lo ocultó haciendo una broma.

—Iba a contarte sobre la oferta de 5 millones de dólares que recibí para vender mis diseños antes, pero me distrajiste.

—Hablo en serio, Camila. Estos son realmente buenos. ¿Tienes tu propio estudio?

Camila se encogió de hombros.

—He intentado abrirme camino un par de veces a lo largo de los años. Supongo que hacerlo en grande no es para mí.

—Eso es ridículo —le dije—. Cualquier agencia debería estar desesperada por contratarte con la cantidad de talento que tienes.

Se quedó callada por un momento, y me pregunté si había dicho algo que desencadenara un mal recuerdo. Un ceño fruncido se instaló en sus facciones.

—Supongo que nunca llegué a completar mi carrera —finalmente admitió con un suspiro—. Es difícil que alguien te tome en serio cuando no tienes las credenciales en papel.

—¿De Princeton?

Ella asintió con la cabeza.

—Mi último semestre fue... —hizo una pausa antes de reírse—, bueno, digamos que fue turbulento. Fue cuando me enteré de que estaba embarazada.

—¿Y eso te hizo perder el enfoque en la escuela?

—Supongo que se podría decir así —admitió—. Fue algo realmente inesperado, y como era la única madre en escena, las cosas se volvieron difíciles de manejar por mi cuenta.

—Caleb es hermoso, sin embargo —añadí—. Estoy seguro de que sentiste que valió la pena a largo plazo.

—No me arrepiento de haber decidido tenerlo. Solo creo que solía tener sueños más grandes cuando comencé mi camino en el diseño —se lamentó.

—¿Y qué te impide perseguir esos sueños ahora?

Ella se rió.

—Lo primero es que ni siquiera tengo un título terminado. Ese tipo de cosas importan cuando estás tratando de abrirte camino al principio. Y luego, bueno, tuve mi oportunidad una vez y la desperdicié.

—¿A qué te refieres? —Deslicé mi mano en la suya mientras ella continuaba hablando. Podía notar que este era un tema difícil para ella, y quería sostener su mano en cada paso del camino.

—Tuve la oportunidad de competir en un concurso que tenía a uno de los mejores diseñadores. Si hubiera ganado, habría tenido la oportunidad de trabajar con ellos. Pero mi ansiedad pudo más que yo, y acabé no presentándome el día de la competición.

Escucharla hablar sobre sus luchas solo me hizo querer abrazarla y decirle que yo haría que todo desapareciera.

—Creo que no deberías renunciar a tu sueño todavía.

Ella se rió de mi sugerencia.

—Es demasiado tarde ahora. Lo mejor que puedo hacer es ser una diseñadora fantasma, trabajando por un salario miserable —su tono era melancólico.

—No, creo que deberías volver a Princeton.

Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿Hablas en serio? —dijo, riendo.

—Sí, de hecho, conozco a algunas personas en el Departamento de Diseño que podrían permitirte terminar tu carrera cursando tu último semestre. Sería una gran oportunidad para avanzar en tu carrera ahora que Caleb es un poco mayor.

Se mordió el labio en un gesto que pensé que significaba que estaba considerando mi sugerencia.

—No sé —suspiró—. Han pasado tantos años, y ahora vivo en Filadelfia.

En secreto, esto era lo que me preocupaba también. Mi trabajo solo me tenía aquí de forma temporal. Cada día intentaba asumir más responsabilidades para prolongar mi tiempo aquí, pero sabía que tarde o temprano tendría que irme. Si ella viniera a Princeton, funcionaría perfectamente para mí. Estaría en la misma ciudad y podríamos continuar nuestra relación.

Le di un pequeño apretón de aliento a su mano.

—Vamos, Cam. Te ayudaré con el proceso de readmisión y todo. No puedes dejar pasar esta

oportunidad.

—Tal vez —suspiró—. Haría las cosas mucho más fáciles para mí.

—Haré algunas llamadas mañana y te diré exactamente lo que necesitamos hacer para que vuelvas a Princeton.

—¿Harías eso por mí? —preguntó.

—Por supuesto.

Haría cualquier cosa por ti, pensé para mis adentros. Pero no me atreví a decirlo en voz alta en ese momento. No quería asustarla siendo tan intenso tan pronto.

—De hecho, creo que tengo contactos con Cyril. Es un diseñador de primer nivel, y creo que puedo conseguirte una oportunidad para trabajar con él si muevo los hilos adecuados —le dije de manera entusiasmada.

Ella se quedó helada.

—Cyril —dijo.

—Sí. Debes conocerlo.

Asintió y luego apartó su mirada de la mía y en su lugar comenzó a enfocarse en un punto aleatorio en el suelo.

—¿Dije algo que te molestara? —pregunté, genuinamente preocupado por su cambio de humor.

—No, no lo hiciste. Es solo que cuando mencionaste a Cyril, me trajo algunos recuerdos desagradables.

—No quise hacer eso —dije, acercándola más a mí.

—Está bien.

—¿Vas a considerarlo entonces? Si te mudas, podríamos estar juntos.

Lancé la última frase como una última carta de negociación. Esperaba que mordiera el anzuelo y aceptara. Nada me haría más feliz.

—Lo pensaré —dijo, de repente en un estado de ánimo pensativo—. Estoy cansada ahora, y creo que debería volver a la cama.

Me besó en la mejilla y luego se metió de nuevo en su cama. Me quedé confundido sobre qué la hizo volverse tan fría de repente.

La observé mientras se quedaba dormida. Aunque estaba aquí conmigo, todavía no sabía mucho sobre ella.

Y quería hacer todo lo posible para averiguarlo.

Capítulo 19 Camila

—Llámame cuando estés libre —Roger me besó en la frente antes de salir de mi casa.

Por la forma en que se comportaba, parecía que ya era mi novio. Pero aún no habíamos tenido una conversación sobre el estatus de nuestra relación. Me saqué de mis pensamientos y me di cuenta de que era hora de enviar a Caleb a la escuela.

—Que te diviertas hoy en la escuela —le dije mientras guardaba su almuerzo en la mochila. Él asintió con entusiasmo. Siempre estaba tan emocionado de ir a la escuela. Me alegraba el corazón ver la energía pura que tenía cada mañana.

—Te extrañaré, mami —me dio un pequeño abrazo, y lo envié a la escuela con el vecino. Sus hijos iban a la misma escuela que Caleb, y era lo suficientemente amable para llevarlo también.

Volví a la cocina y comencé a preparar el desayuno para mí. Mi ropa todavía olía a Roger de anoche, y mientras su aroma me rodeaba, no podía sacármelo de la mente.

Seguía pensando en lo que me había dicho antes sobre volver a Princeton y terminar mi carrera. Claro, era algo en lo que yo también había pensado antes. Princeton era una universidad muy prestigiosa, y tener el título en mi currículum me abriría infinitas puertas.

Mi excusa para no volver antes siempre había sido que Caleb era demasiado pequeño. Pero ya no era un bebé, y no podía usarlo como excusa. La verdad era que me daba miedo volver después de todos estos años.

Se me encogió el corazón al pensar en Roger volviendo a casa después de terminar su trabajo aquí en mi ciudad. El destino nos había reunido una vez más. Sería una tonta si lo dejara escapar.

—Ni siquiera sabes si realmente le gustas —expresé el pensamiento intrusivo que me carcomía en el fondo de mi cabeza.

Era una vieja inseguridad que volvía a asomar su fea cabeza. Había pasado todos mis años de universidad siendo ignorada por él, y ahora que me estaba dando toda esta atención, me resultaba difícil de creer. Sentía como si alguien fuera a saltar de detrás del sofá en cualquier momento y decirme que todo esto era una broma y que Roger seguía siendo demasiado genial para salir conmigo.

—Te dijo que lo llamaras cuando estuvieras libre —me recordé nuestra interacción de esta mañana—. ¿Por qué haría eso si no quisiera tener nada que ver contigo?

Terminé de hacer mi desayuno y puse mis huevos en el plato. Mi tenedor raspó la suave superficie de cerámica, haciendo un ruido desagradable mientras jugaba distraídamente con mi comida.

De repente, noté que había alguien más en la habitación conmigo. Levanté la vista y vi a mi padre de pie en la puerta de la cocina, mirándome fijamente.

—¿Buenos días? —Salió más como una pregunta que como un saludo. La expresión concentrada que tenía en su rostro me desconcertó, y no entendía por qué me miraba de manera tan críptica.

—Camila —pronunció mi nombre—. ¿Puedo decirte algo?

Asentí, completamente inmersa en esta conversación ahora. Ni siquiera eran las 9 de la mañana, y mi padre ya estaba actuando de manera tan extraña.

—Por favor, adelante —le di un gesto alentador.

—Puedo ver que hay algo en tu mente —dijo.

—¿Cómo lo supiste?

—Soy tu padre. Siempre puedo saber cuando algo te sucede —respondió.

Me encogí de hombros. —Bueno, espero que también tengas algún consejo para mí.

Me miró por un largo momento, como si estuviera considerando cuidadosamente sus palabras.

—Sea lo que sea que quieras hacer, simplemente hazlo sin dudarlo —dijo antes de desaparecer de nuevo en su habitación.

Me quedé mirando el espacio vacío donde había estado hace un momento con una expresión de asombro en mi rostro.

¿Cómo pudo darme un consejo tan relevante? Pero para ser justos, era de esperarse de él. Mi papá tiene un don para soltar pequeñas perlas de sabiduría en momentos aleatorios. Y generalmente, sus consejos eran acertados.

Y esta vez, su consejo llegó en el momento adecuado. Fui a mi habitación y comencé a revisar mi antiguo catálogo de diseños.

—Vaya —exhalé mientras pasaba las páginas. Estos diseños tenían años, pero seguían siendo bastante buenos. Sabía que tenía talento y lo estaba desperdiciando al no aplicar todo mi potencial.

—Lo haré —me dije a mí misma—. Voy a volver a Princeton.

Estaría mintiendo si dijera que la idea no me emocionaba un poco.

Tomé mi teléfono para llamar a Roger y decírselo inmediatamente. Pero mis nervios me ganaron de nuevo, y lo volví a dejar. Ni siquiera había pasado una hora desde que se fue de mi casa. Parecería demasiado dependiente si lo llamaba ahora.

Así que decidí esperar hasta la tarde para decírselo. Mientras tanto, había una cosa más importante que tenía que hacer.

Más tarde, fui a recoger a Caleb de la escuela. Tan pronto como me vio parada afuera, su rostro se iluminó de felicidad y vino corriendo directamente hacia mí.

—¡Mami! —dijo emocionado mientras saltaba a mis brazos.

—Te voy a llevar a comer tu helado favorito —sonreí.

Cuando llegamos a la heladería, la emoción de Caleb estaba por las nubes. Quería pedir todos los sabores que había en el menú. Normalmente, no le dejaba comer azúcar a menos que hubiera una ocasión especial.

Y era una ocasión especial. Quería asegurarme de que estuviera del mejor humor antes de darle la noticia.

—¿Cómo estuvo tu día en la escuela? —le pregunté, tratando de abordar el tema sutilmente.

Estaba demasiado ocupado con su helado para prestarme atención. Levantó brevemente la vista de su copa hacia mí.

—Estuvo bien. Hoy dibujamos árboles y los coloreamos —dijo con helado chorreándole por un lado de la cara.

—Eso está bien. ¿Sabes que mami también solía ir a la escuela, como tú?

Sus ojos se agrandaron como si le hubiera contado la noticia más extraña de su vida. —¿En serio? ¿Tu maestra también te daba tarea?

Sonreí ante su inocente respuesta. —Sí, y siempre me aseguraba de completarla a tiempo.

—Eso es genial.

Hice una pausa por un momento, sin saber cómo decírselo.

—¿Qué dirías si te dijera que mami ha decidido volver a la escuela?

Su rostro se apartó del tazón de helado; ahora estaba completamente interesado en esta conversación.

—¿Eso significa que vendrás a clase conmigo?

—No, mami irá a una escuela para adultos —dije riendo.

—Vaya, una escuela para adultos —dijo.

—Pero tendremos que mudarnos de la casa del abuelo y vivir en una nueva ciudad —dije, examinando cuidadosamente su expresión en busca de una reacción.

—¿Eso significa que tendré que ir a una nueva escuela? —Su pequeña frente se arrugó con confusión. Pude percibir un dejo de tristeza en su voz.

—Sí, pero allí harás muchos amigos nuevos —dije y luego hice una pausa por un momento—, además, Roger estará allí.

—¿Roger? —El ánimo de Caleb mejoró de inmediato en cuanto mencioné su nombre.

—Sí —asentí.

—Me cae bien Roger.

Medité sobre qué palabras decir a continuación. Caleb crecía día a día, y sabía que no podía mantener en secreto la identidad de su padre por mucho más tiempo. Los niños son naturalmente curiosos y hacen muchas preguntas. Me resultaba difícil hacerlo, pero sabía que lo correcto era

decirle quién era Roger para él. Le ahorraría mucha confusión en el futuro.

—Si te contara un secreto, ¿lo guardarías?

Caleb asintió con entusiasmo.

—Roger... bueno, no es solo un extraño —dije, con el corazón latiendo rápidamente—. En realidad, es tu padre.

Para mi sorpresa, Caleb simplemente empezó a saltar de emoción.

—¿Mi papá? —sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque era un secreto —dije, feliz de que tomara bien la noticia. Todavía era demasiado pequeño para entender muchas cosas, pero al menos no tuvo una mala reacción.

—¿Puedo decírselo a mis amigos? —preguntó.

—No, tienes que guardártelo para ti por ahora —le instruí—. Ni siquiera puedes mencionárselo a tu papá todavía, ¿de acuerdo?

Asintió solemnemente y extendió su mano para que yo la estrechara.

—Lo prometo.

No podía mentir. No esperaba que Caleb lo tomara tan bien como lo hizo. Mi curiosidad pudo más que yo.

—¿Por qué te pusiste tan contento cuando te lo dije?

Caleb se encogió de hombros antes de inclinarse sobre la mesa y juntar sus manos.

—Quiero mucho a Roger —dijo—, juega conmigo, me da juguetes y me hace reír. Y le gusta Batman. A mí también me encanta Batman.

Las lágrimas comenzaron a agolparse en mis ojos. Siempre me había sentido culpable de que Caleb tuviera que crecer sin tener a su padre en su vida. Pero más que eso, me preocupaba que si algún día volvía a su vida, no lo aceptara. Verlo aceptar a Roger fue un alivio para mí. Por primera vez desde que Caleb nació, no tuve que preocuparme de que tuviera que crecer en una familia incompleta. Sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

—Mami, ¿por qué lloras? —Caleb tocó suavemente mi hombro.

—Son lágrimas de felicidad —dije, limpiándome los ojos—. Ahora ven, déjame comprarte otro helado antes de que tengamos que volver a casa.

Cuando volví a casa, estaba de muy buen humor. Dejé a Caleb jugando en la sala y desaparecí en mi habitación para tener algo de privacidad y poder hacer una llamada telefónica.

Marqué el número de Roger, preguntándome si estaría ocupado y si tendría tiempo para hablar conmigo. Para mi sorpresa, contestó al primer timbre. Era casi como si estuviera esperando mi llamada.

—Hola —me saludó desde el otro lado de la línea—. Justo estaba pensando en ti.

—Qué coincidencia —admití con una pequeña risa—, yo también estaba pensando en ti.

—Vaya, debe ser una señal —bromeó—. ¿Qué estás haciendo?

—Oh, nada —dije, paseando por mi habitación. Me sentía un poco nerviosa ya que estaba a punto de contarle sobre una decisión muy importante que había tomado.

—Camila —dijo con conocimiento de causa—, puedo notar que hay algo en tu mente. Dímelo inmediatamente.

—¿Podemos hablar primero de cómo te fue el día? —dije, buscando cualquier excusa para retrasar la conversación.

—Está bien —suspiró, cediendo—. Lo dejaré pasar por ahora. Pero solo porque creo que eres linda. Y en cuanto a cómo me fue el día, estuvo lleno de muchas reuniones. Ya sabes cómo es habitualmente.

—Tus días deben estar repletos —dije—. Eres un hombre ocupado.

Sabía que Roger tenía un trabajo importante como alguien que dirigía una empresa tan grande como la suya, pero escucharlo hablar sobre su día lo hacía todo aún más real para mí.

—Sí —trató de restarle importancia como si fuera algo casual—, pero nunca estoy demasiado ocupado para hablar contigo.

Sentí que mis mejillas ardían y rápidamente aclaré mi garganta. —En realidad, te llamé para contarte algo importante.

—¡Por fin! Lo sabía —exclamó—. ¿Qué es? Tienes toda mi atención.

Fruncí los labios. —He decidido volver a Princeton.

—¡Camila! Esto es lo mejor que me has dicho —pude sentir lo feliz que estaba por su voz.

—Sí, bueno, pensé en lo que dijiste, y tienes razón. Terminar mi carrera será lo correcto para mí en este momento.

—Eso es perfecto. No tienes idea de lo feliz que me acabas de hacer con esto —dijo.

—Y bueno... ya sabes, pensé que me daría la oportunidad de pasar más tiempo contigo también.

Se quedó callado por un momento. —No desearía nada más que eso.

—Bueno, empezaré a hacer los preparativos.

—No tienes que hacer nada. Yo me encargaré de todo. Hablaré con mi red de ex alumnos ahora, y podremos hacer que comiences las clases tan pronto como la próxima semana.

—Eso... eso sería genial.

—No te preocupes, yo me encargo.

Al terminar la llamada, sentí que una cálida sensación de felicidad me invadía. Se sentía bien que me cuidaran así.

Cuando volví a la sala, todavía llevaba la sonrisa que Roger me había provocado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Caleb mientras me sentaba a su lado.

—Estaba al teléfono con tu papá —le dije, aún sonriendo.

—¿Puedo verlo otra vez? Lo extraño —admitió tímidamente.

—Lo verás muy pronto.

Antes de que pudiera responder, mi padre entró en la sala.

—¿Estás considerando mudarte de vuelta a Nueva Jersey? —me preguntó.

Asentí. —Creo que sería algo genial para mí si vuelvo y termino mi carrera. Iba a decírtelo pronto.

—Creo que es una buena idea —me dijo—. Deberías hacerlo.

—No tienes idea de cuánto significa para mí tu apoyo.

—Sabes que siempre voy a apoyarte, pase lo que pase —dijo—. Disculpa un momento.

Desapareció de la habitación. Cuando regresó, se acercó a mí y, sin decir una palabra, puso un gran fajo de billetes sobre la mesa frente a nosotros.

—Esto es para ti —dijo—. Llévatelo a Nueva Jersey. Te será útil.

Capítulo 20 Camila

Nerviosa era una forma de describir lo que estaba sintiendo. Cuando mi avión aterrizó en Nueva Jersey y salí de él con Caleb a mi lado, recordé mi antigua vida.

La última vez que había estado en esta ciudad era cuando todavía era una estudiante universitaria despistada que acababa de descubrir que estaba embarazada. La vida no tenía mucho sentido entonces. Al regresar años después, sentía que había crecido significativamente desde la última vez que estuve aquí, tanto literal como metafóricamente, ya que Caleb era mayor ahora.

Pero tan pronto como vi a Roger esperando para recogernos, todas mis preocupaciones se desvanecieron. Me abrazó en cuanto me vio.

—Bienvenida a Nueva Jersey —sonrió y levantó a Caleb en sus brazos.

—¿Viniste a buscarme tú mismo? Pensé que tenías una reunión importante a esta hora —dije mientras empezábamos a caminar.

—La moví para más tarde. Te lo dije, nunca estoy demasiado ocupado para ti —dijo de manera tranquilizadora.

Después de recoger mi equipaje, Roger nos llevó a su coche. Se aseguró de abrirme la puerta, y me quedé embelesada por lo caballero que era. Claramente lo habían criado bien, y se notaba en sus modales cotidianos.

—Ya he arreglado tu alojamiento, así que no tienes que preocuparte por nada —me dijo cuando estábamos en el coche.

—No tenías que hacer eso —dije—. Ya me has ayudado mucho con mi proceso de admisión en Princeton.

—Quiero hacerlo —dijo, tocando suavemente mi mano—. No tienes que preocuparte por nada cuando estoy aquí contigo.

Sonreí. —Realmente sabes cómo hacer sentir especial a una chica, ¿verdad?

Él se rio. —Lo intento. No puedo mentir; me habría gustado más que vivieras conmigo. Pero me preocupaba que pensaras que estábamos yendo demasiado rápido.

—Sí, quizás tengas razón —admití, pero no pude evitar fantasear sobre cómo se sentiría vivir con él y despertar en la misma cama juntos cada mañana. Caleb finalmente tendría una familia completa.

—Pero no te preocupes —sonrió, sacándome de mi ensoñación—, me aseguré de que tu apartamento no esté demasiado lejos del mío. Prácticamente estamos a distancia de caminar.

—Oh, eso es genial —sentí una ola de alivio—. No creo que conozca a mucha gente en la ciudad ya, y es agradable tener una cara familiar cerca.

—Le pedí a mi asistente que buscara algunas buenas opciones para la escuela de Caleb, también —dijo—. Deberíamos visitar algunas cuando estés libre y asentada.

Era tan considerado, pero nunca lo hacía parecer como si me estuviera haciendo un favor. Mientras seguía conduciendo, me encontré mirándolo con asombro.

—¿Qué? —se volvió para mirarme cuando notó que lo estaba observando—. ¿Tengo algo en la cara?

—No, no es nada —dije, desviando rápidamente la mirada.

Los siguientes días transcurrieron sin problemas. Roger me ayudó en cada paso del camino, haciendo que mi proceso de mudanza fuera lo más fácil posible. Los dos visitamos varias escuelas donde podríamos inscribir a Caleb. Hubo un momento en que la maestra pensó que estábamos juntos.

En mi primer día de clases, estaba nerviosa por volver al campus. Había dejado atrás la vida de estudiante durante tanto tiempo que me parecía intimidante volver ahora.

Entré al campus y mis nervios estaban por todas partes. Ver multitudes de estudiantes mucho más jóvenes que yo me intimidaba.

Aún perdida en mis pensamientos ansiosos, mi teléfono sonó. Lo saqué para ver que había recibido un nuevo mensaje de texto.

«Arrasa hoy, estoy apoyándote».

La sonrisa que apareció en mi rostro fue enorme. Era increíble cuánta confianza me daba un simple mensaje de texto. A partir de ese momento, caminé con un resorte en mis pasos. Sentía

que podía conquistar cualquier cosa.

Sabía que estaba empezando a depender demasiado de Roger. Una parte de mí pensaba que estaba siendo tonta. Después de todo, ni siquiera estábamos oficialmente en una relación, aunque él actuaba como mi novio. No me había invitado a salir desde que me mudé a Nueva Jersey. Pero incluso si era tonto encariñarme tanto con él tan pronto, no podía evitarlo. Estaba empezando a sentirse como mi hogar.

Mi primer día de clases fue mejor de lo que esperaba, y tan pronto como terminé, llamé a Roger para contárselo antes que a nadie.

—¿Adivina quién acaba de tener el mejor primer día de regreso? —anuncié emocionada por teléfono.

—Camila, la única e inigualable. ¿Quién más podría ser? —se rio.

—Gracias por el impulso de confianza de antes —dije, mordiéndome el labio—. Lo necesitaba y me ayudó mucho.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no tienes que seguir agradeciéndome por estas cosas?

—Es la costumbre.

—Escucha, creo que deberíamos salir a celebrar hoy. Ya he arreglado una niñera para Caleb, y estaré allí para recogerte en diez minutos.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? Pero ni siquiera estoy vestida para eso —exclamé.

—Estoy seguro de que te verás bien de todas formas. Ahora basta de hablar. Voy a buscarte.

No tuve más remedio que aceptar. Roger siempre me convencía; era como un arma secreta. O tal vez simplemente me costaba decirle que no.

Me llevó a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Solo al entrar, supe que este lugar iba a ser caro.

—No tenías que hacer esto —le dije mientras nos sentábamos a la mesa—. Solo fue mi primer día de vuelta en la universidad. No es como si fuera un gran logro.

—Tienes que dejar de minimizar tus logros de esa manera —me dijo con una expresión seria—. Es un gran paso en la dirección correcta. Además, tenía buenas noticias para ti y pensé que este sería un buen lugar para decírtelas.

Mi ceja se alzó. —¿Buenas noticias?

—Sí —me dio una expresión tímida—. Puede que haya hecho algunas llamadas.

—Roger, ¿qué es? La anticipación me está matando.

—Está bien, está bien. Señorita Impaciente. Te lo diré. Esta mañana hablé por teléfono con Cyril, el diseñador. Estoy seguro de que has oído hablar de él.

—¿E-L Cyril? Por supuesto.

—Bueno, me conoce bastante bien, y le propuse la idea de esta joven y talentosa diseñadora que necesita su gran oportunidad. Y estuvo totalmente de acuerdo. Quiere conocerte mañana.

Me quedé atónita. Recordé lo imposible que parecía hace unos años estar siquiera en la misma habitación que Cyril. Y aquí estaba Roger, que acababa de organizar una reunión en persona con él para mí.

—Estoy... es increíble, pero no puedo evitar sentirme nerviosa —admití después de haber tenido la oportunidad de recoger mis emociones.

—Es natural. Yo también solía estar inseguro cuando empecé a tener estas grandes reuniones con nombres famosos al principio de mi carrera. Pero con el tiempo, me di cuenta de que lo merecía, y mira dónde me ha llevado.

Lo miré fijamente por un momento antes de hablar de nuevo.

—¿Cómo es que siempre sabes qué decir?

Él se rio a carcajadas. —Eso es un secreto. Si te lo digo, tendré que matarte.

El resto de la cena fue increíble. Hacía tiempo que no salíamos solos sin Caleb alrededor. La conversación fluía tan naturalmente entre nosotros dos.

—¿Lista para irnos? —dijo una vez que nos trajeron la cuenta.

Había bebido más de unas cuantas copas de vino en ese momento, y mis inhibiciones se sentían más bajas. Envolví mis brazos alrededor de él mientras salíamos juntos del restaurante.

—Veo que estás de humor —me dijo, notando cómo estaba siendo más cariñosa de lo habitual.

—Solo quiero estar más cerca de ti —solté una risita—. Si eso es un crimen, arréstenme ahora.

Sus ojos se oscurecieron y su expresión cambió. —Oh, me gustaría hacer más que eso.

En el camino de vuelta a mi apartamento, la tensión sexual entre nosotros era palpable. Su mano de alguna manera había llegado a mi rodilla expuesta y estaba haciendo pequeños círculos alrededor de ella.

No habíamos tenido sexo desde que me mudé a Nueva Jersey, pero esta noche lo deseaba. Y por la forma en que me echaba miradas furtivas cada pocos minutos, podía sentir que él quería lo mismo. Pero ambos sabíamos que no era posible ya que Caleb estaba en casa esperándome.

Antes de dejarme, me agarró la muñeca para que no saliera del coche.

—Lo siento, pero me has estado volviendo loco toda la noche —dijo y luego se acercó más a mí —. Necesito hacer esto.

Me besó en los labios y yo le devolví el favor con entusiasmo. Sus manos se enredaron en mi cabello y pude sentir cómo mi pulso se aceleraba. Si dejaba que esto continuara por más tiempo, sabía que a ambos nos costaría dejarlo ir.

—Debería irme —dije, rompiendo abruptamente el beso.

Parecía decepcionado, pero respetó mi decisión.

—De acuerdo —suspiró, alejándose de mí—. Te veré mañana, ¿vale?

Cuando volví a casa, me sentía como una adolescente que acababa de tener su primera cita con su amor platónico. Las mariposas en mi estómago eran incontrolables. Pero sabía que tenía cosas más importantes en las que pensar ahora y no podía dejar que me distrajera.

Tenía que prepararme para mi reunión con Cyril mañana. Esta era una gran oportunidad y no podía estropearla.

Al día siguiente, me vestí con mi mejor ropa y me presenté en la oficina de Cyril. Al entrar por las puertas, observé mi entorno. Era una oficina enorme, e intenté imaginar cómo se sentiría si algún día llegara a trabajar allí. Sería un sueño hecho realidad.

—El señor Cyril la recibirá ahora —me dijo la recepcionista después de que le informara sobre mi reunión—. Tome el ascensor de la izquierda y suba directamente al último piso.

Asentí, tomando una profunda respiración. Era ahora o nunca. No podía dejar que los nervios me dominaran.

Cuando llegué a la oficina de Cyril, intenté parecer lo más confiada posible. Él me miró por encima de sus gafas de sol.

—¿Sí?

—Soy Camila y tenía una reunión con usted hoy para mostrarle algunos de mis diseños.

Cyril me miró de arriba a abajo antes de extender su mano hacia mí para que le entregara mi portafolio. —Solo tengo cinco minutos; puedes tomar asiento.

—Es todo lo que necesito —estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener la compostura, pero por dentro estaba enloqueciendo.

Hojeó las páginas de mi portafolio.

—De hecho, tengo algo más que quiero mostrarle —dije y saqué un broche que había diseñado. Lo coloqué sobre la mesa frente a él—. Creo que el estilo coincide con la identidad de su marca y atraería a un público más joven.

Cyril no pronunció una sola palabra mientras recogía el broche y lo analizaba cuidadosamente.

—Se lo traje como regalo —añadí.

—¿Lo hiciste tú misma? —dijo.

—Sí, es uno de mis muchos diseños.

—¿Y quién te enseñó este trabajo? Es muy intrincado.

—El diseño de joyas ha sido mi pasión desde que tengo memoria. Soy mayormente autodidacta,

pero también fui a Princeton para estudiar diseño. Creo que mi experiencia en la universidad ayudó a pulir mis habilidades.

Cyril finalmente dejó el broche y volvió a revisar mi portafolio. Tenía un verdadero don para crear suspenso, y sentía como si mi corazón fuera a salírseme por la garganta en cualquier momento.

—¿Te ha contactado alguna otra casa de diseño? —preguntó, mirándome directamente.

Negué con la cabeza. —No, mi trabajo es mayormente independiente por ahora.

Comenzó a mirar algunos archivos en su computadora.

—Tengo que decir que estoy impresionado con tu talento. Usualmente, el tipo de personas que entran a estas reuniones 'personales' no tienen talento y tienen los mismos diseños aburridos que puedes comprar en un sitio web de imitaciones en línea. Pero veo originalidad en tu trabajo.

—He trabajado duro en mis diseños —le dije.

—Puedo verlo. Tengo algunas vacantes en la oficina. Tal vez puedas empezar en un puesto junior y veremos si eres una buena opción para nuestra empresa desde allí.

Tuve que contenerme para no abrir la boca. —Eso... eso sería increíble.

—Excelente, entonces haré que alguien de Recursos Humanos se ponga en contacto contigo con tu contrato de trabajo. ¿Cuál era tu nombre de nuevo?

—Camila. Muchas gracias por esto. No lo voy a decepcionar.

Capítulo 21 Camila

Cuando salí de la oficina de Cyril, mi emoción estaba por las nubes. No podía creer que acababa de conseguir el trabajo de mis sueños. Llamé a Roger inmediatamente para darle la buena noticia.

—¿Adivina qué?

—¿Son buenas noticias? —dijo vacilante.

—¡Sí! La reunión fue muy bien y Cyril me ofreció un trabajo.

—No me digas —el tono de Roger reflejaba mi emoción—. Eso es increíble, Cam. Tenemos que celebrarlo. Ahora.

Miré mi reloj. La reunión había terminado antes de lo que esperaba, y sabía que tenía algunas horas antes de tener que ir a recoger a Caleb de la escuela.

—Me apunto —le dije a Roger.

—Ven —dijo.

—¿A tu casa?

—Sí, tendré una botella de vino esperándote.

Paré el taxi más cercano y me dirigí a su apartamento. Era enorme, pero claro, eso era lo que esperaba. El portero me hizo pasar y pronto me encontré en el vestíbulo del apartamento de Roger.

Al entrar, no pude evitar admirar el arte en las paredes. Tenía muy buen gusto.

—Ahí está —dijo Roger, apareciendo en el pasillo—. La mujer del momento. ¿Cómo se siente ser contratada por la mejor agencia de diseño del país en este momento?

Corrí y lo envolví en un abrazo.

—Honestamente, se siente increíble. Esto era literalmente mi sueño más loco.

Nuestras caras estaban cerca ahora, y él me miró con los párpados ligeramente entrecerrados.

—Bueno, los sueños se hacen realidad.

Pensé que iba a inclinarse para besarme, pero en su lugar, simplemente tomó mi mano y me guio por el pasillo de su enorme apartamento. Como había prometido, había sacado una botella de vino para nosotros.

Comenzó a servirme una copa mientras me sentaba en su sofá.

—Hoy, brindamos por ti y tus logros —dijo antes de entregarme una copa.

Me sonrojé y choqué mi copa con la suya.

—No habría podido hacer esto si no hubieras organizado esta reunión para mí.

—Eso no es cierto. Con un talento como el tuyo, habrías sido descubierta de una forma u otra. Era solo cuestión de tiempo.

—Bueno, supongo que tengo que agradecerte por acelerar el proceso —reí, tomando otro sorbo de mi bebida.

Se acercó más a mí en el sofá.

—Siempre supe que lo conseguirías. Necesitas empezar a creer más en ti misma.

Apoyé mi cabeza en su hombro, y él rodeó mi cintura con un brazo.

—Lo intento, pero ayudó escucharlo de alguien más.

Ahora que estábamos tan cerca el uno del otro y podía escuchar el patrón de su respiración, el ambiente cambió por completo. Sabía que no me había invitado solo para tomar una copa de vino con él.

Lo miré.

—Entonces, ¿cómo... celebramos?

—Tengo la idea perfecta —se inclinó y cerró la distancia entre nuestros labios. Su beso comenzó lento, pero yo estaba más que feliz de estar besándolo.

Sus manos comenzaron a vagar, agarrando mi cintura.

—Déjame... ponerte un poco más cómoda —se separó del beso y me llevó a su regazo para que lo estuviera montando. No perdió ni un segundo y volvió a besarme.

Pero esta vez, sus besos eran más exigentes. Su agarre en mi cintura se apretó, y su lengua estaba en mi boca. Enredé mis manos en su cabello, acercándolo más.

Comencé a sentir cómo se excitaba mientras su erección presionaba contra mí. Me froté contra ella, sintiendo la satisfacción de escucharlo gemir suavemente por la sensación.

—Dios, vas a ser mi muerte —susurró contra mi oído con voz ronca—. ¿Sabes anoche después de que nos... um... besamos?

—¿Sí? —dije y me di cuenta de que mi propia voz salía en respiraciones entrecortadas.

—No dejé de pensar en ello durante todo el camino a casa. Todo lo que quería hacer en ese momento era quitarte la ropa y tenerte en el coche, allí mismo.

—Mm, mis disculpas, entonces.

—Sí, deberías disculparte. Me costó conciliar el sueño después de eso —dijo y luego cambió repentinamente nuestra posición en el sofá para que yo estuviera acostada horizontalmente mientras él estaba encima de mí.

—Vas a tener que compensarme —susurró en mi oído antes de dejar un rastro de besos por mi cuello.

Los besos en el cuello eran mi debilidad. Me convertían en un desastre ronroneante. Jadeé mientras sus labios bajaban cada vez más hasta que estuvieron peligrosamente cerca de mis pechos.

—Esto tiene que irse —señaló mi camisa antes de quitármela con un movimiento rápido. Mi sujetador fue el siguiente, y pronto, estaba medio desnuda mientras él volvía a acariciar y besar mis pechos.

—No es justo, tú también necesitas quitarte la tuya —logré decir, aunque mi cerebro se sentía como papilla.

Se deshizo de su camisa en un instante, y me quedé admirando sus abdominales. Pasé mi mano por su pecho desnudo y área.

—Es como si estuvieran hechos de acero.

—No te preocupes, tengo algo para ti que está aún más duro —dijo y presionó su erección contra mí.

Ya no podía soportarlo más y me quité mis propios pantalones y comencé a tirar de la cintura de los suyos.

—No tan rápido —dijo—. Tienes que compensarme por hacerme esperar ayer.

Me apoyó de espaldas contra la esquina del sofá y se zambulló entre mis piernas para comerme. No pude controlar mis gemidos mientras me llevaba al borde del éxtasis.

—Sigue —dije, poniendo mis manos en su cabello mientras movía su boca entre mis piernas.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras olas de placer recorrían mi cuerpo. Pero justo cuando estaba a punto de correrme, se detuvo.

—Qué... —lo miré, mis ojos llenos de confusión y deseo.

—Ya te lo dije —me sonrió con aire de suficiencia—. Tienes que ganártelo.

Procedió a quitarse los calzoncillos, y su erección saltó hacia fuera. Lo empujé de vuelta al sofá y comencé a dejar pequeños rastros de besos por su pecho hasta que mi boca finalmente llegó a donde quería ir.

Besé la punta suavemente, provocándolo. Me encantaba verlo retorcerse así bajo mi tacto.

—Joder —maldijo en voz baja y comenzó a empujar suavemente mi cabeza hacia abajo por su miembro.

Decidí que ya lo había torturado lo suficiente y tomé toda su longitud dentro de mi boca. Dejó escapar un fuerte gemido mientras trabajaba con mi boca arriba y abajo.

—Buena chica —dijo—. Eres tan buena en esto.

Mientras continuaba, podía sentir que estaba cerca. Pero no quería correrse todavía y, en cambio,

se levantó del sofá y comenzó a levantarme con él.

—Ven —tomó mi mano y me llevó hacia la ventana. Vivía en el último piso de su edificio de apartamentos, que tenía una vista increíble del horizonte de la ciudad—. Quiero follarte con vista.

Antes de que pudiera responder, me inclinó de modo que mis manos descansaran contra el alféizar de la ventana y me penetró desde atrás. Ese nuevo ángulo se sentía increíble, y podía sentir sus embestidas mucho más profundas que nunca antes.

—Dime que quieres esto —dijo mientras continuaba embistiéndome.

—Lo quiero —balbuceé.

—No, eso no es lo que debes decir.

—Lo quiero, Roger —gemí su nombre. Eso fue suficiente para llevarnos a ambos al límite, y nos corrimos juntos al mismo tiempo.

Cuando terminamos, me ayudó a limpiarme con una toalla y plantó un beso en la parte superior de mi cabeza.

—Eso fue increíble —dijo, aún sin aliento—. Deberías venir más a menudo.

Me sonrojé, todavía en el resplandor posterior de mi orgasmo. Estiré la mano para agarrar mi ropa descartada que ahora yacía en el suelo, pero me detuvo antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

—¿Realmente necesitas vestirte? —hizo un puchero. En ese momento, parecía un cachorrito, y casi me reí de su expresión.

—Sí, ¿no debería?

—No, me gusta verte sin ropa. Creo que podemos quedarnos aquí sin ellas por un momento —dijo y me tiró en el sofá con él. Me acurruqué en su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo mientras comenzaba a trazar pequeños círculos en la parte posterior de mi brazo.

—¿Planeaste que esto sucediera antes de que viniera aquí? —pregunté.

—Mm, no diría que lo planeé —trató de actuar tímido—, pero después de anoche, estaría mintiendo si dijera que no estaba en mi mente.

Me acurruqué más cerca de él. —Yo también pensé en ello.

—Qué manera de celebrar —dejó escapar una risa ronca, y pude sentir los retumbos en su pecho —. Deberíamos celebrar así más a menudo.

Tenerlo tan cerca de mí así se sentía adictivo. Solo quería acercarme más a él. Me di cuenta de que aún no habíamos tenido una conversación sobre lo que era nuestra relación, pero en este momento, sentía que no era el momento adecuado para sacarlo a colación.

Así que, en cambio, solo enterré mi rostro en su cuello mientras él me abrazaba. Estar aquí con él se sentía correcto, aunque no tuviera claridad sobre la verdadera naturaleza de nuestra relación. Pero por ahora, creo que estaba bien con eso.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, como si de alguna manera hubiera leído mi mente.

—¿Qué? ¿Yo? En nada en absoluto —dije.

—Eres tan transparente —se rio—. Cada vez que hay algo en tu mente, todo tu cuerpo se tensa.

—Bueno, al menos puedo decir que eres una persona observadora.

—Mmm, no particularmente —dijo—, pero me gusta observarte. Sabes, estaba pensando en algo justo el otro día.

Levanté la cabeza de su cuello. —¿Y qué era eso?

—Solo estaba pensando en, bueno, las probabilidades de que nos hubiéramos conocido. ¿No es una locura que fuéramos a la misma universidad, pero nuestros caminos nunca se cruzaron?

Sabía que lo decía de una manera dulce, pero no pude evitar sentir un toque de amargura. Esto me recordó el hecho de que realmente no recordaba haber dormido conmigo todos esos años atrás. Por mucho que tratara de negarlo, dolía un poco.

—Tal vez nos conocimos —dije después de un momento—. Pero simplemente no lo recuerdas.

—Oh, créeme. Si hubiera conocido a una chica como tú en la universidad, seguro lo recordaría.

Mi expresión se volvió fría.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, estoy absolutamente seguro —se rio. Parecía tan confiado en sí mismo que ni siquiera sabía qué decirle a continuación.

Por el momento, simplemente decidí dejarlo pasar. No quería arruinar el dulce momento que acabábamos de tener. Pero persistió en el fondo de mi mente. Sabía que no podía mantener esto en secreto de él para siempre. Si nuestra relación iba a progresar alguna vez, tendría que confesárselo uno de estos días.

Pero tan pronto como se inclinó hacia adelante y me besó de nuevo, me olvidé de todo eso.

Capítulo 22 Camila

Astrid decidió visitarme durante el fin de semana en Nueva Jersey. Me alegré mucho de recibirla. Después de todo, era una de mis amigas más cercanas, y se sentiría maravilloso ver una cara familiar.

La recibí en la puerta, y me entregó una gran caja con la sonrisa más cálida en su rostro.

—¿Para qué es esto? —pregunté, mirando la caja.

—Te traje tu postre favorito de casa —dijo mientras entraba en mi apartamento—. Sé lo golosa que eres y lo mucho que debes haberlo extrañado.

—Me conoces demasiado bien —abrí la caja y le di un mordisco a una de las galletas.

Mientras guardaba la caja en la cocina, Astrid se acomodó y comenzó a recorrer el espacio.

—Este es un lugar realmente agradable, Cam —la oí decir desde lejos hasta que me uní a ella en la sala de estar.

—¿Eso crees? —sonreí—. Yo misma pensé en toda la decoración.

—Impresionante —asintió Astrid con aprecio—. Esta propiedad está justo en el centro de la ciudad, también. Tu agente inmobiliario debe ser muy bueno.

Me mordí el labio mientras me sentaba a su lado. —En realidad, no usé un agente inmobiliario para conseguir este lugar.

Los ojos de Astrid se agrandaron ante la confesión. —¿Me estás diciendo que encontraste este lugar tú sola?

Negué con la cabeza. —Digamos que tuve algo de ayuda —admití un poco misteriosamente.

Astrid inmediatamente se acercó más a mí y juntó sus manos frente a ella. —Creo que tienes mucho que contarme desde la última vez que nos vimos. ¿Tienes novio ahora?

Consideré la idea por un momento. Aunque Roger actuaba como mi novio, nunca se había llamado así a sí mismo.

—No diría que es mi novio.

—Oh —la expresión de Astrid inmediatamente se nubló de preocupación—. ¿Solo se acuestan juntos?

—Es más que eso —no esperaba ponerme tan a la defensiva—. También hacemos otras cosas juntos. Es comprensivo y me ayudó mucho a establecerme. Honestamente, si no fuera por él, toda esta mudanza nunca habría sucedido.

Astrid aún parecía insegura. —¿Y estás segura de que no tiene motivos ocultos?

Suspiré. Aunque se sentía bien que se preocupara por mí, no sabía cómo responder a todas sus preguntas. Se sentía como un interrogatorio.

—No parece el tipo de hombre que tendría motivos ocultos —respondí después de tomar un momento para ordenar mis pensamientos—. Es bastante directo la mayoría del tiempo.

—¿Son exclusivos?

—Supongo que sí —respondí casi instantáneamente.

Astrid soltó una pequeña risa. —Oh, Cam. En estos tiempos, generalmente es más inteligente no asumir eso a menos que hayas tenido esa conversación.

Una extraña inquietud se apoderó de mí mientras pensaba en la idea de Roger viendo a otras mujeres. No se me había ocurrido hasta que Astrid lo mencionó.

—Está muy ocupado —le dije con confianza—. Dudo que tenga tiempo para ver a múltiples mujeres.

—Te sorprenderías —dijo Astrid con voz conocedora—. Pero no me corresponde especular demasiado sobre tu relación. Confío en que tomes las decisiones correctas para ti.

Asentí. —Todavía no es una relación.

Astrid se rio. —A juzgar por la forma en que lo estás defendiendo ahora, sospecho que no falta mucho para que lo sea.

Me sonrojé. Tal vez la idea de estar en una relación con Roger no me desagradaba después de

todo.

Durante los siguientes días, mi agenda estuvo completamente llena. Mi semestre finalmente había comenzado a aumentar la carga de trabajo, y tenía una reunión muy importante con uno de mis clientes en mi trabajo de diseño. Desafortunadamente, eso significaba que no podía ver a Roger tan a menudo como me hubiera gustado.

Lo extrañaba, pero también sabía que si iba a hacer algo de mí misma, tenía que priorizar mi trabajo.

Llegué al restaurante, vestida con mi mejor atuendo para encontrarme con la clienta.

Era una clienta de alto perfil, y por la ubicación que había elegido, se notaba. Era un costoso restaurante de cocina panasiatica que tenía un período de espera promedio de tres meses solo para entrar. La clienta debía tener muy buenos contactos si logró conseguirnos un lugar para una reunión casual durante el almuerzo.

—Hola, tú debes ser Camila —me saludó la clienta mientras se acercaba a nuestra mesa. Me había asegurado de llegar antes que ella para causar la mejor impresión posible.

Me puse de pie para estrechar su mano. —Hola, señora Woods. Es un placer conocerla.

La clienta probablemente estaba a finales de sus cincuenta, pero su sentido de la moda seguía siendo de primera línea. Vestía completamente de negro con lo que supuse era un atuendo de diseñador. Su estilo en joyería era minimalista, y me encontré cruzando los dedos con la esperanza de que le gustaran los diseños que le presentaría.

Después de que ordenamos el almuerzo, se inclinó hacia mí con una expresión seria.

—Ahora, creo que es mejor si vamos directo al trabajo —dijo—. He tenido reuniones con varios diseñadores esta semana. Estamos trabajando en el lanzamiento de una colección que complementa mi empresa de ropa. La colaboración será mutuamente beneficiosa para ambas compañías, no solo monetariamente, sino que tener el prestigio del nombre de Cyril asociado a mi empresa de ropa ayudará a impulsar las ventas.

—No se preocupe, señora Woods. Ya he hecho mi investigación y sé lo lucrativa que es esta oportunidad —le dije.

—Sé que Cyril tiene una gran reputación en el negocio del diseño, no hay dudas sobre eso. Pero

él ya no es responsable de los diseños. Sé que su personal junior hace la mayor parte de los diseños para él mientras él simplemente los supervisa —comentó, y no pude evitar pensar que era una mujer muy inteligente. La mayoría de los clientes se impresionarían solo por tener el nombre de Cyril asociado a la marca.

—Así que le agradecería que no dependiera demasiado del nombre de Cyril para venderme esta oferta. Quiero saber qué aportas tú, ya que serás tú quien hará la mayor parte del trabajo de diseño —podía sentir el peso de su mirada sobre mí.

—Me alegro de que mencionara eso, señora Woods —respondí con confianza, enderezando mi espalda—. Es cierto que Cyril ya no es responsable de los diseños. Pero en muchos aspectos, eso es algo bueno.

Pude notar que había despertado su curiosidad con mi audacia. —¿Cómo es eso?

—Lo más importante es que permite que la marca atraiga a un público más joven. Los diseños que producimos ahora están en sintonía con lo que los jóvenes quieren. Y todas nuestras métricas muestran que esto ha sido un factor importante para aumentar las ventas y expandir nuestra demografía —expliqué.

La señora Woods escuchaba con atención.

—¿Y qué hay de su público de mayor edad? ¿Qué tienen para ellos?

—Todavía mantenemos nuestras líneas clásicas que siguen siendo atemporales y tienen una popularidad significativa entre los grupos de edad más avanzada. De hecho, he traído algunos diseños de cada categoría para que los revise —saqué los diseños y las joyas prototipo de mi bolso y los coloqué sobre la mesa frente a ella.

Los examinó cuidadosamente.

—Esto es impresionante —admitió después de un momento—. Creo que es exactamente el aspecto que estamos tratando de emular.

—Excelente —sonreí—, entonces podemos hacer eso para usted.

La señora Woods me dio un gesto de aprobación.

—¿Eres una nueva empleada de Cyril?

Asentí. ¿Cómo sabía eso?

—Se nota —continuó—. Cada vez que he tenido una reunión con alguien de su estudio antes, siempre ha sido una constante serie de menciones de los clientes de alto perfil de Cyril y una dependencia excesiva de su nombre. Pero tú te has probado ante mí —dijo.

Me quedé sin palabras. Nunca en mis sueños más locos había esperado que mi primera reunión profesional con un cliente en mi nuevo trabajo fuera así.

—Me alegra que piense de esa manera.

—Cyril tiene suerte de tenerte. Voy a llamarlo yo misma más tarde para contarle sobre esta experiencia positiva —dijo.

La sonrisa en mi rostro probablemente se podía ver desde cien kilómetros de distancia.

—Espero con ansias trabajar con usted.

Después de que terminó el almuerzo, estaba de un humor fantástico. Cerrar el trato y obtener una recomendación brillante del cliente el mismo día parecía demasiado bueno para ser verdad. Quería compartir la noticia inmediatamente. Específicamente, quería contárselo a Roger. Sabía que él estaría orgulloso de mí.

Mientras acompañaba a la señora Woods fuera del restaurante, me pareció ver una cara familiar entrar al local.

¿Era Roger? ¿Había estado pensando tanto en él que ahora veía su rostro en todas partes?

Tuve que parpadear dos veces y mirar de nuevo. En efecto, era él entrando al restaurante. Miré mi reloj para ver la hora. Todavía era por la tarde. Debería estar en reuniones o trabajando ahora, pero en su lugar, estaba almorzando fuera. Mi confusión se convirtió en disgusto cuando me di cuenta de que alguien más había entrado después de él. Ambos desaparecieron de mi vista hacia su mesa antes de que pudiera echar un segundo vistazo.

Cuando acompañé a la señora Woods hasta su coche, tenía una expresión notablemente aturdida. Estaba demasiado distraída por lo que acababa de ver y me costaba concentrarme en el momento presente.

—¿Estás bien, querida? —preguntó la señora Woods—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Estoy bien —asentí—. Ha sido un placer conocerla. Espero que podamos vernos de nuevo pronto.

Me despedí de la señora Woods en su coche y observé cómo el vehículo se alejaba. Se esperaba que volviera a la oficina tan pronto como concluyera mi reunión, pero mi curiosidad pudo más que yo.

Tenía que confirmar con quién estaba almorzando Roger. Me escabullí de vuelta al restaurante, dando la excusa de que había dejado mi bolso allí.

Asomándome desde detrás de una de las columnas, divisé la mesa donde Roger estaba sentado. Para mi sorpresa, la persona con la que estaba almorzando era una mujer. Una rubia despampanante que honestamente podría pasar por modelo.

Ella se rio de algo que él dijo, y él parecía igualmente involucrado en la conversación. Sentí como si alguien me hubiera quitado la alfombra de debajo de los pies mientras observaba a los dos interactuar con la boca abierta.

—¿Encontró su bolso, señora? —la voz del camarero me sobresaltó cuando se acercó por detrás.

—Oh... eh... sí, ya me voy —dije, pero no sin antes echar un último vistazo a la pareja.

Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Mientras salía del restaurante, las palabras de Astrid sobre lo estúpido que es asumir que eres exclusiva hasta que hayas tenido la conversación comenzaron a resonar en mi cabeza.

Pedí un taxi inmediatamente para volver a la oficina. No podía soportar la idea de estar en el mismo espacio que Roger en ese momento.

Durante el trayecto a la oficina, mi mente iba a toda velocidad y pensaba en diferentes escenarios a mil por hora.

La mujer era hermosa. Inadvertidamente, comencé a compararme con ella. Sacando un espejo compacto de mi bolso, empecé a examinar mi rostro.

Pensamientos intrusivos comenzaron a aparecer en mi cabeza. ¿No era lo suficientemente bonita para él como para que decidiera buscar a otra mujer? Sentía que iba a entrar en un bucle de autocrítica si no me detenía ahora.

—Ni siquiera sabes si era una cita —me dije a mí misma. La base de clientes de Roger era enorme y tenía que reunirse con todo tipo de personas para su trabajo. Bien podría ser que la mujer fuera en realidad una de sus clientas.

Cuando empecé a pensar así, me calmé considerablemente. Me recordé a mí misma que fue él quien me convenció de mudarme a su ciudad. No haría eso si tuviera ojos para alguien más.

Y una parte de mí también pensó en nuestro vínculo. Era algo especial, tratando de florecer en una relación. Sabía que esto era cierto porque lo sentía cada vez que estábamos solos.

Un amor así simplemente no se podía fingir.

Para cuando llegué a mi oficina y el taxi se detuvo, había logrado con éxito calmar mi charla interna.

Pero mientras entraba en mi oficina, me di cuenta de que no podía ser complaciente en mi relación con Roger. Él había hecho tanto por mí. Era hora de devolverle el favor y hacerlo sentir especial.

Capítulo 23 Roger

Hoy se sentía como uno de esos días interminables en el trabajo. Miré la gran pila de archivos y papeles en mi mesa y luego le lancé a mi asistente una expresión que decía: "por favor, sácame de aquí".

Ella se rio antes de venir en mi ayuda.

—No se preocupe, señor James —dijo, tomando un archivo de la parte superior de la pila y entregándomelo—. Solo tiene unas cuantas reuniones más antes de terminar por hoy.

Suspiré. Por mucho que quisiera hacerlo ahora mismo, sabía que no podía descuidar mis responsabilidades. Después de todo, requería mucho esfuerzo dirigir mi empresa.

Raymond Steller entró en mi oficina para la reunión.

—Hola, Roger, un placer verte —me sonrió.

—Me alegra ver que sigues siendo el mismo después de todos estos años —le dije mientras le estrechaba la mano.

Roger y yo habíamos ido juntos a Princeton. Él era un año mayor que yo, pero habíamos sido grandes amigos. Después de la universidad, perdimos el contacto. Solo recientemente nos habíamos vuelto a conectar por un negocio, ya que ahora él también dirigía la empresa de su padre.

—Puedo decir lo mismo de ti. Parece que no has envejecido ni un día —me dijo, mirándome de arriba abajo.

—¿Estás intentando halagarme para que firme este trato contigo? —le pregunté en broma, provocando que estallara en carcajadas.

—Por supuesto. Solo estaba recordando los viejos tiempos en Princeton. Recuerdo que tenías todo un ejército de mujeres interesadas en salir contigo. ¿Llegó a concretarse alguna de esas relaciones? —preguntó con voz curiosa.

Negué con la cabeza.

—No, ninguna de esas relaciones llegó a nada.

Raymond me miró como si le hubiera dicho que la Tierra era plana.

—¿Me estás tomando el pelo, verdad? —insistió.

—No —respondí con expresión seria—. ¿Parece que estoy bromeando?

—Vaya —dijo Raymond—. Realmente pensé que ya habrías encontrado esposa, considerando lo popular que solías ser.

Me encogí de hombros. Había intentado no pensar demasiado en el romance. No sentía que encajara en mi vida entonces. ¿Quería una relación satisfactoria? Por supuesto que sí. No había duda de ello. Pero también sabía que una relación requiere mucho tiempo.

—Simplemente estoy muy enfocado en mi trabajo —le dije a Raymond—. Y si no te importa, me gustaría volver a hablar de trabajo contigo en la reunión ahora.

Raymond se enderezó de inmediato, volviendo al modo profesional.

—Por supuesto, podemos hacer eso.

Cuando terminó la última reunión del día, estaba exhausto después de una larga jornada.

Mientras conducía de regreso a casa, llegó un mensaje de texto. Lo miré y vi que era de Camila.

—Tengo una sorpresa para ti esta noche.

—¿Una sorpresa? —repetí para mí mismo mientras releía el mensaje. No pude evitar sentirme más que un poco emocionado.

Camila sabía qué era lo correcto después de un largo día. Además, no la había visto en unos días debido a que ambos estábamos increíblemente ocupados. Tenía que admitirlo; la echaba de menos.

Cuando entré en mi apartamento, me sorprendió encontrar que Camila ya estaba allí esperándome.

—Tu portero me dejó entrar —dijo, y noté que se había esforzado por arreglarse. La miré de arriba abajo, admirando cómo su vestido terminaba justo por encima de la rodilla, exponiendo

sus piernas perfectamente torneadas.

—Tal vez deberías considerar contratar mejor seguridad —dijo mientras se acercaba a mí.

—Si eres tú la que irrumpe en mi casa, entonces no creo que necesite hacer ningún cambio en mi seguridad —le sonreí mientras abría mis brazos hacia ella.

Para mi sorpresa, no saltó a ellos inmediatamente como esperaba.

—Entonces, ¿cuál era la sorpresa? —le pregunté.

—Ya verás —dijo y me llevó al comedor.

Todas las luces estaban apagadas, y todo el espacio estaba iluminado solo por unas pocas velas. La comida ya estaba servida en la mesa, humeante.

Inhalé profundamente.

—Huele delicioso —dije con aprecio mientras me sentaba—. ¿Hiciste todo esto tú?

Camila asintió, sentándose frente a mí.

Mientras observaba la escena, me di cuenta de que se había esforzado por organizar una cena romántica a la luz de las velas para nosotros dos.

Me sentí conmovido por el gesto.

—Prueba la comida —me miró por un momento. Pero tan pronto como nuestros ojos se encontraron, ella miró hacia otro lado.

Extraño, pensé para mí mismo. Pero hice exactamente lo que ella dijo y probé un bocado de mi comida. Los sabores se liberaron en mi boca mientras masticaba, y quedé impresionado.

—Vaya, esto está delicioso —le dije.

Ella se encogió de hombros.

Cenamos juntos en paz. Aunque realmente me gustaban los arreglos que había hecho, no podía entender qué pasaba con su estado de ánimo. Apenas había dicho una palabra durante toda la cena, y me encontré siendo yo quien llevaba la mayor parte de la conversación.

—Gracias por hacer esto por mí —le dije cuando finalmente terminamos. Ahora estábamos sentados juntos en el sofá, pero ella se sentó al menos a un asiento de distancia de mí.

—No es nada —dijo.

—No, en serio —acorté la distancia entre nosotros y me acerqué más a ella—. Tuve un largo día en el trabajo y esperaba simplemente llegar a casa y desplomarme. Pero me sorprendió ver que habías hecho todo esto. Me hizo sentir, bueno, cuidado.

Mientras decía las palabras, ella me miró y finalmente encontró mi mirada apropiadamente por primera vez en la noche.

En el tenue resplandor de la lámpara, se veía absolutamente hermosa.

—Quiero agradecértelo —le dije mientras comenzaba a trazar pequeños círculos en su brazo. Mi toque dejó un pequeño rastro de piel de gallina en su brazo, y eso me confirmó que ella me deseaba tanto como yo en ese momento.

—¿Quieres agradecérmelo? —repitió, aparentando timidez, pero ambos sabíamos a qué me refería.

—Sí —acerqué mi rostro al suyo—. ¿Me vas a dejar?

Ella asintió, y pude oír cómo su respiración se aceleraba a medida que me acercaba a su rostro. Comencé con un beso inocente en su mejilla.

—Ese es mi primer agradecimiento —dije, y ella sonrió.

—Vaya caballero que eres.

—Siempre —dejé un rastro de besos por su cuello y disfruté de la forma en que jadeó cuando mi boca se encontró con la piel desnuda y expuesta de su cuello—. Pero si te soy sincero, quiero agradecerte besándote en un lugar completamente diferente.

Me miró.

—¿Dónde?

En lugar de responder verbalmente, dejé que una de mis manos se deslizara por debajo de su

vestido y comencé a acariciarla lentamente entre las piernas.

—Adivina —sonreí con picardía.

—Muy gracioso —respondió. Pero la expresión inteligente en su rostro desapareció tan pronto como deslicé un dedo a través de la banda de su ropa interior y en su interior.

—¿Sigue siendo gracioso? —le pregunté mientras introducía otro dedo—. ¿O usarías otra palabra para describir lo que está pasando ahora mismo?

No respondió. En su lugar, su respiración comenzó a salir en pausas entrecortadas, siguiendo el ritmo de mis dedos.

—Solo quiero calentar un poco mi postre —le dije— antes de comérmelo.

La recosté en el sofá y le quité el vestido. Estaba completamente mojada por la anticipación, y verla así estaba haciendo que mis pantalones se ajustaran considerablemente.

Tiré su ropa interior a un lado y no perdí tiempo en poner mi boca entre sus piernas.

Le di largas y agonizantes lamidas para aumentar su anticipación. Podía notar que la estaba torturando con lo que le hacía, a juzgar por la forma en que agarraba mi pelo y empujaba mi cabeza hacia adelante.

—Paciencia, nena —le dije antes de tomarme un momento para admirar la escena frente a mí.

Se veía tan sexy con el pelo despeinado, el maquillaje corrido y la boca ligeramente abierta, llena de deseo. Tomé una instantánea mental de la escena frente a mí y supe que estaría pensando en este momento en el futuro.

—No quiero ser paciente —dijo, y su voz tenía un toque de dureza esta vez—. Estoy cansada de esperar.

Si no la conociera mejor, pensaría que estaba desahogando algún enfado que tenía conmigo. Pero no había hecho nada para molestarla, que yo recordara.

Tomando el control, me empujó hacia atrás en el sofá y se subió encima de mí, a horcajadas.

Con un movimiento rápido, se deshizo de mis pantalones y bóxers. Y así, sin más, me encontré

allí frente a ella, completamente expuesto.

Nunca la había visto tomar el control de esta manera antes. Estaría mintiendo si dijera que no me excitaba mucho. Tenía una prueba sólida como una roca entre mis piernas.

—No puedes seguir haciéndome esperar —repitió. Por la forma en que lo dijo, casi sonaba como si estuviera hablando de otra persona completamente. Pero mi cerebro estaba nublado y no podía concentrarme en nada excepto en el sexo.

—Cuando me hablas así, no voy a hacerte esperar por nada —dije.

—Bien —alineó su entrada contra mi pene duro y, en un rápido momento, estuve dentro de ella.

Gemí fuertemente ante la sensación.

—Joder —gemí—, estás tan mojada.

Comenzó a mover sus caderas hacia adelante y hacia atrás, causando que olas de placer recorrieran mi cuerpo. Cerré los ojos, asustado de que la combinación visual de verla desnuda montándome y la sensación de estar dentro de ella fuera demasiado, y pudiera correrme en el acto.

—Dime que no me harás esperar de nuevo —me dijo.

No tenía mucho sentido para mí en ese momento, pero la pasión entre nosotros ahora era inigualable. Sentía que estaría de acuerdo con cualquier cosa que me dijera.

Asentí.

—No voy a hacerte esperar.

Aceleró su movimiento encima de mí, haciendo pequeños círculos con su cintura. La sensación era demasiado para soportar, y pronto, me estaba saliendo de ella y explotando sobre su estómago.

No pude evitar notar la sonrisa satisfecha en su rostro. Era casi como si estuviera diciendo: "Yo hice eso".

Cuando ambos terminamos de limpiarnos, la tomé en brazos y la llevé a mi cama.

Habíamos estado acurrucados juntos por un tiempo antes de que ella se levantara y comenzara a buscar su teléfono.

—Realmente debería irme a casa ahora.

—No —protesté—. Quédate conmigo esta noche.

Me miró y examinó mi expresión por un largo momento. Lo que sea que haya encontrado en ella terminó convenciéndola, porque se dio la vuelta y dejó su teléfono antes de acurrucarse de nuevo en la cama conmigo.

—De acuerdo —fue todo lo que dijo.

—¿En serio? —No pude ocultar la emoción que prácticamente goteaba de mi voz.

—Sí, le diré a Astrid que cuide a Caleb esta noche. De todos modos, ella se quedará allí. Me quedaré contigo por la noche.

—Acabas de hacerme muy feliz —dije mientras la acercaba más. Ella permaneció en silencio.

Esa noche, tuve uno de los mejores sueños que había tenido en mucho tiempo.

Capítulo 24 Camila

El pecho de Roger subía y bajaba mientras caía felizmente en un sueño aún más profundo. Yo estaba acostada junto a él, escuchando el sonido de su respiración con mi cabeza apoyada en su pecho.

Después de hacer el amor, Roger estaba demasiado cansado para mantenerse despierto. Era una combinación de un largo día de trabajo y lo intensa que había resultado nuestra sesión.

Llevaba un buen rato dormido. Por otro lado, yo apenas lograba conciliar el sueño.

No era que no estuviera lo suficientemente cómoda. Todo lo contrario, en realidad. Estar aquí en los brazos de Roger así se sentía como el lugar más seguro y cómodo del mundo.

Sonaba cliché decirlo, pero todas mis preocupaciones realmente se desvanecían cuando estábamos juntos. Incluso ahora, sentía que podía verlo dormir durante horas sin una sola preocupación en el mundo.

Si tan solo pudiera quedarme dormida también.

Mi idea de preparar una cena para Roger había sido un éxito. Él había quedado muy impresionado con todo. Se sentía bien ser apreciada de esta manera.

Finalmente empezaba a sentir que podía superar lo que había visto en el restaurante el otro día. Él había estado perfectamente atento y cariñoso conmigo esta noche. Dudaba que se hubiera comportado así si ya estuviera saliendo con alguien más.

Sintiéndome contenta de haber decidido quedarme en su casa, me acurruqué más cerca de su pecho. El calor que emanaba se sentía mejor que cualquier otra manta en todo el mundo. Podría quedarme aquí para siempre.

Justo cuando cerré los ojos e intenté obligarme a dormir, escuché un zumbido proveniente del lado de la cama de Roger.

Levanté la cabeza. Su teléfono se había iluminado con una nueva notificación.

¿Quién demonios le estaba enviando mensajes a esta hora?

Cuando sonó otro zumbido, decidí tomar el asunto en mis manos. No quería que el ruido despertara a Roger. Estaba completamente agotado y merecía tener una noche completa de sueño sin interrupciones.

Pero cuando tomé su teléfono para ponerlo en silencio, accidentalmente terminé leyendo parte del mensaje de texto que le habían enviado.

—Me alegro de que hayas ido a esa cita.

Inmediatamente, mi curiosidad se despertó. Vi que el mensaje era del padre de Roger.

¿De qué estaba hablando? Sabía que era una violación de la privacidad revisar el teléfono de alguien, pero el pequeño fragmento que había leído me había hecho demasiado curiosa.

Con una sensación nerviosa emanando desde el fondo de mi estómago, me giré hacia un lado y abrí su teléfono.

Afortunadamente para mí, no había puesto ningún tipo de bloqueo en su teléfono. Así que abrí el mensaje de texto que acababa de llegar de su padre.

Decía:

—Me alegro de que hayas ido a la cita que te organicé. Por lo que me cuentas, realmente saltaron chispas entre ustedes dos. Creo que es hora de que sientes cabeza, y espero que pongas una boda en la agenda pronto.

Leí el mensaje una vez y luego otra vez. Con cada palabra que leía, mi cabeza comenzaba a dar vueltas más rápido.

—¿Una boda? —repetí en voz alta. Mi tono traicionaba la conmoción que sentía.

De repente, me di cuenta de que la mujer que había visto con él antes no era una socia de negocios después de todo. Roger había tenido una cita con ella.

Empecé a sentirme mal del estómago mientras dejaba su teléfono y lo miraba. Parecía tan inocente durmiendo frente a mí, pero en realidad, había estado viendo a una mujer diferente todo este tiempo con la intención de casarse con ella.

De repente, fui transportada de vuelta a mis años universitarios cuando era una don nadie a la

que Roger ni siquiera quería darle la hora. Descubrir que había tenido una cita me recordó esa misma sensación de ser ignorada por él todo ese tiempo.

Me sentía tan ingenua. ¿Cómo pude haber sido tan estúpida para pensar que realmente tenía una oportunidad con Roger? Después de todo, ni siquiera le importó lo suficiente como para recordarme después de todos estos años, a pesar de que compartíamos un hijo.

Sentí la bilis subir a mi garganta. Si estaba en su compañía un momento más, sentía que me enfermaría. Me recompuse y me levanté de la cama.

Ya era pasada la medianoche. Pero no podía soportar estar en la misma habitación que él ahora mismo. Necesitaba volver a casa.

Tomé un taxi de vuelta a mi apartamento. En el silencio muerto de la noche, abrí cuidadosamente la puerta de mi apartamento y comencé a entrar de puntillas.

De repente, una Astrid adormilada pero preocupada apareció en el pasillo, sosteniendo uno de los bates de béisbol de Caleb en su mano.

—¿Quién anda ahí? —gritó—. Ten cuidado antes de dar otro paso. Tengo un arma.

Si no me sintiera tan deprimida por lo que acababa de descubrir, incluso me habría reído de lo ridícula que era la situación actual.

—Soy solo yo —le dije y encendí las luces.

—Oh, Camila —Astrid exhaló un enorme suspiro de alivio cuando me vio y bajó el bate—. Espera, ¿qué haces de vuelta? Pensé que te ibas a quedar a pasar la noche.

Negué con la cabeza mientras me acercaba a ella.

—¿Estás... espera, estás llorando? —su tono fue inmediatamente preocupado mientras prácticamente corría hacia mí.

Rápidamente intenté limpiarme las lágrimas, pero no sirvió de nada. Ahora que estaba en casa, era como si se hubiera abierto una presa. No podía dejar de llorar.

—Cariño —Astrid me rodeó con sus brazos y me llevó al sofá para sentarme—. ¿Qué pasó? Me estás empezando a preocupar de verdad.

A través de mis lloros ahogados y sollozos, logré pronunciar algunas palabras.

—Tenías razón, Astrid —dije, sorbiendo ruidosamente.

Ella me abrazó aún más fuerte, y dejé un charco de lágrimas en su camisa.

—Verte así me hace desear no haberla tenido. ¿A qué te refieres exactamente? —me preguntó con voz suave.

—A lo que dijiste sobre que deberías asumir que eres exclusiva con alguien a menos que hayas tenido esa conversación con él —dije.

—Oh no, ¿está viendo a alguien más? —preguntó Astrid.

Asentí. Una nueva oleada de lágrimas comenzó a caer.

—Sí, vi un mensaje de texto en su teléfono —expliqué—. Al parecer, se supone que está considerando el matrimonio. ¡Matrimonio! ¿Puedes creerlo? Todo este tiempo, pensé que realmente teníamos algo especial entre nosotros.

—No es tu culpa —me consoló Astrid.

—Siento que sí lo es. Fui tan estúpida todo el tiempo que asumí que solo porque yo sentía algo fuerte por él, él debía sentir lo mismo. Después de todo, me hace sentir tan especial cuando estoy en su compañía. No sabía que estaba haciendo lo mismo con otras mujeres.

Astrid me dio unas palmaditas en el brazo.

—No puedo creerlo. Realmente parecía que te gustaba mucho —su tono estaba impregnado de simpatía por mi situación.

—¿Y sabes qué hace que todo esto sea aún peor? —hablé. Sabía que no había compartido demasiados detalles con Astrid antes, pero ahora estaba vulnerable. Sentía como si mi corazón hubiera sido abierto de un tajo y necesitaba consuelo.

—Me da miedo preguntar —dijo Astrid con vacilación—. Pero dime.

—Es el hecho de que siempre será una parte importante de mi vida. No es como si pudiera desearlo fuera de mi mente o de mi vida.

—¿Por qué es eso? —Astrid arrugó la frente confundida.

—Roger es el verdadero padre de Caleb —admití en voz alta—. Él y yo nos acostamos hace años y luego perdimos el contacto durante años hasta que me encontró y me invitó a salir al azar.

La boca de Astrid se abrió de la impresión. —¿Él lo sabe?

Negué con la cabeza. —Esa debería haber sido mi primera señal de advertencia. Cuando lo volví a ver, ni siquiera me recordaba.

Astrid me abrazó de nuevo con fuerza.

—Has estado cargando con este peso todo este tiempo, e incluso le diste una segunda oportunidad —dijo para consolarme—. Y sin embargo, al final, descubres que está viendo a otras mujeres. Eso es cruel. Lo siento mucho, Cam.

Escucharla decirlo en voz alta solo me hizo llorar aún más fuerte.

—¿Cómo pude ser tan estúpida? —dije, sintiéndome peor de lo que me había sentido en mucho tiempo.

—Está bien, Cam —Astrid trató de tranquilizarme—. Todos hacemos cosas estúpidas cuando se trata de amor. Él es el que la cagó, no tú.

Tragué el nudo que se había formado en mi garganta.

—La parte más loca de todo esto es que ni siquiera sabe que tiene un hijo —admití—. Pensé que se lo diría yo misma cuando nuestra relación progresara a algo más serio. Pero ahora, no estoy segura.

—Puedo entender por qué estarías indecisa —asintió Astrid—. Si le está dando la misma atención a otras mujeres, yo también estaría cautelosa.

Una película comenzó a pasar por mi mente de todos los dulces momentos que habíamos compartido, pero ahora, al mirarlos en retrospectiva, estaban teñidos con un toque de amargura.

Sentía como si me hubieran mentido. Todo este tiempo, pensé que no me haría esto. Que todas sus dulces palabras estaban reservadas solo para mí.

Pero había estado tan equivocada.

—Lo siento mucho, Cam —dijo Astrid.

Tomé una respiración profunda e intenté componerme.

—Sé lo que tengo que hacer ahora —dije después de un largo momento.

Astrid asintió alentadoramente, instándome a continuar.

—No creo que sea correcto estar con él más —le dije—. Si no puede molestarse en tomar una decisión, entonces no debería quedarme aquí esperando.

—Esa es una decisión difícil. Estoy orgullosa de ti por tomarla.

Asentí. Con manos temblorosas, saqué mi teléfono y me desplacé hasta donde estaba guardado su contacto.

—Supongo que esto significa que esto es todo —dije, suspirando. Presioné la opción de eliminar junto a su nombre.

Ya no podía estar en su vida.

El sonido de Astrid y yo hablando entre nosotras debe haber despertado a Caleb. Salió de su habitación, frotándose los ojos, y luego vino a sentarse en mi regazo cuando me vio.

—Mami, ¿por qué estás tan triste? —preguntó cuando notó cómo se habían hinchado mis ojos.

—Solo estoy cansada, cariño —le dije.

—¿Estuviste pasando tiempo con papá esta noche? —me preguntó, sus ojos iluminándose con la mera mención de él.

Contuve la respiración bruscamente. Iba a ser complicado. Empecé a arrepentirme de haberle contado a Caleb sobre la verdadera identidad de su padre. Si nuestra relación iba a sufrir así, entonces no era justo que Caleb fuera testigo de eso.

Caleb me insistió por una respuesta, y yo solo negué con la cabeza, sintiéndome sin palabras sobre qué decirle.

—Espero poder ver a papá de nuevo —dijo después de un momento—. Realmente lo extraño. Pasar tiempo con él es divertido.

Verlo hablar con tanto cariño sobre Roger me rompió el corazón de nuevo. Cómo deseaba que las cosas hubieran funcionado entre nosotros para que Caleb pudiera tener una familia adecuada.

—Vamos a dormir —le dije a Caleb, sin tener el valor de contarle la realidad de la situación.

Astrid me dio un último abrazo.

—Lo vas a resolver —susurró.

Tenía mucha fe en mí. Esperaba que yo también lo hiciera. Pero en este momento, me sentía completamente desesperanzada.

Capítulo 25 Roger

Me desperté a la mañana siguiente y encontré el lado de la cama vacío. El reloj en la pared marcaba las 8 de la mañana.

—¿Cam? —llamé con voz adormilada, sin obtener respuesta.

Preocupado, me senté en la cama y miré alrededor de la habitación. El bolso de Camila ya no estaba, lo que significaba que se había marchado.

Me sentía confundido por su ausencia. Ella había prometido quedarse a pasar la noche. Ya había planeado preparar un buen desayuno para ella cuando nos levantáramos.

Me froté los ojos suavemente, alejando los últimos restos de sueño, y luego tomé mi teléfono que estaba sobre la mesita de noche.

Tal vez me había enviado un mensaje de texto.

Al abrir el teléfono, vi que ya estaba en la carpeta de mensajes. Y para mi sorpresa, había recibido un nuevo mensaje que no recordaba haber leído, pero ya estaba abierto.

Leí el mensaje. Y de repente, todo cobró sentido.

Mi padre me había organizado una cita con esta mujer. Últimamente había estado presionándome para que me casara, así que se había tomado la libertad de arreglarme una cita. Por supuesto, no tenía ningún interés en esta mujer. Pero no podía negarme a mi padre así sin más. Solo fui a la cita como un gesto cortés para hacerlo feliz.

Pero ahora empezaba a arrepentirme de esta decisión al ver el mensaje de texto abierto en mi teléfono y la ausencia de Camila en mi cama.

Debe pensar que la estoy engañando. Me sentí estúpido por haber sido tan descuidado y marqué su número inmediatamente.

Iba a aclarar su malentendido ahora mismo.

Pero el teléfono seguía sonando y sonando. No contestaba.

—Tal vez todavía esté durmiendo —me dije a mí mismo. Pero era poco probable, dado que su nuevo trabajo comenzaba temprano por las mañanas estos días.

Decidí darle algo de espacio y volver al tema más tarde. Después de todo, no había hecho nada malo, y algo tan pequeño como esto no podía arruinar lo que teníamos entre nosotros.

Al día siguiente, aún no había logrado contactar con Camila. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Se negaba a responder a mis múltiples mensajes de texto, no devolvía ninguna de mis llamadas y se comportaba como si yo ni siquiera existiera para ella.

Necesitaba hablar con ella y explicarle todo. Así que, durante la hora del almuerzo, conduje hasta la oficina de Camila y decidí interceptarla allí.

Tenía la esperanza de que hablara conmigo una vez que fuera a verla en persona.

Entré por las altas puertas de cristal de su oficina. Era una oficina muy bonita y parecía llena de gente.

Debí haber llegado en un momento ocupado. Miré alrededor buscando a Camila, pero no la veía por ninguna parte.

En su lugar, me topé con Cyril.

—¿Es quien creo que es? —sonrió mientras se acercaba a mí—. ¿Qué trae a EL Roger James a mi establecimiento?

Saludé a Cyril estrechándole la mano.

—Oh, nada demasiado importante. Vine a ver a una amiga mía —expliqué brevemente, sin querer compartir demasiados detalles con él.

—¿Te refieres a Camila? —preguntó, y sus ojos se iluminaron al mencionarla.

—Sí, exactamente de ella estoy hablando.

—Me alegro tanto de que la hayas mencionado —dijo Cyril—, iba a ponerme en contacto contigo uno de estos días.

—¿Exactamente sobre qué? —arqueé ligeramente una ceja hacia él. Se había animado inmediatamente al mencionar a Camila, y me hizo sentir más curioso por saber cómo era su dinámica de trabajo.

—Para agradecerte, por supuesto —respondió Cyril en un tono de obviedad—. Estoy tan contento de que me la hayas recomendado para una entrevista. Ha sido una de mis contrataciones más exitosas en el pasado reciente.

Cyril estaba absolutamente radiante. Parecía muy satisfecho con el trabajo de Camila, y no pude evitar sentirme orgulloso en su nombre.

—Te lo dije —sonreí—, es muy talentosa.

—Te creo —se rio Cyril—. A partir de ahora, voy a tomar tus sugerencias mucho más en serio.

—Hablando de eso, ¿sabes dónde está? —pregunté, mirando alrededor de nuevo. Todavía no la había encontrado.

Cyril se encogió de hombros. —Probablemente esté por aquí en algún lugar de la oficina. Trabaja duro, así que no me sorprendería que estuviera en su escritorio, incluso durante la hora del almuerzo. ¿Por qué no entras y la buscas tú mismo?

—Gracias, eso sería genial —me despedí de Cyril y entré.

Escaneé la multitud de empleados en busca de la única persona que estaba buscando. Y finalmente, la encontré.

Camila estaba sentada con varios de sus compañeros de trabajo, y todos parecían estar riendo por algo. Me dirigí directamente al grupo.

Camila no parecía muy feliz de verme. Trató de desviar la mirada y fingir que no me había visto. Pero no me iba a rendir tan fácilmente.

—Hola Camila —le dije, esperando sacarla del grupo y tener un momento a solas con ella—. ¿Tienes un segundo?

Camila me miró con enojo antes de acercarse y pararse frente a mí con los brazos cruzados.

—Mira, sé que tengo mucho que explicar...

—Roger, estoy trabajando ahora y me estás interrumpiendo —su voz sonaba molesta—. No puedo hablar contigo ahora. Es mejor que te vayas.

Me dejó allí parado y regresó al grupo de personas. Ni siquiera se molestó en escuchar una palabra de lo que tenía que decirle.

Si necesitaba alguna confirmación de que estaba realmente muy enojada conmigo, esta era.

Sintiéndome abatido, me alejé de su oficina sin tener la oportunidad de explicarme.

Al día siguiente, decidí adoptar un enfoque diferente. Conduje hasta la escuela de Caleb cuando era hora de recogerlo.

Sabía que no tendría muchas excusas para evitarme allí. Caleb me vio tan pronto como salió y corrió hacia mí.

—Hola, pequeño —lo saludé. Me abrazó con entusiasmo y saltó a mis brazos.

—Viniste a recogerme —dijo emocionado.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo estuvo tu día en la escuela?

Se encogió de hombros. —Un niño me empujó durante la hora del almuerzo.

Inmediatamente sentí que mi instinto protector salía a flote.

—Bueno, eso no fue muy amable de su parte. ¿Te quejaste con la maestra?

Caleb negó con la cabeza. —Me hace esto todos los días.

Al recordar el incidente, parecía bastante angustiado.

—Vamos a arreglarlo entonces. ¿Puedes señalar a la persona que te empujó? —dije, escaneando la multitud de niños que acababan de salir y se estaban reuniendo con sus padres.

Tímidamente, Caleb señaló a un chico desgarbado. Por suerte, su madre estaba justo a su lado.

Me tomé la libertad de acercarme a ellos.

—Hola, ¿puedo hablar con usted un momento? —le pregunté a la madre. Pareció confundida por

un momento, pero aceptó.

Le expliqué lo que su hijo le había estado haciendo a Caleb todos los días durante el almuerzo.

—Lo siento mucho —se lamentó—. No tenía idea. Me aseguraré de que esto no vuelva a suceder. ¿Es usted el padre?

—Sí, lo soy —mentí. No quería que pensara que Caleb no tenía una figura masculina a su alrededor.

—Bueno, lamento muchísimo esto.

Caleb estaba feliz cuando la mujer se alejó con su hijo.

—Nadie volverá a molestarte nunca —le prometí a Caleb—. Pero si lo hacen, quiero que me lo digas inmediatamente, ¿de acuerdo?

Caleb asintió.

—Te extrañé —dijo—. ¿Por qué no te he visto en tanto tiempo?

No sabía qué decir, pero Caleb era un niño inteligente. Entendió mi silencio y se dio cuenta de que algo andaba mal.

—¿Tú y mamá están peleando? —preguntó, como si fuera lo más obvio del mundo.

—No, no estamos peleando —encubrí rápidamente. No quería que Caleb se preocupara por los problemas que estaba teniendo con Camila. Era injusto poner esa carga en un niño.

—¿Entonces por qué no has venido a verme? —Sus ojos azul océano exigían una respuesta de mi parte.

—Digamos que ha habido un malentendido —le dije, siendo lo suficientemente vago para que no supiera exactamente lo que estaba pasando.

Caleb frunció el ceño como si estuviera resolviendo un rompecabezas muy difícil en su cabeza.

—¿Es por el secreto? —preguntó.

—¿El secreto? —respondí, perplejo.

—Sí, el secreto que mamá...

La frase de Caleb se cortó a la mitad cuando Camila apareció de repente.

—¡Caleb! Te he estado buscando por todas partes —sonaba aliviada, pero tan pronto como me vio, su expresión se volvió fría de nuevo.

—No tienes que preocuparte por nada, Camila —le dije para tranquilizarla—. Vine a recogerlo hoy. Pensé que sería un buen lugar para encontrarte también.

—¡Él se aseguró de que no me molesten en el almuerzo! —anunció Caleb emocionado a su madre.

Eso captó su atención. —¿Molestar? ¿De qué estás hablando? —Miró a Caleb y luego a mí en busca de una respuesta.

—Oh, no fue nada —respondí—, solo tuve una pequeña charla con el padre de uno de los niños que había estado molestando a Caleb durante el almuerzo.

Pude notar que Camila estaba sorprendida.

—No sabía nada de esto —un rastro de culpa se coló en su tono.

—No te preocupes. Lo resolví. No volverá a suceder —le aseguré.

Ella apretó los labios en una línea tensa.

—Bueno, supongo que te debo un agradecimiento.

—No hay necesidad de eso —dije—, pero apreciaría si tuviéramos la oportunidad de hablar.

Camila miró su reloj. Casi podía oír los engranajes de su mente girando mientras buscaba cualquier excusa para escapar.

—Escucha, realmente no puedo —dijo secamente—. Tengo que irme ahora.

Tomó la mochila de Caleb de mis manos y se dio la vuelta.

—Adiós —me dijo Caleb, siguiendo a su madre—. Te veré pronto.

Bueno, al menos lo intenté. Vi a Camila alejarse, pero se detuvo cuando vio a un hombre caminando en su dirección.

Para mi sorpresa, era alguien que conocía.

Geoff, con quien había sido amigo en la escuela secundaria, de alguna manera había aparecido.

Camila y él intercambiaron unas rápidas palabras antes de que ella se dirigiera rápidamente a su coche con Caleb.

—Roger —me llamó Geoff cuando me vio—. Justo el hombre que estaba buscando. Me alegro tanto de haberte encontrado.

Se acercó y me envolvió en un abrazo.

—Geoff —pregunté, ligeramente confundido por su repentina aparición—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba en la ciudad y vine a verte. Tu asistente me dijo que estarías aquí, así que decidí venir directamente e interceptarte —sonrió.

Suspiré. —Tal vez ahora no sea el mejor momento.

Pude notar que Geoff percibió que no estaba de mejor humor.

—Oye, no te preocupes, viejo amigo —dijo—. Puedo simplemente acompañarte a donde vayas a continuación.

Olvidé lo persistente que podía ser Geoff. A regañadientes, acepté, y me siguió hasta mi coche.

Capítulo 26 Roger

Comencé a conducir de vuelta a mi apartamento con Geoff ahora en el asiento del copiloto.

—Es tan bueno verte de nuevo —dijo, reclinándose en el asiento—. Aunque siento que te he pillado en un mal momento.

Arqueé una ceja, sin quitar los ojos de la carretera.

—Se podría decir eso —respondí con voz malhumorada.

—¿Problemas en el paraíso, eh? —se rio, divertido consigo mismo—. Lo entiendo. Yo también tengo pequeñas peleas con mi novia todo el tiempo.

—No estamos en una relación —le corregí—, pero es alguien que me importa mucho.

—¿Ah, sí? —sonó sorprendido—. ¿Así que es una de esas relaciones complicadas donde aún no le han puesto una etiqueta? —indagó más.

Suspiré, sin ganas de responder a sus preguntas. Mi mente aún estaba dando vueltas con pensamientos sobre Camila, y en este momento, Geoff estaba actuando como una distracción inoportuna. Pensé que ella ya me habría perdonado a estas alturas.

—Espero que no te importe que diga esto —dijo después de un momento. Podía sentir su mirada sobre mí, observando cuidadosamente el más mínimo cambio en mi expresión.

—¿Qué? —me volví para mirarlo, irritado.

—Bueno, me sorprendió verlos juntos. Es decir, supongo que no es tan loco que ustedes dos estén enrollados. Pero ¿tener un hijo juntos? Vaya, nunca me lo hubiera imaginado —dijo casualmente.

—No tenemos un hijo juntos —le corregí—, ese es su hijo de una relación anterior.

Geoff negó con la cabeza, incrédulo.

—No me digas, tienes que estar bromeando. ¿Me estás diciendo que ese niño no es tuyo?

—No —reiteré. Geoff estaba empezando a colmar mi paciencia, y contemplé la idea de dejarlo

en un lugar al azar para poder tener algo de paz mental.

—Vaya, me sorprende —murmuró Geoff—, es una réplica exacta de ti. Estaba seguro de que era tu hijo, especialmente porque ambos fueron a la universidad juntos.

—¿La conocías? —le pregunté inmediatamente.

—Por supuesto que sí —me dijo—. Le gustabas en Princeton, ¿no lo recuerdas?

Reduje la velocidad del coche para poder concentrarme en la conversación.

—No, no tenía ni idea. ¿Te lo dijo ella misma?

—Recuerdo que me pidió tu número una vez —resopló—. No se lo di, obviamente. Le dije que era como una más de las muchas chicas que iban detrás de ti, pero vaya, parece que encontró la manera de conseguirlo después de todo.

—¿Qué? —mi tono era de asombro.

—Sí, es decir, me dijo que te había conocido y que habían pasado algo de tiempo juntos, pero realmente no le creí en ese momento —explicó Geoff—. Parece que me equivoqué en eso.

Geoff estaba perfectamente tranquilo mientras me contaba la historia. Pero yo sentía como si acabara de descubrir una pieza importante de un rompecabezas que ni siquiera sabía que estaba tratando de resolver.

—Geoff —le dije—, creo que realmente necesito estar solo ahora. Voy a dejarte en uno de mis hoteles. Podemos ponernos al día en otro momento.

Geoff estaba obviamente descontento por el repentino final de nuestro encuentro. Pero no tenía otra opción. Mientras lo dejaba, tuvo una última cosa que decirme.

—Oye, amigo —comenzó—, si hubiera sabido que ustedes dos iban a terminar teniendo un hijo juntos, le habría dado tu número seguro.

—Él no es mi... hijo —mis palabras quedaron sin ser escuchadas ya que Geoff ya había comenzado a alejarse de mí.

Ahora que finalmente estaba solo, me calmé. Mis nudillos se habían puesto blancos de lo fuerte

que estaba agarrando el volante.

¿Qué quería decir Geoff con que Caleb se parecía exactamente a mí? Saqué mi teléfono del bolsillo y comencé a revisar algunas de las fotos que tenía de él del día que habíamos ido juntos al parque de atracciones.

Mirándolas ahora, podía ver a qué se refería Geoff. Había un parecido notable entre nosotros dos.

Pero era demasiado loco para ser cierto. No era posible que Caleb fuera mi hijo. Solo conocí a Camila por primera vez después de que él ya había nacido.

Y fue entonces cuando me di cuenta. Recordé cómo Geoff me había dicho que Camila había mencionado que nosotros dos habíamos pasado tiempo juntos cuando le pidió mi número. ¿Podría ser que ya nos hubiéramos conocido y yo simplemente no lo recordaba?

Intenté hacer memoria para encontrar algún recuerdo de ella durante su tiempo en Princeton. Pero mi mente estaba en blanco.

Sabía que necesitaba ayuda extra si iba a recordar algo.

Y fue entonces cuando decidí llamar a mi asistente.

—Buenas tardes, Sr. James —me saludó dulcemente por teléfono.

—Hola, necesito tu ayuda con algo importante —le dije en un tono urgente.

—Por supuesto —respondió sin dudarlo—. ¿Qué necesita?

—Necesito que —hice una pausa, buscando la mejor manera de formular mis palabras sin sonar extraño—, necesito obtener información sobre alguien.

—De acuerdo, ¿quién es esta persona?

—Camila Benson. Fue a Princeton pero era un año menor que yo. Quiero que encuentres fotos de cómo se veía durante sus años universitarios.

—Claro, Sr. James, me pondré en ello de inmediato —respondió.

—Gracias —le dije.

Sabía que probablemente le parecería un poco extraño que le pidiera investigar a alguien con quien fui a la universidad.

Pero esta era información importante, y creía que me ayudaría a aclarar muchas cosas.

Volví a casa y comencé a esperar junto a mi teléfono. Una parte de mí aún esperaba que Camila me llamara finalmente y arregláramos las cosas.

Dicen que la ausencia hace que el corazón se vuelva más cariñoso, y eso era exactamente lo que había sucedido durante el tiempo que Camila y yo habíamos pasado separados.

Ya no podía negar mis sentimientos. Camila ya no era solo una mujer cualquiera con la que estaba saliendo temporalmente. Había comenzado a significar mucho más que eso para mí.

Me había enamorado de ella. Y el hecho de que estuviera molesta conmigo solo fortalecía y confirmaba ese sentimiento.

Mi teléfono sonó, y contesté inmediatamente sin mirar el identificador de llamadas. Pero no era Camila al otro lado de la línea. Era mi padre.

—Hijo, solo te llamaba para preguntarte qué pasó con esa cita —fue directo al grano—. Nunca me pusiste al día sobre eso.

—Papá, nunca más volveré a ver a esa mujer en mi vida —respondí con firmeza—. Y te agradecería que no me conciertaras más citas a partir de ahora.

—¿Por qué no? Tu madre y yo estamos preocupados por ti —dijo—. Queremos que sientes cabeza y formes una familia.

—No necesito tu ayuda para encontrar a alguien —le dije—. Ya he encontrado a alguien que me gusta.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —La voz de mi padre retumbó con una alegría que no había escuchado en años—. Esas son excelentes noticias.

—Sí, pero está enfadada conmigo porque cree que estoy saliendo con otra persona a sus espaldas —le expliqué—, todo gracias a ti.

—Lo siento —el tono de mi padre fue inmediatamente de disculpa—. No sabía que eso iba a

complicar las cosas. ¿Por qué no me dijiste antes que estabas saliendo con alguien?

Suspiré. Sabía que no podía culpar a mi padre por todo. Después de todo, yo era quien había aceptado ir a la cita en primer lugar.

—Supongo que he estado soltero durante tanto tiempo que no me di cuenta de que tenía que comportarme de manera diferente —admití—. Pero ahora estoy seguro de mi elección. Solo hay una persona con la que quiero salir.

—Bueno, espero que todo se resuelva entre ustedes dos —me dijo—. Pero me has hecho muy feliz hoy. Espero que pronto la traigas para que tu madre y yo la conozcamos.

—Espera, papá —lo interrumpí—. Me está entrando otra llamada. Hablaré contigo más tarde.

Mi asistente finalmente se había puesto en contacto conmigo.

—Señor James, pude conseguir la información que me pidió —me dijo—. Le he enviado los archivos por correo electrónico y puede verlos ahora.

Le di las gracias y colgué el teléfono. Fui directamente a mi portátil, abrí mi bandeja de entrada y vi que me había enviado algunas fotos de Camila de cuando estaba en la universidad.

Parpadeé dos veces, frotándome los ojos para ver si no estaba viendo visiones.

¿Podría ser? La realización me golpeó como un mazazo.

Ya había conocido a Camila antes. No solo eso, sino que era la mujer con la que me había acostado hace seis años.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas y tuve que sujetarme al borde de la mesa para mantener el equilibrio. No podía creer lo que estaba viendo frente a mí.

¿Cómo pude haber pasado esto por alto? Mirando sus fotos de la universidad, no había duda en mi mente de que Camila era, en efecto, la misma mujer que había conocido en el pub japonés todos esos años atrás.

Me sentí horrible al darme cuenta de que Camila probablemente lo sabía todo este tiempo. No me había dicho ni una palabra. Tal vez había estado esperando a que yo lo descubriera todo este tiempo.

Pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía para mí. Entendí por qué había sido tan fría cuando la conocí por primera vez.

¿Y cómo no iba a serlo? No había hecho ningún intento de contactarla desde que nos conocimos hace tantos años. Debía estar conteniendo todo ese dolor de antes, y aun así me dio otra oportunidad.

Y yo incluso logré estropearlo.

Empecé a pensar en lo tonto que había sido. Debería haberle dado la atención que se merecía de nuevo.

Las palabras de Geoff comenzaron a resonar en mi mente.

¿Podría ser que Caleb fuera el resultado de aquella noche que pasamos juntos? Camila nunca me había dicho la identidad del padre. Solo había dicho que los abandonó cuando ella lo necesitaba.

Y de cierta manera, eso era exactamente lo que yo había hecho. Me había vuelto tan ocupado con mi vida y cuidando de mi negocio que no había puesto el esfuerzo necesario para localizar a Camila.

Fue un shock para mí. Incluso considerar la posibilidad de que Caleb pudiera ser mi hijo era mucho para asimilar. Pero una parte de mí también quería que fuera cierto.

Si Caleb era mi hijo, entonces haría lo correcto por él y asumiría un papel activo en su vida como su padre. No tenía ninguna duda al respecto.

Pero necesitaba la confirmación de Camila. Resolví obtener respuestas de ella. Pero esta vez, iba a asegurarme de que me viera como un hombre digno de su tiempo. Quería que nos diera otra oportunidad.

Capítulo 27 Camila

—Caleb, vas a llegar tarde a la escuela —le dije a mi hijo de cinco años. Se estaba tomando su tiempo para alistarse esta mañana.

—No quiero ir —me respondió malhumorado, cruzando los brazos con terquedad.

—Vamos, no tenemos tiempo para esto ahora, o perderás el autobús escolar —le advertí—, pero si me haces caso ahora, te conseguiré algo que quieras más tarde.

Sus ojos se iluminaron ante la oferta.

—¿En serio? ¿Lo que yo quiera?

Me reí de lo fácil que era conseguir que un niño hiciera lo que querías.

—Sí, te lo prometo. Lo que sea.

—Quiero que papi venga más tarde —pidió—. Hace mucho que no lo veo y lo extraño.

Suspiré. Caleb se había encariñado con Roger. Me lo pedía todo el tiempo, y me sentía como una mala madre cada vez que tenía que rechazar su petición.

—De acuerdo —cedí finalmente—. Me aseguraré de que venga a verte.

—¡Sí! —Caleb saltó de emoción.

—Pero ahora, es hora de ir a la escuela.

Acompañé a Caleb a la parada del autobús, despidiéndome con un beso en la mejilla.

—Recuerda tu promesa, mami —me dijo antes de irse por fin.

Mientras caminaba de vuelta a casa, pensé en Roger otra vez. Había intentado contactarme varias veces, pero yo me mantenía firme en mi decisión de no verlo más. Sentía que era la mejor decisión para mí. Pero ¿cómo podía mantenerlo alejado de Caleb? Sabía que uno de estos días tendría que confesarle que Caleb era su hijo. Era la única manera de mantenerlo en la vida de Caleb.

Cuando regresé a mi entrada, me sorprendió encontrar un coche negro estacionado allí.

Sabía muy bien a quién pertenecía. Comencé a caminar rápidamente hacia mi apartamento, pero escuché la voz de Roger llamándome desde atrás.

—No puedes seguir huyendo de mí —dijo, acercándose—. Lo sabes, ¿verdad?

Suspiré.

—¿Qué quieres?

—Ahora recuerdo, Camila —dijo, acercándose más—. Recuerdo todo lo que pasó hace seis años.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Por fin estaba admitiendo que me conocía de antes?

—¿De qué estás hablando? —le pedí que se explicara mejor.

—Ahora recuerdo que tú eras la chica que conocí en el pub japonés hace todos esos años. No puedo creer que me haya tomado tanto tiempo darme cuenta —sonaba sincero. Mirándolo ahora, podía notar que había hecho mucha introspección sobre esto desde la última vez que hablamos.

—Bueno, supongo que me alegro de que por fin lo recuerdes —dije, mirando al suelo. No quería encontrarme con sus ojos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Su voz delataba el dolor que probablemente sentía por haber cortado todo contacto con él estos últimos días.

Me encogí de hombros, luchando por encontrar una respuesta.

—Era invisible para ti en aquella época —dije—. Pensé que si realmente querías, lo recordarías por ti mismo sin ayuda de mi parte.

—Necesito que me digas algo —dijo, con voz repentinamente muy seria—. Y quiero que seas honesta. Por favor, no me mientas sobre esto, Camila.

Asentí, sintiéndome ansiosa por lo que estaba por venir.

—¿Soy el padre de tu hijo?

Su pregunta me tomó por sorpresa. No esperaba que lo descubriera por sí mismo. Pero viéndolo frente a mí, supe que ya no podía ocultárselo más.

—Sí —admití—. No te lo dije antes porque no estaba segura de cuál era tu lugar en mi vida.

Dejó escapar un suspiro de alivio como si le hubiera dado la mejor noticia de su vida. Sin decir otra palabra, se acercó y me rodeó con sus brazos.

—Sé que esto debe ser una noticia enorme para ti. Y puedo entenderlo —empecé a decir—. Pero podemos acordar un régimen de visitas, y aun así puedes estar en su vida. Sé que Caleb lo apreciaría mucho.

Negó con la cabeza.

—No, no quiero acordar un régimen de visitas.

—¿Qué? —Me sorprendió su respuesta.

—Camila, por favor, dame la oportunidad de explicarme. No me has dado ni un momento para hablar contigo estos últimos días. Creo que al menos merezco eso —suplicó.

—De acuerdo, te escucharé —le dije—. Entremos. No creo que este sea el tipo de conversación que se pueda tener en una entrada.

Asintió ansiosamente y me siguió dentro del apartamento. Al cerrar la puerta tras de mí, por fin tuvimos algo de privacidad.

Me senté en el sofá mientras él caminaba de un lado a otro por la habitación.

—Ha habido un gran malentendido, Camila —sus palabras sonaban sinceras, y sentí que me ablandaba con él.

—Te escucho —crucé los brazos sobre el pecho.

—Siento que tengo mucho que explicar —suspiró.

Los recuerdos de su abandono hace seis años inundaron mi mente.

—Puedes empezar por decirme por qué nunca te pusiste en contacto conmigo todos estos años —repliqué con aspereza—. No estabas interesado en mí en aquel entonces. ¿Por qué debería

creer que de repente has tenido un cambio de corazón?

Mis palabras fueron duras, pero Roger no se puso a la defensiva. En su lugar, se sentó a mi lado y tomó suavemente mi mano entre las suyas.

—Lo siento, pero era joven y estúpido. Además, no es que no quisiera ponerme en contacto contigo —dijo.

Lo miré, esperando que continuara.

—Las cosas eran diferentes entonces. Tenía el peso de llevar el legado de mi familia. Tenía que demostrar mi valía, así que me enterré en el trabajo. No tenía tiempo para invertir en relaciones en ese momento.

—Bueno, me hizo pensar que esa noche no significó nada para ti —dije en voz baja.

—Eso no es cierto —me corrigió inmediatamente, apretando mi mano—. Pensé en ti durante semanas después. Realmente sentí que teníamos una conexión.

—Yo también —empecé a emocionarme—. Pensé que era el comienzo de una relación. Pero en lugar de eso, me dejaste en la oscuridad sin forma de contactarte. ¿Tienes idea de cómo me hizo sentir eso?

—Lo siento, Camila —dijo con sinceridad—. Debería haber hecho más esfuerzo en aquel entonces, especialmente si hubiera sabido que llevabas a mi hijo. Habría dejado todo y habría venido directamente a ti.

Lo miré sorprendida por sus palabras.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, buscando en sus ojos para ver si me decía la verdad.

Negó con la cabeza.

—No era algo que hubiera planeado. Pero mirando hacia atrás ahora, lamento haberme perdido los primeros años de la vida de mi hijo. Ojalá pudiera volver atrás y cambiarlo.

Me conmovieron sus palabras. Pero sabía que eso no era suficiente por ahora.

—Pero tuviste la oportunidad de volver a su vida —dije—. Pensé que las cosas iban genial entre

nosotros estas últimas semanas, y aun así sentiste la necesidad de salir con otras mujeres.

—No era lo que parecía —dijo.

—Roger, te agradecería que no me mintieras —le dije—. Claramente te vi en una cita con otra mujer. Aun así, intenté darte el beneficio de la duda, pensando que podría ser solo una reunión de negocios y que yo estaba exagerando las cosas. Pero se demostró que tenía razón cuando vi ese mensaje de texto de tu padre en tu teléfono. No puedes sentarte aquí y decirme que no sucedió cuando claramente sí ocurrió.

—La verdad es que mi padre me organizó una cita —explicó—. No tenía ningún interés en esa mujer. De hecho, ni siquiera recuerdo cómo se llamaba. Así de insignificante era para mí.

Fruncí los labios, sin estar segura de si debía creerle o no. Sonaba como si me estuviera diciendo la verdad, pero yo sabía lo que había visto.

—¿Entonces por qué fuiste? —exigí—. ¿Habría estado bien salir en una cita si yo no lo hubiera descubierto por accidente?

Negó con la cabeza.

—No, no lo habría estado. Y ahora me doy cuenta de eso. Debería haberme negado desde el principio cuando mi padre me lo pidió, pero ahora le he dicho que ya tengo a alguien especial en mi vida. Ya no va a intentar organizarme más citas.

Me quedé en silencio. Él aprovechó la oportunidad para acercarse más a mí.

Mirándome directamente a los ojos, dijo:

—¿No me crees, Camila? No he podido dormir bien, comer bien, ni hacer nada estos últimos días cuando las cosas entre nosotros estaban tensas. Ahora sé cómo me siento.

Su cercanía hizo que se me cortara la respiración.

—¿Cómo te sientes?

Me miró a los ojos durante un largo momento. Ambos estábamos inmóviles, demasiado asustados para movernos un centímetro por temor a arruinar el momento.

—Creo... —comenzó—, creo que me he enamorado de ti.

Mi corazón comenzó a latir salvajemente contra mi pecho. Él también lo sintió y puso su mano suavemente sobre mi pecho.

—Dime que no soy el único, Camila —suplicó—. Lo que tenemos entre nosotros es demasiado fuerte para ser unilateral.

Estar tan cerca de él y escucharlo decir estas palabras era embriagador. Me estaba perdiendo en el momento.

—Tengo miedo de que me hagas daño —dije, con la vulnerabilidad asomando en mi voz.

—Tienes que confiar en mí —dijo, acunando mi rostro con sus manos—. Ahora sé lo que se siente al perderte, y nunca voy a cometer el mismo error otra vez.

—Hablo en serio, Camila. Estoy seguro de ti. Nunca he estado tan seguro de alguien en mi vida —dijo—. Quiero que estés en mi vida para siempre como mi pareja, y quiero darle a Caleb una familia adecuada. Quiero casarme contigo.

Me quedé atónita por sus palabras, pero tan pronto como el shock se desvaneció, fue reemplazado por una sensación de calidez. El amor que sentía por mí prácticamente emanaba de él.

—Ya he perdido demasiado tiempo —continuó—. Pero no quiero perder ni un momento más. Por favor, Camila, ¿te casarías conmigo?

Todo estaba sucediendo tan rápido. Esta mañana, cuando dejé a Caleb en su parada, no tenía idea de que Roger me estaría esperando así para expresar su amor. Nunca habíamos estado en una relación antes de esto, y sin embargo, me estaba pidiendo que me casara con él directamente.

Él sintió mi vacilación. Era como si pudiera leer mi mente.

—Sé que puedes pensar que es demasiado pronto —dijo—, pero encajamos perfectamente, y ya tenemos un hijo juntos. Por favor, Camila. Dame la oportunidad de amarte para siempre.

—Sí —solté de repente. Este momento se sentía tan perfecto que no quería pensarlo demasiado. Mi respuesta vino directamente de mi corazón.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo —dijo y luego capturó mis labios en un beso.

No tardó mucho para que el beso se volviera apasionado. Pronto, sus manos estaban por todas partes, y ya estaba tirando de mi camisa antes de que tuviera la oportunidad de recuperar el aliento.

—Vaya —respiré, notando lo ansioso que estaba.

—Necesito tenerte ahora —dejó escapar un gruñido bajo que me erizó la piel.

Levanté los brazos sobre mi cabeza, y rápidamente me quitó la blusa, seguida del resto de mi ropa.

Me recostó en el sofá, y pronto, estaba encima de mí de nuevo. Se posicionó contra mi entrada. Estaba lista para él. La intensidad de este momento me había excitado.

Y pronto, estaba embistiendo dentro de mí. Pero esta vez, su ritmo era lento y salpicado de pequeños besos en mi frente.

Me miraba a los ojos mientras se movía dentro de mí con embestidas lentas y suaves. Mientras lo miraba, sentí una sensación cálida.

Fue en ese momento que me di cuenta de que ya no estábamos solo teniendo sexo. Esto se llamaba hacer el amor.

Cuando estuvo cerca, me atrajo hacia él, jadeando contra mi oído.

—Te amo, Camila —dijo entre sus embestidas.

—Yo también te amo —balbuceé, incapaz de mantenerlo dentro de mí por más tiempo.

Escuchar esas palabras lo llevó al límite, y terminó dentro de mí. Ambos llegamos al clímax al mismo tiempo. Era como si estuviéramos en perfecta sincronía el uno con el otro.

Cuando terminamos, se acostó a mi lado y me abrazó con fuerza.

—Nunca más volveré a dejarte ir —prometió, apartando un mechón de cabello de mi rostro.

—Tú y yo somos para siempre —dijo.

Y esta vez, le creí. Él se sentía como mi hogar.

Capítulo 28 Camila

Los últimos meses de mi vida habían sido un completo torbellino. Poco después de la propuesta, Roger me había pedido que me mudara con él a su apartamento, y realmente habíamos empezado a vivir como una familia de verdad. Nuestra relación era mejor de lo que jamás había imaginado. Era el compañero perfecto para mí y el padre ideal para Caleb en todos los sentidos.

El día de mi boda, estaba en medio de los preparativos cuando Astrid, una de mis damas de honor, entró en la habitación.

—Estás preciosa —dijo en cuanto me vio—. Roger es un hombre muy afortunado.

Me sonrojé. Aunque llevábamos juntos un par de meses, la mención de su nombre aún me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Estoy nerviosa —admití, jugueteando con mi pulsera.

—Es natural —me aseguró Astrid—, pero todos tus nervios se desvanecerán en el momento en que lo veas esperándote en el altar.

—¿Puedes creer que esto esté pasando? —le pregunté—. A veces, todavía siento que estoy soñando y que me voy a despertar en cualquier momento.

Ella se rio suavemente.

—Me imagino cómo te debes sentir. Después de todo, tu historia de amor parece sacada de una novela romántica. ¿Alguna vez imaginaste que terminarías casándote con él cuando lo conociste?

—Lo conocí cuando era joven —me mordí el labio—. Pero incluso entonces supe que había algo especial en él.

—Vas a hacer que llore —dijo Astrid—. Y no quiero arruinar mi maquillaje.

En ese momento, Caleb entró en la habitación. Llevaba puesto un pequeño esmoquin.

—Aquí está mi guapo —le dije—. ¿Estás emocionado por ver a mami casarse?

Asintió con entusiasmo.

—Yo llevo los anillos.

Parecía orgulloso de que le hubieran dado la responsabilidad de ser el portador de los anillos. Me sentí afortunada de que mi hijo pudiera tener ese papel en la boda de sus propios padres.

—Serás el mejor portador de anillos que el mundo haya visto jamás —le aseguré.

—Estás muy guapa —me dijo. Fue un momento tan dulce que sentí que las lágrimas se me acumulaban en los ojos.

—No, por favor, no llores —Astrid estuvo a mi lado de inmediato—. Acabamos de pasar una hora asegurándonos de que tu maquillaje quedara perfecto.

Me reí, parpadeando para contener las lágrimas.

—Supongo que tendré que aguantarlas hasta que termine la ceremonia.

La maquilladora comenzó a hacer los últimos retoques a mi maquillaje y peinado. De repente, mi padre entró con la sonrisa más amplia en su rostro.

—Ya casi es hora —anunció. Me miró con tanta alegría y orgullo que no pude evitar ir a abrazarlo con fuerza.

—¿Puedes creerlo, papá? —le dije—. Tu niña se casa.

—Roger es un gran chico. No podrías haber elegido un mejor compañero de vida para pasar el resto de tus días —me sonrió.

—Eso significa mucho para mí —respondí.

—Ahora, vamos, es hora de que te lleve al altar.

Respiré hondo y tomé su mano mientras comenzaba a guiarme hacia la recepción principal. Todas las miradas estaban puestas en mí.

Era una boda grande. Roger se había asegurado de hacer todo lo posible con los preparativos. Conocíamos a demasiada gente entre los dos como para tener una boda sencilla.

Casi podía escuchar mi corazón latir con fuerza en mi pecho. Comencé a caminar por el pasillo con mi padre guiándome. Al principio, me sentía completamente nerviosa, pero en cuanto mis

ojos se posaron en Roger, mis preocupaciones se derritieron como la nieve.

Y de repente, sentí como si él y yo fuéramos las únicas personas en la sala. Mi padre me llevó lentamente hasta él y le dio mi mano.

Mientras miraba sus ojos, el resto del mundo se desvaneció. Se sentía como si nosotros dos fuéramos las únicas personas en la habitación.

Para nuestra boda, Cyril era la testigo. Había venido especialmente para asistir a pesar de su agenda extremadamente ocupada.

Era casi el momento de intercambiar los anillos. Caleb se acercó tambaleándose y nos pasó los anillos.

—Gracias, cariño —le dije, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba tan orgullosa de lo mucho que había crecido hasta ahora.

—¿Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo? —me preguntó el pastor.

Me sentía abrumada por la emoción.

—Sí —asentí felizmente—. Acepto.

—¿Y tú aceptas a esta mujer como tu legítima esposa? En la salud y en la enfermedad.

Roger no apartó la mirada de mí ni por un momento.

—Acepto —dijo.

El pastor nos declaró marido y mujer, y Roger finalmente me besó.

Sentí fuegos artificiales en mi cabeza. Nada podía cambiar lo perfecto que era ese momento para mí.

Durante el resto de la recepción, saludamos a los invitados mientras nos felicitaban por comenzar nuestra nueva vida juntos.

—¿Cómo se siente ser mi esposa? —me preguntó Roger cuando finalmente tuvimos un momento a solas.

—Honestamente, siento que esto es un sueño y que me voy a despertar en cualquier momento —respondí con sinceridad.

Apretó suavemente mi mano.

—Sabes que me siento igual. No sé qué hice bien en mi vida pasada para poder terminar contigo.

Ahora me miraba fijamente a los ojos. Sentí que un profundo sonrojo se apoderaba de mis mejillas.

—Me halagas demasiado.

—Es solo porque te lo mereces —me aseguró—. Cada momento.

—Si me hubieras preguntado si me iba a casar antes de que terminara el año, nunca lo habría imaginado ni en mis sueños más locos —le dije.

Sonrió.

—¿Crees que yo estaba listo para comprometerme con alguien antes de que entraras en mi vida? Pensaba que iba a tener que vivir soltero durante mucho tiempo.

—¿Ah, sí? —lo animé a continuar, dándole una sonrisa traviesa.

—No pensé que encontraría a alguien que captara mi atención como lo haces tú —dijo, mirándome profundamente a los ojos—. Haces que mi vida sea un poco más fácil cada día. Y si no hubieras entrado en mi vida, estaría incompleto en todos los sentidos.

No pude evitar sonrojarme intensamente ante sus cumplidos.

—Sabes cómo halagarme —me reí—. Tal vez por eso estoy tan enamorada de ti.

Caleb se acercó a nosotros mientras hablábamos. Roger lo alzó en sus brazos de inmediato.

—Aquí está mi hijo —dijo.

Caleb miró emocionado entre nosotros dos.

—¿Esto significa que ahora somos una familia? —preguntó.

—Mi bebé —me conmovió su inocente pregunta—. Siempre hemos sido una familia. Lo sabes.

Él asintió.

—Estoy feliz de que seas mi papá —se dirigió directamente a Roger.

Roger no pudo evitar sonreír.

—Y yo estoy feliz de que seas mi pequeño hombrecito —dijo, riendo.

De repente, apareció el fotógrafo y nos pidió tomar una foto espontánea de los tres.

—Solo quiero una con toda la familia junta —nos dijo.

Roger instintivamente me rodeó la cintura con el brazo y me acercó más a él. Mientras nos tomaban la foto a los tres, los padres de Roger se acercaron a nosotros.

—Qué hermosa familia —dijo su madre, Kelly, mientras se secaba los ojos al mirarnos.

—Felicidades a ambos —su padre sonrió felizmente.

—Creemos que no podría haber elegido una mejor pareja para él —su madre me sonrió con sus dientes blancos como perlas.

Me sonrojé ante sus palabras, pero Roger apretó su agarre en mi cintura como para calmarme y hacerme saber que estaba allí para mí si necesitaba su apoyo de alguna manera. Se sentía realmente agradable.

—Ella ya lo sabe, mamá —respondió Roger en mi lugar—. Sabe que es la mejor mujer que he conocido en mi vida.

—Lo digo sinceramente —continuó su madre—. He visto un cambio tan positivo en él desde que ustedes comenzaron su relación.

—Se llama amor —su padre sonrió y le guiñó un ojo a Roger—. El amor saca lo mejor de ti.

—Quiero un momento a solas con mi nuera —anunció Kelly, apartándome de los brazos de Roger y llevándome a un lado.

Me sentía nerviosa por lo que posiblemente tenía que decirme, pero le di una sonrisa educada e

intenté mantenerme con aspecto confiado.

—Estoy tan emocionada de que ahora haya otra mujer en nuestra familia —dijo efusivamente—. Perdón por alejarte de Roger, pero él te tiene para toda la vida ahora. Creo que puede soportar estar lejos de ti por un ratito.

Sonreí. —Estoy segura de que estará bien.

—Sé que no hemos tenido la oportunidad de conocernos mucho todavía, pero espero que eso cambie pronto —dijo cálidamente—. No tienes idea de cuánto tiempo he esperado a que mi hijo sentara cabeza.

Parecía tan asombrada que no pude evitar reírme.

—¿Pensabas que nunca iba a suceder?

—Honestamente, sus estándares siempre fueron demasiado altos. Cada vez que su padre o yo le mostrábamos una posible pareja, inmediatamente encontraba defectos en ellas. Ahora que lo pienso, probablemente eran solo excusas para no querer comprometerse —explicó.

Asentí. Sabía que yo era su primera relación seria en mucho tiempo, pero escucharlo en voz alta de su madre solo lo validaba aún más para mí.

—Era tan exigente que me preocupaba que nadie cumpliera nunca con sus estándares de la manera que él quería —continuó—. Pero mirándote ahora, veo por qué está tan enamorado de ti.

Me sonrojé. —Gracias. Yo también estoy loca por él. Así que supongo que funciona para nosotros.

—Puedo ver cuánto lo amas solo por la forma en que lo miras —dijo efusivamente—. Estoy segura de que vas a hacer muy feliz a mi hijo, y te aceptaremos como nuestra propia familia.

Viendo a su madre ahora, no podía creer que hubiera estado tan nerviosa por conocerlos. Aunque provenían de una larga línea de riqueza generacional, seguían siendo las personas más humildes y con los pies en la tierra. Ahora entendía por qué Roger había crecido para ser un tipo tan genial. Claramente lo habían criado de la manera correcta.

—Voy a tener que robarme a mi novia si no te importa, madre —Roger interrumpió nuestra conversación—. Me gustaría bailar con ella.

—Por supuesto —su madre nos dio paso.

Roger me tomó de la mano y me llevó a la pista de baile.

La banda comenzó a tocar música suave, y Roger empezó a hacerme girar al ritmo de la melodía. Me balanceé con él. A nuestro alrededor, algunos de los invitados se habían reunido y nos observaban bailar.

Pero nada de eso me importaba. En este momento, el resto del mundo parecía insignificante y se había desvanecido.

Roger sentía lo mismo. Acercó su rostro a mi oído, y la proximidad me hizo estremecer.

—Bienvenida a tu nueva vida —me dijo en voz baja—. Juntos ahora y para siempre.

Lo miré, y en sus ojos vi tanto amor por mí.

—Para siempre —concedí.

Me besó suavemente en los labios, haciendo que algunas de las personas que nos observaban estallaran en vítores.

Todo se sentía perfecto y completo.

Capítulo 29 Camila

—Caleb, vas a llegar tarde a la escuela —le grité.

—Ya voy, mamá —dijo mientras se ponía la mochila y salía pisando fuerte, donde el conductor esperaba para llevarlo a la escuela.

Ahora que estaba casada con Roger, ya no era necesario que Caleb tomara el autobús escolar. Roger se aseguraba de que hubiera un coche disponible cada mañana para llevarlo a la escuela.

—Dame un beso antes de irte —le dije. Me dio un beso rápido antes de salir corriendo por la puerta.

—Está creciendo tan rápido —Roger se acercó por detrás, abrazándome mientras ambos lo veíamos marcharse desde la ventana.

—Lo sé. Es como si hubiera nacido ayer —moví la cabeza ligeramente—. El tiempo realmente vuela.

—Han pasado seis meses desde que nos casamos, y parece que no ha pasado nada de tiempo —dijo, besándome suavemente en la cabeza.

Lo miré, sonriendo. —¿El tiempo vuela cuando te diviertes?

Él se rió. —El tiempo vuela cuando pasas cada momento con la persona que más amas en el mundo.

Mucha gente dice que la etapa de luna de miel en una relación no dura más de unos meses. Pero en mi matrimonio, cada día sigue siendo tan emocionante como el anterior.

—Supongo que tienes razón —me froté los brazos suavemente.

—¿Ya desayunaste? —preguntó Roger. Cada mañana, me preparaba el desayuno más delicioso. Me mimaba en todos los sentidos.

Negué con la cabeza. —No tengo mucha hambre esta mañana —respondí.

Una mirada de preocupación nubló inmediatamente el rostro de Roger. —¿Qué pasa?

—No es nada de qué preocuparse —respondí casualmente—. Probablemente fue algo que comí. No sé, he vomitado esta mañana.

—¿Has vomitado? —arqueó una ceja hacia mí—. Estoy bastante seguro de que eso es motivo de preocupación.

—Estoy bien —insistí—. Probablemente pasará.

Por su expresión, pude ver que mi respuesta no lo había convencido.

—Aun así creo que deberías ir al médico —dijo con expresión seria.

Abrí la boca para decir que no, pero justo en ese momento, sentí bilis subir por mi garganta e inmediatamente corrí al baño.

—¡Camila! —Roger corrió tras de mí, solo para encontrarme inclinada sobre el inodoro y vomitando una vez más.

—Estoy bien —dije de nuevo—. Te lo dije, probablemente solo sea una gripe estomacal.

—Vamos al médico ahora mismo —dijo Roger, ayudándome a levantarme y luego guiándome fuera de la habitación.

Sabía que no podía discutir con él sobre esto, así que acepté.

Una vez que llegamos al consultorio del médico, Roger sostuvo mi mano firmemente. Nunca lo había visto tan preocupado antes. Se sentía bien ser cuidada así.

Le apreté la mano suavemente. —Sabes, es algo lindo cuando te preocupas así por cosas pequeñas.

—No quiero que te pase nada —respondió Roger con seriedad—. Sin importar qué tan grande o pequeño sea.

La doctora había realizado algunas pruebas y dijo que teníamos que esperar para obtener los resultados.

Intenté estrujar mi cerebro en busca de posibles razones de lo que podría haber salido mal. ¿Sería porque había comido comida para llevar hace dos noches? No podía dar en el clavo.

Pero finalmente, la doctora regresó con los resultados en sus manos.

—Gracias por esperar —nos sonrió—. Tengo noticias para ustedes.

El agarre de Roger en mi mano se apretó. —¿Qué es, doctora?

—Bueno, todos sus informes son normales. No hay nada malo con ella.

Roger exhaló un suspiro de alivio.

—Pero hay algo más que deberían saber —continuó la doctora—. Está embarazada.

—¿Embarazada? —repetí con incredulidad.

Me volví para mirar a Roger, que parecía igualmente atónito. Pero luego, una sonrisa se extendió por sus facciones.

Ambos miramos de nuevo a la doctora, que nos entregó los informes con los resultados de las pruebas.

—Felicidades, van a ser padres.

No podía creerlo. Ni siquiera habíamos estado intentando tener otro bebé. Pero ahora que había sucedido, de repente supe que esto era lo que quería.

Miré de nuevo a Roger, que parecía estar abrumado por la emoción. Me envolvió en un fuerte abrazo.

—Vamos a tener otro bebé, Cam —susurró en mi oído—. Este es uno de los días más felices de mi vida.

Después de recibir la noticia, Roger decidió tomarse el día libre en el trabajo.

—Nada es tan importante como esto —me dijo cuando protesté que podría perderse varias reuniones.

—Sé que no pude estar ahí durante tu primer embarazo. Pero esta vez, realmente quiero hacer las cosas bien. De ahora en adelante, no tendrás que mover un dedo, y estaré a tu lado en todo momento —dijo.

—No puedo esperar para contárselo a Caleb —una sonrisa se extendió por mi rostro.

—Ha estado deseando un hermano —dijo Roger, reflejando mi emoción—. Creo que es el momento perfecto para ampliar nuestra pequeña familia.

Cuando Caleb regresó de la escuela, Roger y yo lo sentamos.

—Tenemos algo que decirte —le dije.

Nos miró a los dos con una expresión confundida.

—¿Qué es? —preguntó, arrugando la frente.

—Vas a tener un nuevo hermano o hermana —Roger le dio la noticia.

Inmediatamente, el rostro de Caleb se iluminó de felicidad. Se acercó y nos abrazó a ambos.

—¿Eso significa que tendré alguien con quien jugar? —preguntó de manera inocente.

Asentí. —Vas a tener un mejor amigo para toda la vida.

Mientras los tres nos abrazábamos con las manos de Roger delicadamente colocadas sobre mi vientre, me sentí bendecida por haber recibido esta vida. Todo era verdaderamente perfecto en todos los sentidos. No podía esperar a que llegara nuestro bebé.

El resto de mi embarazo transcurrió sin problemas. Pronto, pasaron nueve meses, y el bebé estaba a punto de llegar en cualquier momento. Roger había estado conmigo en cada paso y en cada cita médica para apoyarme.

—¿Cómo está mi persona favorita? —me saludó una tarde mientras estaba sentada en la sala de estar con mis materiales de tejido. Estaba completamente absorta y ni siquiera me di cuenta hasta que me llamó.

Decidí dejar mi trabajo y concentrarme únicamente en mi embarazo. Roger me apoyó en la decisión. Pero como ya no tenía que ir a trabajar, terminé teniendo mucho más tiempo libre del que jamás había tenido.

Al principio, pasaba todo ese tiempo con Caleb y Roger. Pero luego me di cuenta de que necesitaba algo que me ocupara que no fueran solo otras personas. Así que tomé el tejido como

pasatiempo.

Y me había vuelto lo suficientemente buena como para tejer todo tipo de bufandas, suéteres y gorros para Roger y Caleb.

—Solo tejiendo —le dije con una pequeña sonrisa en mi rostro—. Como siempre.

Roger dejó escapar una risa encantada. Estaba tan fascinado de que me hubiera interesado tanto en el tejido. Sin importar qué tipo de pasatiempos tuviera, él siempre me animaba completamente.

—Mi diseñadora favorita —me dio un ligero codazo, sentándose a mi lado.

—Tenía que poner mis habilidades de diseño en uso de alguna manera —admití con una pequeña risa.

—Sabes que el suéter que me hiciste es mi favorito —me dijo.

Levanté una ceja con sospecha. —¿Lo dices solo porque estoy sentada a tu lado, llevando a tu hijo?

Se rio. —Claro que no. Lo digo en serio.

—¿Entonces cómo es que nunca lo usas? —lo provoqué, desenmascarando su farol.

—Lo guardo para ocasiones especiales, ya sabes —respondió rápidamente. Siempre tenía una respuesta para todo.

—Hmm —dejé pasar el tema. Sabía que amaba todo lo que hacía para él, pero solo quería provocarlo un poco.

—¿Qué estás haciendo para mí ahora? —se asomó por encima de mi hombro, mirando mi creación.

—No es para ti —respondí.

—¿No es para mí? —exageró su reacción, fingiendo estar herido.

Tuve que reírme de su teatralidad. —Es para nuestro bebé. Estoy a punto de dar a luz en cualquier momento, y quiero hacerle algo pequeño antes de que venga al mundo.

Mientras hablaba, noté que Roger me miraba intensamente con una expresión de asombro en su rostro.

—¿Sabes que eres genuinamente la madre más cariñosa y considerada que existe? —dijo después de un momento.

Me sonrojé ante sus palabras. —¿Quieres ver lo que estoy haciendo? Ya casi termino.

Asintió y tomó el pequeño trozo de lana de mis manos.

—Es un gorro —dijo, sosteniéndolo delicadamente en sus manos—. Te has vuelto realmente buena en esto. Estoy muy impresionado.

—Aún no está terminado —le dije, y él me devolvió una expresión confusa mientras examinaba el gorro una vez más.

—¿Estás segura? —preguntó—. A mí me parece que está bien.

Tomé el gorro de sus manos y señalé un lugar que había dejado deliberadamente vacío.

—He dejado este espacio aquí —expliqué—. Voy a añadirle algo más tarde, después de que nazca el bebé. Si es niño, coseré un diseño azul. Y si es niña, haré uno rosa.

—Eso podría ser lo más adorable que he escuchado jamás —respondió Roger, besando suavemente mi mejilla.

Estaba a punto de responderle con una ingeniosa réplica cuando, de repente, sentí un dolor agudo que emanaba de mi vientre.

—Oh, no —me incliné y puse mi cabeza entre mis piernas. Comencé a tomar respiraciones largas y profundas.

—¿Qué pasa? —Roger se puso de pie inmediatamente, su voz teñida de pánico.

—Creo que... —balbuceé, sosteniendo mi vientre entre mis manos—. Estoy entrando en trabajo de parto.

—¡Necesitamos llamar al médico inmediatamente!

Lo siguiente que supe fue que me estaban llevando apresuradamente a un coche y al hospital.

Aunque sabía que Roger se sentía nervioso, no lo dejó ver frente a mí. En cambio, fue proactivo en cada paso y me dijo cosas alentadoras durante todo el camino.

Diez horas después, me encontraba en una cama de hospital. Después de un largo proceso de parto, el bebé finalmente estaba aquí.

Las lágrimas brotaron en mis ojos cuando pude sostenerlo por primera vez.

—Es una niña —me dijo la enfermera. Acuné a la bebé en mis brazos.

A mi lado estaba Roger, quien también tenía lágrimas corriendo por su rostro.

—Es hermosa —suspiré, exhausta por el parto.

—Tiene tus ojos —dijo Roger, radiante.

Lo miré, y parecía un padre orgulloso. Uno de sus mayores arrepentimientos era no haber estado presente en el nacimiento de Caleb. Pero esta vez, había prometido que no se perdería ni un segundo.

Y eso era exactamente lo que había hecho. Había estado conmigo en cada paso del camino.

—¿Quieres sostenerla? —le dije a Roger.

Asintió y nerviosamente la tomó de mis brazos. Observé cómo la acunaba suavemente. Tenía tanto amor por ella. Podías sentirlo a kilómetros de distancia.

—¿Cómo deberíamos llamarla? —preguntó después de un momento de solo mirarla con amor.

Roger y yo habíamos pensado en algunos nombres. Pero nuestro favorito fue sugerido por Caleb. Y ahora que ella estaba aquí, sabía que era el nombre perfecto para ella.

—Lilly —dije.

Roger me miró con una sonrisa en su rostro.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando yo también.

—Lilly James —dije, pronunciando su nombre completo por primera vez.

—Es perfecto —respondió Roger—. Igual que ella.

Mientras miraba a Roger sosteniendo a mi niña, supe que era bendecida. No había nadie más con quien pudiera haber emprendido este viaje.

Él era mi alma gemela, y estaríamos juntos para siempre.